Noam Chomsky

SOBRE EL PODER Y LA IDEOLOGÍA

PENSAMIENTO



La obra monumental de Noam Chomsky ha merecido en 1988 el premio Kyoto, el equivalente al Nobel para «ciencia básica». Chomsky ha estudiado sobre todo dos temas: el «problema de Platón» (¿cómo sabemos tanto a partir de tan pocos datos?) y el «problema de Orwell» (¿cómo se logra que cerremos los ojos a datos obvios?). Correspondientes a estos dos problemas, estas conferencias para un público no especializado son ya una referencia clásica. A su riqueza temática se une el interés de unos coloquios sin prejuicios.

Noam Chomsky

Sobre el poder y la ideología

Conferencias de Managua 2

ePub r1.0
Titivillus 10.09.16

Noam Chomsky, 1988
Traducción: Claribel Alegría & Darwin J. Flakoll

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prefacio

En la primera semana de marzo de 1986 tuve la oportunidad de visitar Managua y de dar conferencias en la Universidad Centroamericana (UCA), por invitación de su rector César Jerez, S. J., y también bajo los auspicios del centro de investigación CIDCA, dirigido por Galio Gurdián. Estas conferencias tuvieron dos partes, una serie matutina dedicada a los problemas del lenguaje y del conocimiento, y otra, por las tardes, dedicada a problemas políticos contemporáneos. Entre los participantes hubo un amplio sector de la comunidad universitaria y muchos otros ciudadanos nicaragüenses, así como también visitantes de universidades costarricenses y extranjeros que visitaban o trabajaban en Nicaragua. Las conferencias, que dicté en inglés, fueron muy bien traducidas al español para los oyentes por Danilo Salamanca y María Ester Chamorro, quienes también tradujeron el debate público. Todo fue transmitido por radio (y luego, con posterioridad, me enteré de que fue recogido por onda corta en Estados Unidos) y transcrito, incluyendo el debate posterior, pese a que inevitablemente muchas de las reflexiones y de los comentarios del público no fueron captados apropiadamente por la grabadora y, por tanto, no aparecen aquí.

Los capítulos que siguen son las versiones más o menos ampliadas de las conferencias que dicté y de los debates posteriores, corregidos a partir de las transcripciones. He intentado reconstruir el debate recogido en las transcripciones, añadiendo en algunos lugares el material que faltaba a la cinta y a veces he transferido el debate de un lugar a otro, donde se adaptaba con más naturalidad a las conferencias corregidas. También he limitado el debate material que pude incorporar al texto de las conferencias, respondiendo así a las preguntas y a las intervenciones de la audiencia. Estas intervenciones aparecen fragmentariamente después de las conferencias debido a las dificultades técnicas de grabar a los participantes de una extensa y difusa audiencia en una discusión bilingüe, que se desarrolló con notable facilidad gracias a los traductores y a la buena voluntad de los participantes. Las transcripciones publicadas, por tanto, solo dan una idea parcial de la naturaleza estimulante de los comentarios y de las preguntas durante los animadísimos períodos de discusión abierta, los cuales resultaron demasiado cortos debido al poco tiempo de que disponíamos.

Quiero expresar mi particular agradecimiento a Danilo Salamanca y a María Ester Chamorro, no solo por la manera cuidadosa en la cual llevaron a cabo la difícil y fatigosa tarea de traducir en ambas direcciones, sino también por la ayuda que me dieron para preparar las conferencias. Me resultó particularmente grato que Claribel Alegría y su marido D. J. Flakoll estuvieran de acuerdo en hacer la traducción de todo el material al español —tanto de mi texto en inglés como de la transcripción del debate— para la versión que aquí aparece publicada.

También quiero expresar mi agradecimiento —hablo igualmente por mi mujer, quien me acompañó en esta visita— a César Jerez, Galio Gurdián, Danilo Salamanca,

María Ester Chamorro, Claribel Alegría, Bud Flakoll y a muchos otros a quienes conocimos en Managua, y a la oportunidad de tener con ellos conversaciones sumamente informativas. También agradecemos los viajes dentro del país y las visitas informales a sus hogares, diseminadas a través de un programa exigente pero gozoso, de encuentros y conferencias. Asimismo, me gustaría dar las gracias a muchas personas cuyos nombres no conozco o no recuerdo: a las hermanas religiosas que nos dieron la bienvenida en la cooperativa agrícola que ellas han organizado en la empobrecida comunidad campesina de León, a los participantes en los encuentros públicos y en otras conversaciones, y a muchos más. Debo destacar particularmente la oportunidad que tuvimos de conocer a muchos miembros de la maravillosa comunidad de exiliados de las cámaras de horror instaladas por Estados Unidos en la región, quienes han huido a un lugar donde se encuentran libres del terrorismo de Estado y pueden vivir con cierta dignidad y esperanza —pese a que «el amo del hemisferio» está haciendo todo lo posible para impedir esta grave amenaza del «orden» y de la «estabilidad».

Pensé que Nicaragua sería muy distinta al cuadro que se filtra a través de los medios estadounidenses, pero fui muy gratamente sorprendido al descubrir cómo es de grande la discrepancia que allá existe, experiencia que compartí con otros muchos visitantes, incluyendo a gente que ha vivido en varias partes del país por largos períodos. Es casi imposible para cualquier visitante honesto de Estados Unidos hablar de este asunto sin un dolor y un pesar muy hondos, sin sentir vergüenza por nuestra incapacidad por lograr que nuestros compatriotas comprendan el significado y la verdad de la aseveración de Simón Bolívar, hecha hace más de ciento cincuenta años, «los Estados Unidos parecen destinados a plagar y a atormentar el continente en nombre de la libertad», por nuestra incapacidad para poner fin a la tortura que sufre Nicaragua y no solo Nicaragua; tortura que nuestro país ha tomado como vocación histórica hace ya más de un siglo y que continúa ejerciéndola, con renovada dedicación hoy día[1].

1

El trasfondo general (1)

En estas conferencias me ocuparé de las políticas de Estados Unidos hacia Centroamérica en la actualidad, pero quisiera tratar el tema dentro de un contexto más amplio. Lo que Estados Unidos está haciendo hoy día en Centroamérica no es en absoluto nuevo, y no se limita a América Latina. Nos equivocamos al enfocar estos asuntos de un modo demasiado estrecho, como sucede casi siempre en los artículos de los periódicos y en muchos tratados de investigación, tanto en Estados Unidos como en otras partes.

Al revisar los documentos históricos, nos encontramos con algunas variaciones en la política de Estados Unidos. Las constantes, sin embargo, son mucho más impresionantes que las variantes, las cuales reflejan juicios tácticos y cálculos prácticos. Los persistentes y frecuentemente invariables rasgos de la política exterior de Estados Unidos están muy arraigados en sus instituciones y en la distribución del poder en su sociedad. Estos factores determinan un restringido marco para la formulación de políticas con pocas posibilidades de desviaciones.

La planificación y la acción están basadas en principios y análisis geopolíticos, a menudo detallados con precisión en documentos internos. Están asimismo puestos de manifiesto con mucha claridad en la realidad histórica. Si se entienden bien estos principios, entonces podremos comprender sin temor a equivocarnos demasiado lo que Estados Unidos está haciendo en el mundo. Asimismo, podremos entender mucho de la historia contemporánea, dados el poder y la influencia de Estados Unidos. La política actual de Estados Unidos en Centroamérica también se entiende mejor si la colocamos dentro de unos esquemas históricos que han cambiado muy poco por el nexo relativamente fijo de los intereses y los poderes de los cuales ha surgido.

Trataré estos aspectos de una manera general en mis primeras dos conferencias, considerando específicamente a Centroamérica en la tercera. En la cuarta conferencia, quisiera dirigir el enfoque de la discusión hacia la política de seguridad nacional de Estados Unidos y a la carrera armamentista, a factores en el escenario internacional que podrían muy bien poner fin a la historia antes de que los problemas inmediatos que nos conciernen puedan ser considerados adecuadamente. En la última conferencia volveré a la sociedad estadounidense y trataré de explicar cómo se formulan las políticas exteriores y de seguridad nacional. También quiero tratar las posibilidades de modificarlas: un asunto de profunda importancia. El destino de Centroamérica y, de hecho, la continuada existencia de la sociedad humana sobre este planeta, dependen en gran parte de las respuestas que se den a estas preguntas.

Examinemos algunos de los patrones sistemáticos de la política estadounidense, empezando con algunos principios generales que luego ilustraré con varios ejemplos.

El primer principio es que la política exterior de Estados Unidos está diseñada para crear y mantener un orden internacional, en el cual los intereses económicos estadounidenses puedan prosperar; un mundo de «las sociedades abiertas», en el sentido de sociedades abiertas a inversiones lucrativas, a la expansión de mercados de exportación y de transferencia de capitales, y a la explotación de recursos materiales y humanos por parte de compañías estadounidenses y subsidiarias locales. «Sociedades abiertas», en un sentido verdadero del término, son sociedades que están abiertas a la penetración económica y al control político de Estados Unidos.

Preferentemente, estas «sociedades abiertas» deben tener formas de democracia parlamentaria, pero esto es, en definitiva, una consideración secundaria. Las formas parlamentarias, como veremos, son tolerables solamente cuando las instituciones económicas, sociales e ideológicas y las fuerzas coercitivas del Estado se mantienen firmemente en manos de grupos que aseguren estar dispuestos a actuar de común acuerdo con las necesidades de los dueños y dirigentes de la sociedad estadounidense. Si se satisface esta condición, las formas parlamentarias en algunos estados clientes pueden ser un recurso útil para asegurar el dominio de las capas minoritarias, favorecidas por las élites estadounidenses; siempre y cuando aquellas permitan el liderazgo político de Estados Unidos en movilizar a su propia población en apoyo de aventuras foráneas disfrazadas con retórica idealista («la defensa de la democracia»), pero llevadas a cabo por motivos muy distintos. En su uso real, el término «democracia» en la retórica estadounidense se refiere a un sistema de gobierno en el cual algunos elementos privilegiados, fundamentalmente miembros de la empresa privada, controlan el Estado mediante el dominio del sector privado, mientras la población observa sin decir nada. Es un sistema de decisiones elitistas y de ratificación pública, como en el mismo Estados Unidos. Por tanto, la participación popular en la formulación de la política pública se considera como una amenaza seria. No representa un paso hacia la democracia, sino que constituye una «crisis de la democracia» que debe ser superada. El problema surge tanto dentro de Estados Unidos como en los países subordinados a este, y ha sido tratado con medidas que fluctúan desde las campañas de relaciones públicas hasta los escuadrones de la muerte, según la población que sea el blanco. Citaremos ejemplos más adelante.

Lo que esto significa para gran parte del Tercer Mundo, hablando en términos crudos pero ciertos, es que la mayor preocupación de la política exterior estadounidense es la de garantizar la libertad para robar y explotar.

En otro lugar he llamado a esto la «quinta libertad», la cual no fue enunciada por el presidente Franklin Delano Roosevelt cuando formuló las famosas cuatro libertades, presentadas como los objetivos de guerra de los aliados occidentales durante la Segunda Guerra Mundial: libertad de palabra, libertad de culto, liberación de la miseria y liberación del miedo. La historia de Centroamérica y del Caribe —y

no solamente de estas dos regiones— revela cómo se deben entender esas lindas palabras: son medios para obtener el apoyo público a favor de cruzadas para defender la quinta libertad, la que realmente cuenta.

Según los planificadores estadounidenses —que no dejan de tener razón— el mundo está poblado de enemigos de la quinta libertad, quienes quieren impedir el libre ejercicio del derecho fundamental a robar y explotar. Entre los enemigos más peligrosos y amenazantes a lo largo de la historia de Estados Unidos están Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón y otros poderes industriales que pertenecen a lo que hoy llamamos «el Primer Mundo». La expansión e intervención de Estados Unidos en el Hemisferio Occidental han estado guiadas desde sus orígenes por su preocupación respecto a dichos enemigos. Lo mismo ocurrió con la conquista de las Filipinas a principios de siglo, la cual dejó como saldo varios centenares de miles de filipinos muertos y muchos miembros del mando militar estadounidense acusados de atrocidades brutales (y condenados a insignificantes sentencias) por consejos de guerra. Dicha operación fue llevada a cabo para asegurar a Estados Unidos una posición favorable en la competencia por el control de la riqueza y los mercados de Asia. La famosa retórica florida del presidente Woodrow Wilson durante la Primera Guerra Mundial ocultó las medidas mediante las cuales Estados Unidos desplazó a Gran Bretaña de Centroamérica, tomando el control de los recursos petrolíferos de Guatemala, por mencionar un ejemplo. Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se aprovechó del cansancio de Gran Bretaña para ensanchar su influencia y control, a expensas de los ingleses, en América Latina, Asia y el Oriente Medio.

Estados Unidos ha sido consistentemente «anti-imperialista» en el sentido de que se ha opuesto y ha tratado de desmantelar los sistemas de privilegio imperial establecidos por Gran Bretaña y otros poderes menores. El significado de este «anti-imperialismo» no ha permanecido oculto a sus víctimas del Tercer Mundo, ni a los poderes imperialistas competidores desplazados por esas operaciones. Mientras los conflictos sobre este asunto irrumpían dentro de la alianza occidental durante la Segunda Guerra Mundial, la Oficina de Colonias de Gran Bretaña observaba que «los norteamericanos están dispuestos a dejar que sus subordinados sean independientes políticamente mientras sigan atados económicamente a ellos y no vean ninguna inconsistencia en eso»… «El imperialismo norteamericano» está tratando de «expulsarnos» de muchas partes del mundo, confiando en su abrumador poder económico y militar, y utilizando sistemas de administración fiduciaria y otros artificios para asegurar el control de Estados Unidos. Dichas medidas eran legítimas, según explicaron los planificadores estadounidenses: pese a que los otros sistemas imperialistas están siendo desarticulados, «estas reservas a favor de Estados Unidos fueron hechas en interés de la seguridad mundial y no para nuestra propia seguridad…, lo que era bueno para nosotros era bueno para el mundo» (Abe Fortas en un documento interno sobre la planificación de la guerra). No hace falta decir que esos pensamientos idealistas apenas impresionaron a los europeos, quienes estaban

siendo desplazados por el sistema expansionista neocolonial de Estados Unidos. Winston Churchill, por ejemplo, «concebía los esquemas norteamericanos de administración fiduciaria principalmente como una cobertura para sus planes anexionistas», según comenta William Louis Rogers en el mejor estudio universitario sobre estas operaciones en la región del Pacífico. En la región crucial del Oriente Medio, los intereses estadounidenses también desplazaron a sus competidores ingleses y franceses durante y después de la guerra, por medio de una combinación de medidas económicas y trampas legales, basadas esencialmente en las realidades de la distribución del poder.

Con respecto a América Latina, las ideas de Estados Unidos fueron aclaradas en mayo de 1945 por el Secretario de Guerra, Henry Stimson, muy conocido de los nicaragüenses por su papel en la invasión de los *marines* a finales de los años veinte. Esta invasión estableció el dominio de la Guardia Nacional y la dictadura de Somoza. En conversaciones privadas sobre la necesidad de eliminar todos los sistemas regionales dominados por otros poderes, especialmente por los ingleses, mientras se mantenía y se extendía el sistema regional norteamericano en América Latina, explicó Stimson: «creo que no estamos pidiendo demasiado al querer seguir manteniendo nuestra regioncita de por aquí (o sea, América Latina), que nunca ha molestado a nadie».

En un tono similar, Henry Kissinger, en su discurso sobre el «Año de Europa», en 1973 advirtió que la Alianza Atlántica corría peligro porque Europa podía desarrollar un bloque comercial, incluyendo a África del Norte y al Oriente Medio, el cual obstaculizaría el acceso a Estados Unidos, si los estados europeos no alcanzaban a comprender que su papel era perseguir sus intereses regionales dentro de un «marco global de orden», manejado por aquel. Estados Unidos puede tener bajo su dominio «regioncitas» aquí y allá, pero no sus competidores. En general, Estados Unidos favorece el «acceso abierto» para todos siempre y cuando su propio poder económico sea tan abrumador (con fuerzas militares latentes a la orden si las cosas van mal) que permita a las compañías norteamericanas ubicarse estratégicamente para ganar la competición. Por la misma razón, Inglaterra apoyó el «libre comercio» durante su período de hegemonía.

El concepto estadounidense de «libre acceso» está expresado maravillosamente en un memorándum del Departamento del Estado, fechado en abril de 1944, titulado «La política petrolera de los Estados Unidos», el cual trataba del recurso primordial. Debe existir acceso igual para las compañías estadounidenses en todas partes, explicaba el memorándum, pero no para las demás. Estados Unidos dominó la producción en el Hemisferio Occidental (Norteamérica fue el primer exportador de petróleo hasta 1968), y esta posición dominante debía ser mantenida, mientras se abrían otras nuevas en otras partes. La política estadounidense, aseguraba el documento, «comprendería la preservación de la posición absoluta que actualmente existe y, por tanto, la protección vigilante de las concesiones que ya están en manos

de Estados Unidos, junto a la insistencia en el principio de las puertas abiertas para las compañías estadounidenses en nuevas áreas de explotación». Esta es una descripción justa del principio famoso de la «puerta abierta» (*Open Door*).

Como expliqué anteriormente, la «posición absoluta que actualmente existe» en Centroamérica, y que se expandía rápidamente en el Oriente Medio, estaba basada no solamente en el poder económico abrumador y militar de Estados Unidos, sino también en la eficaz intervención estatal a expensas de rivales como Inglaterra. No obstante, una vez lograda la «posición absoluta», la «libre competencia» debía ser defendida «en todas partes».

En algunos casos, los poderes fascistas han sido enemigos; en otros casos, amigos, dependiendo del papel que jugaron con respecto a la quinta libertad. En Asia, el Japón fascista se volvió enemigo en los años treinta cuando excluyó efectivamente a los sistemas imperialistas (inglés, holandés y estadounidense), creando una «esfera de prosperidad mutua» en el Asia oriental a la cual estaba limitado el acceso estadounidense. En cambio, la dictadura semifascista de Marcos, instalado en las Filipinas en 1972 con el apoyo estadounidense, era amiga, y siguió como tal hasta que ya no pudo ser mantenido, ya que Marcos defendía vigorosamente la quinta libertad y dio marcha atrás a las medidas que hubieran podido llevar a los filipinos al control de su propia tierra y recursos bajo una democracia capitalista.

El enemigo principal, sin embargo, siempre ha sido la población nativa, la cual ha tenido la tendencia desafortunada a sucumbir a las ideas foráneas e inaceptables acerca de la utilización de sus recursos para sus propios fines. Por tanto, periódicamente deben recibir lecciones de obediencia para frustrar sus siniestros designios. Así es como en el sureste asiático, después de la Segunda Guerra Mundial, surgieron movimientos nacionalistas que no comprendieron los conceptos desarrollados por los planificadores del Departamento del Estado, quienes explicaban en documentos internos que la región estaba destinada «a cumplir su función principal como fuente de materias primas y mercado para Japón y Europa occidental». El plan general era que Asia oriental y Europa occidental iban a ser reconstruidas como agrupaciones regionales dominadas por Japón y Alemania —«sus líderes naturales»— dentro de un orden mundial hegemonizado por Estados Unidos. El esfuerzo por domar a los enemigos de la «estabilidad» y del «orden» en Indochina, quienes habían rechazado la «función» que se les había asignado, iba a ser uno de los temas principales en la historia de la postguerra.

Hay quienes tampoco han entendido su función en el sistema global y han debido ser disciplinados apropiadamente. En la terminología de la teología política de Estados Unidos son «comunistas»: un concepto amplio que tiene poca relación con doctrinas sociales, políticas o económicas, pero sí tiene mucho que ver con un entendimiento adecuado de sus deberes y funciones en el sistema global. Un prestigioso equipo de estudio de la Fundación Woodrow Wilson y de la Asociación Nacional de Planificación explicaba abiertamente y con precisión, en 1955, el

significado del término «comunista»: la amenaza principal del «comunismo», observó el equipo, es la transformación económica de las potencias comunistas «en formas que disminuyen su voluntad y su capacidad de complementar las economías industriales occidentales» allí donde el «Occidente» incluye al capitalismo japonés. Se entiende que dichas economías capitalistas industriales deben seguir firmemente dentro del «marco del orden global» manejado por Estados Unidos, como dijo Kissinger. Esta es una buena definición del término «comunista» tal y como es empleada actualmente en el discurso político de Estados Unidos. En síntesis, los «comunistas» son aquellos que intentan utilizar los recursos para sus propios fines, interfiriendo así con el derecho de robar y explotar. Esta es la doctrina central de la política exterior. Naturalmente, Estados Unidos es, consecuentemente, «anticomunista», mientras que solo es selectivamente antifascista.

Por tanto, el primer principio de la política exterior estadounidense es asegurar un ambiente mundial favorable para la industria, el comercio, la agroindustria y las instituciones financieras de Estados Unidos. En el Tercer Mundo su principal preocupación es la defensa de la quinta libertad contra los ataques de varios enemigos, primordialmente los nativos. La llamada «política de seguridad nacional» está orientada hacia los mismos fines. En la cuarta conferencia trataré en qué consiste la política de seguridad nacional. Por el momento, diré en lo que no consiste: la principal preocupación no es la seguridad de Estados Unidos ni la de sus aliados, salvo en el sentido de asegurar la quinta libertad.

Un segundo principio, relacionado con el primero, es el de que se debe construir un sistema ideológico para asegurar que la población se mantenga pasiva, ignorante y apática, y que ninguno de estos asuntos sea entendido por las clases educadas, por aquellas que se pronuncian y son políticamente activas en Estados Unidos e incluso en el mundo en general. Recuérdese que, en el sentido operativo del término «democracia», estos elementos minoritarios están llamados a dominar el «proceso democrático» —el sistema político, los medios de comunicación, el sistema educativo—, como de hecho lo hacen, sirviendo a los intereses de los dueños y gerentes de la sociedad estadounidense y de los grupos privilegiados en general. Una amenaza a este sistema de dominación de las élites es una amenaza a la «democracia» que debe ser superada, incluso por la fuerza, si fuere necesario.

Estos dos principios básicos están claramente establecidos en los documentos de planificación y discusión accesibles en un grado excepcional en Estados Unidos: una sociedad extremadamente abierta de acuerdo a los criterios mundiales. Y lo que es más importante, dichos principios están bien asentados en el curso de la historia.

Antes de continuar debemos tener claro que nada de esto es dominio exclusivo de Estados Unidos. Tenemos el caso de Gran Bretaña, que asumió el liderazgo de la revolución industrial después de haber destrozado la industria casera de la India y de haber avanzado más allá de la piratería (una empresa sustancial de los colonos ingleses en Norteamérica), explotando para sus propios fines los recursos de la India,

las Antillas y de otras regiones. Cuando llegó a ser el poder hegemónico del mundo en el siglo XIX, Inglaterra descubrió las virtudes del comercio libre y mantuvo su devoción hacia estos elevados principios mientras pudo gozar de una posición ventajosa en la competencia. En la década de los veinte, ya eso no fue posible. Inglaterra empezó a cerrar su imperio a la penetración de otros, especialmente del Japón, que fue excluido de las relaciones comerciales libres en el sistema imperial británico mediante las altas tarifas impuestas en la Conferencia de Ottawa en 1932. Este fue uno de los pasos que condujeron a la Segunda Guerra Mundial. Desde el principio, los ingleses cargaron solamente con «el fardo del hombre blanco» tal como habían hecho los franceses con su impresionante «misión civilizadora» utilizando el robo, la esclavitud y la destrucción, dejando detrás una estela de miseria y hambre. Estados Unidos ha recurrido a las medidas proteccionistas y a la intervención del Estado en la economía nacional e internacional durante toda su historia, pero, al igual que Inglaterra, ha exaltado los principios del comercio libre y la puerta abierta cuando estos servían a los intereses comerciales que controlaban su política estatal. Su devoción hacia la libertad y la democracia es evidente para todos en Centroamérica y en otras partes del mundo. Volveremos más tarde a este punto.

Con respecto a la segunda superpotencia contemporánea, el sistema interno de control es distinto y, por tanto, juega otro papel en los asuntos mundiales. No es un factor principal en la explotación y robo del Tercer Mundo, pero su élite militar-burócrata controla el imperio interno y sus satélites mediante el uso o la amenaza de la violencia. Despacha sus ejércitos a diezmar a sus vecinos cuando lo estima necesario y se codea alegremente con los peores monstruos de la escena internacional, como por ejemplo los generales argentinos neonazis, para quienes la Unión Soviética era uno de sus principales socios comerciales.

A través de la historia, en general, el poder de un Estado ofrece una medida apropiada de su violencia externa y de la hipocresía de sus sistemas ideológicos. Podemos estar seguros de que este último nos dibuja el ejercicio del poder del Estado en términos de nobleza sin par y de consagración inspiradora hacia los más altos valores morales. Dentro del sistema ideológico es permisible, e incluso meritorio, registrar «errores» y «fracasos» en la búsqueda de dichos objetivos inspiradores, pero no está permitido mostrar sus diseños sistemáticos ni seguir la pista a los desatinos hasta la planificación consciente que normalmente los sustenta, hasta sus raíces en el sistema de privilegio y dominación en sociedad nacional.

Volvamos al tema que nos concierne, tomando en consideración, primero, la política exterior de Estados Unidos, particularmente con respecto al Tercer Mundo, y más tarde la política de seguridad nacional y el escenario interno.

Desde sus comienzos, Estados Unidos tuvo aspiraciones imperiales de amplio alcance. En 1754, Benjamin Franklin, un reconocido vocero de los valores culturales, definió «al padre de su nación» como el hombre que «desplaza a los indígenas para dar espacio a su propio pueblo». Y en realidad, desde los orígenes de las colonias

hasta fines del siglo XIX, la población indígena fue expulsada o diezmada por medio de la masacre, la destrucción de las cosechas, el robo, el engaño y el desalojo, siempre por los motivos más altos, siempre en autodefensa. En 1831, Alexis de Tocqueville observó «la marcha triunfal de la civilización a través del desierto» mientras «en medio del inverno» cuando «el clima era extraordinariamente frío» «tres o cuatro mil soldados expulsaban a empellones a las razas vagabundas de los aborígenes», quienes llevaban consigo a sus heridos y enfermos, a sus infantes recién nacidos, a sus ancianos quienes estaban ya al borde de la muerte. Era un «espectáculo solemne» que nunca se borraría de su memoria. Le impresionó particularmente la manera cómo exterminaban «con un gozo singular, tranquila, legalmente, sin verter sangre y sin violar ante los ojos del mundo, uno solo de los principios de la moralidad». Era imposible, observó, destruir a todo un pueblo con «más respeto por las leyes de la humanidad».

Medio siglo antes, los próceres de la república, en su lista de cargos contenida en la declaración de independencia, había acusado al rey de Inglaterra de instigar contra las sufridas colonias a «los salvajes indios sin piedad, cuya reconocida regla de guerra es una destrucción indiscriminada sin importarles la edad, el sexo o las condiciones». Se referían a la respuesta de la población indígena a los asaltos genocidas lanzados en su contra por los santos puritanos y otros salvajes, quienes no conocían la piedad y habían enseñado a los indios que la guerra al estilo europeo era un programa de exterminio en masa de mujeres y niños. Fue una lección que George Washington pronto iba a enseñar a los iroquois cuando envió a sus fuerzas en 1779 a destruirles su sociedad y su civilización, bastantes avanzadas según las normas de la época. Rara vez la hipocresía y la cobardía moral han sido tan explícitas, rara vez tan admiradas con tanta reverencia a través de los siglos. No fue, de hecho, sino hasta la década de 1960, cuando los movimientos populares en Estados Unidos elevaron el nivel moral e intelectual del país sustancialmente —la razón principal por la cual han sido tan vilipendiados y despreciados por las clases educadas—, que fue posible enfrentar esta historia con cierto grado de honestidad.

En 1786, Thomas Jefferson describió «nuestra confederación» como «el nido, desde el cual, toda América, norte y sur, va a ser poblada». Para él, el continente podía permanecer en manos de la corona española hasta que «nuestra población esté lo suficientemente adelantada para ganárselo, pedazo a pedazo». Cuando John Quincy Adams formuló el concepto que condujo a la doctrina Monroe, describió «nuestro propio dominio» como «el continente de Norteamérica». Esta es la ley de la naturaleza, explicó. La ley de la naturaleza tenía un uso muy amplio. Adams la invocó de nuevo al referirse a los esfuerzos vanos de China por prohibir las importaciones de opio desde la India, lo cual condujo a las guerras del opio. Los ingleses recurrieron a la violencia para vencer la resistencia china a los nobles principios del libre comercio. China había excluido a Inglaterra de su mercado bloqueando sus exportaciones. El esfuerzo de China por bloquear la importación del

opio contrariaba la ley de la naturaleza, explicó Adams. La política de exclusión de China era «una afrenta enorme a los derechos de la naturaleza humana y a los principios primordiales de los derechos de las naciones». Era inmoral porque violaba el principio cristiano de «ámense los unos a los otros» e interfería con el comercio. El Instituto de Misiones Norteamericanas describió las guerras del opio como no «tanto un asunto de opio o de los ingleses», sino más bien «como el resultado de un gran diseño de la providencia para hacer que la maldad humana le sea útil a sus propósitos de merced hacia China, rompiendo el muro de exclusión en que se encontraba, y llevando al imperio chino hacia un contacto más inmediato con las naciones occidentales y cristianas».

Afortunadamente, Dios siempre ha favorecido las ventajas comerciales: una gran suerte para una nación tan empapada de valores religiosos como Estados Unidos.

Volviendo a tiempos más recientes, Woodrow Wilson esbozó «nuestro peculiar deber de enseñar a los pueblos coloniales» el orden, el autocontrol y «la disciplina y el hábito de la ley y la obediencia» —en la práctica, la obediencia a nuestro derecho de robarlos y explotarlos. En un documento privado que nunca se publicó, Woodrow Wilson explicó el papel del poder del Estado en esta empresa en los siguientes términos:

> Dado que el comercio desconoce las fronteras nacionales y el fabricante insiste en tener al mundo entero como mercado, la bandera de su nación debe seguirlo, y las puertas de las naciones que estén cerradas para él, deben ser abatidas. Las concesiones obtenidas por los financieros deben ser salvaguardadas por los ministros de Estado, aunque en el proceso se violara la soberanía de estados reacios. Las colonias deben ser adquiridas o instauradas, para que ningún rincón útil del mundo sea pasado por alto o dejado en desuso.

Utilizado por nosotros, por supuesto, y no por los pueblos colonizados. Estas palabras secretas expresan el verdadero significado de los ideales wilsonianos de la libertad y la autodeterminación, tan alabados por los intelectuales occidentales.

Cuando llegó a la presidencia unos años más tarde, Wilson estaba en buena posición para llevar a cabo su doctrina de autodeterminación y lo hizo invadiendo México y La Española (Haití y la República Dominicana), donde sus guerreros asesinaron y destrozaron, reestableciendo una virtual esclavitud. Demolieron el sistema político y pusieron definitivamente a ambos países en manos de los inversionistas estadounidenses. Su Secretario de Estado, Robert Lansing, explicó el sentido de la doctrina Monroe en un memorándum que Wilson consideró «impolítico» para hacerlo público, pese a que encontró su argumento «incontrovertible»:

> En su defensa de la doctrina Monroe, Estados Unidos se guía por sus

> propios intereses. La integridad de las otras naciones americanas es un incidente y no un fin. Aunque esto pueda parecer solo basado en el egoísmo, el autor de la doctrina no tenía ningún ideal más alto o generoso cuando hizo la declaración.

El problema principal, prosiguió Lansing, es el de excluir el control europeo sobre el «territorio americano y sus instituciones tanto por medios financieros como por cualquier otro». La práctica de Wilson se conformó con este principio cuando excluyó, por ejemplo, a Inglaterra de las concesiones petrolíferas en Centroamérica, como dije antes. El cambio principal ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial fue que Estados Unidos se encontró en una buena posición para aplicar dichos principios sobre una extensión más amplia; y, naturalmente, el *Imperio del Mal* del cual tenía que defenderse ya no era el de los hunos (como en caso de La Española, según la doctrina oficial) o de los ingleses. El enemigo real seguía siendo el mismo: la población nativa, incapaz de comprender que su «función» era la de servir a las necesidades de los privilegiados.

Los documentos contienen abundantes tesoros de naturaleza similar, pero, en vez de continuar con ellos, pasemos directamente a la época actual, al sistema global establecido por la Segunda Guerra Mundial.

Estados Unidos emergió de la guerra con una posición de dominio global que tenía pocos —o ningún— paralelo histórico. Sus rivales industriales habían sido aniquilados o seriamente debilitados, mientras la producción industrial estadounidense casi se cuadruplicó durante los años de la guerra. Desde mucho antes, Estados Unidos había llegado a ser el poder industrial más grande del mundo. Cuando terminó la guerra, poseía literalmente la mitad de la riqueza mundial. Su poder militar era supremo. No tenía enemigos en el hemisferio occidental. Controlaba los dos océanos y grandes áreas allende. Pocas veces o nunca ha gozado un Estado de tanto poder y seguridad ante cualquier amenaza.

Las élites que controlaban el Estado entendieron muy bien la situación y estaban empeñadas en mantener las cosas tal como estaban. Había, por supuesto, un abanico de opiniones. En la línea más abiertamente dura tenemos documentos tales como el memorándum del Consejo Nacional de Seguridad n.º 68 (CNS-68) de 1950, redactado por Paul Nitze justo antes de la guerra de Corea. Poco después fue adoptado como política del Estado y es uno de los documentos cruciales de la historia moderna. El CNS-68 abogó por una estrategia de dar marcha atrás, dirigida a «acelerar el deterioro del sistema soviético» desde dentro y a «nutrir las semillas de destrucción dentro de dicho sistema» por medio de una gama de operaciones encubiertas o abiertas que haría posible «negociar un arreglo con la Unión Soviética (o con un Estado o grupo de estados sucesores)». Las medidas encubiertas en ese entonces incluían el enviar abastecimientos y agentes a los ejércitos que luchaban dentro de la Unión Soviética y Europa oriental, los cuales habían sido alentados por

Hitler; colocar los servicios de espionaje de Alemania occidental bajo el control de Reinhard Gehlen, quien había sido jefe de la inteligencia militar nazi para ayudar en el proyecto general de postguerra de destruir la resistencia antifascista, a menudo a favor de colaboradores de los nazis, de los japoneses, etc.

En el otro extremo estaban «las palomas[2]» como, por ejemplo, George Kennan, jefe del estado mayor de planificación del Departamento de Estado hasta 1950, fecha en que fue reemplazado por Nitze, por considerarlo demasiado blando para este mundo duro. Los puntos de vista de Kennan fueron expresados sucintamente en el «Estudio para la planificación de política (PPS)», n.º 23, de febrero de 1948.

> … Contamos con aproximadamente el 50% de la riqueza mundial, pero solamente con el 6,3% de su población… En esta situación no podemos dejar de ser objeto de envidia y resentimiento. Nuestra tarea real en la época venidera es la de crear un plan de relaciones que nos permita mantener esa posición de disparidad sin detrimento verdadero para nuestra seguridad nacional. Para hacerlo tendremos que dejar a un lado el sentimentalismo y las quimeras. Nuestra atención tendrá que estar en todas partes concentrada en nuestros objetivos nacionales inmediatos. No debemos engañarnos con la teoría de que hoy en día podemos permitirnos el lujo del altruismo y ser los benefactores del mundo… Debemos dejar de hablar de objetivos vagos y —para el Lejano Oriente— irreales, tales como los derechos humanos, el crecimiento de los niveles de vida y la democratización. No está muy lejos el día en que tendremos que manejar conceptos del poder puro. Para entonces cuanto menos atados estemos por consignas idealistas, mejor.

Este, naturalmente, es un documento *top secret*. Para apaciguar al pueblo, y particularmente a las élites intelectuales, constantemente se hace necesario vociferar las «consignas idealistas», de acuerdo a los principios del sistema ideológico que mencioné antes y que están muy bien ilustrados generalmente en una gama muy amplia de medios de comunicación, en las revistas de opinión, en los textos escolares, en la documentación universitaria y en la producción de los intelectuales.

Debemos señalar, de pasada, que materiales de este tipo casi siempre están excluidos de la documentación universitaria y de las *memorias*. En particular, se ignoran los conceptos de Kennan, ilustrados en documentos secretos de planificación, y no solamente en sus *memorias*, sino también en los extensos estudios acerca de Kennan y «la política de contención». Con escasas excepciones, este tipo de estudio mantiene que Kennan no tenía una visión geopolítica aparte de ciertas consignas vagas e idealistas, y evita escrupulosamente la clara y elocuente visión geopolítica de esa figura influyente.

Dichos preceptos se referían al Lejano Oriente, pero Estados Unidos es un poder global, y los mismos principios son aplicables en otras partes, tal como Kennan y

otros explicaron. Así es como, en 1950, en una sesión informativa para embajadores en América Latina, Kennan observó que una de las preocupaciones principales de la política exterior estadounidense debía ser «la protección de nuestras materias primas», de hecho, en un plano más amplio, de los recursos materiales y humanos que son «nuestros» por derecho legítimo. Para proteger «nuestros» recursos, debemos combatir una herejía peligrosa que, tal como lo señaló la inteligencia norteamericana, estaba proliferando en América Latina, «la amplia aceptación de la idea de que el gobierno tiene la responsabilidad directa del bienestar del pueblo». En la teología política estadounidense esto se llama «comunismo», sean cuales sean los compromisos políticos de sus adeptos.

Kennan prosiguió explicando los medios que debemos usar contra nuestros enemigos, que caen en las redes de la herejía que amenaza *nuestros* recursos en *sus* territorios:

> La respuesta final podría ser desagradable, pero… no debemos vacilar ante la represión policíaca del gobierno local. Esto no es vergonzoso, dado que los comunistas son especialmente unos traidores… Es mejor tener en el poder un régimen fuerte que un gobierno liberal si este es indulgente, relajado y se deja penetrar por los comunistas.

Aquí se debe entender el término «comunista» en el sentido normal de la teología política estadounidense, como ya lo expliqué antes.

Según John Loftus, quien investigó estos asuntos para el Departamento de Justicia de Estados Unidos, las operaciones militares dentro de la Unión Soviética y en Europa Oriental, mencionadas anteriormente, estaban supervisadas desde la oficina de George Kennan en el Departamento de Estado.

Los comentarios que cité sobre la «función» del sureste asiático también se derivan del estado mayor de planificación de la política de Kennan, el cual tuvo una influencia considerable en determinar el perfil del mundo de postguerra, incluyendo las medidas tomadas a fines de los años cuarenta para construir sistemas regionales bajo el escudo estadounidense de Asia y Europa, organizados alrededor de sus «líderes naturales», Japón y Alemania. En el caso de Japón, Kennan y su equipo fueron de gran utilidad al inventar la «marcha atrás» de 1947 que terminó con las etapas del general McArthur hacia la democratización de Japón. La «marcha atrás» frenó eficazmente al sindicalismo japonés y restableció «la democracia» en el sentido preferido del término: un control firme ejercido por la empresa privada en un Japón conservador, el cual, se esperaba, llegaría a ser un líder regional dentro de un sistema global dominado por Estados Unidos. Pensar que Japón podría llegar a ser un competidor serio era, en ese entonces, demasiado exótico para tenerse en cuenta: todavía a principios de los años sesenta, el gobierno de Kennedy centraba sus esfuerzos en encontrar los medios para asegurar la viabilidad de Japón, la cual se

estableció finalmente con la guerra de Vietnam. Una guerra costosa para Estados Unidos, pero altamente beneficiosa para la economía japonesa, como lo había sido la guerra de Corea. En Europa, el programa paralelo era el plan Marshall, un programa en parte destinado a promover las exportaciones de la industria estadounidense y en parte a promover la recuperación económica de un sistema regional subordinado a los intereses globales de Estados Unidos. Una de las preocupaciones principales era eliminar el peligro de evoluciones políticas independientes que pudieran llevar a una forma de capitalismo nacional, o aún peor, que abrieran un espacio político a los movimientos socialistas de masas que tenían un prestigio considerable debido a su papel central en la resistencia antifascista.

Los puntos de vista de Nitze y de Kennan demarcan bastante bien el espectro de opinión entre los planificadores. No hay espacio aquí para recorrer la documentación disponible, pero caben con bastante exactitud dentro de dicho espectro, aunque se pueden encontrar algunas particularidades. En un estudio que tuvo mucha influencia, fechado en abril de 1947, se observa que la ayuda estadounidense debía estar restringida a los «países de importancia estratégica primordial a Estados Unidos… salvo en esas pocas ocasiones que ofrecen una oportunidad para que Estados Unidos gane la aprobación mundial por medio de un acto conspicuamente humanitario» (Jefes de Estado Mayor Conjunto 1769/1), en cuyo caso, el acto proveería agua para los molinos de los comisarios de propaganda. De acuerdo con esta apreciación, el Secretario de Estado Dean Acheson, por ejemplo, e influyentes senadores estadounidenses acordaron en 1950 «que si el hambre brotaba en China continental, Estados Unidos debería dar un poco de ayuda en comestibles, no lo suficiente para aliviar el hambre, pero sí lo suficiente como para ganar una ventaja en la guerra psicológica», tal como Steve Shalom lo documenta en un estudio importante sobre el neocolonialismo en las Filipinas y en otras partes.

Ya mencioné antes que tal postura, por supuesto, no se limitaba a Estados Unidos, ni surgió en la época de postguerra, aunque las posibilidades de aplicar los principios gobernantes de la política exterior se extendieron al mundo entero de acuerdo a la enorme expansión del poder estadounidense.

La presentación lúcida de George Kennan acerca de las metas de la política exterior estadounidense no surgió del vacío. Reflejaba un análisis geopolítico más amplio que había sido desarrollado por grupos de élites durante la guerra. Grupos de estudio del Consejo de Relaciones Exteriores (un canal importante a través del cual la empresa privada ha influido en la política exterior) y el Departamento de Estado formularon el concepto de lo que ellos llamaron «la Gran Área», una región que debía quedar subordinada a las necesidades de la economía norteamericana y que iba a incluir, como mínimo, al Hemisferio Occidental, al Lejano Oriente y al antiguo imperio británico. El área iba a expandirse en un sistema global, en la medida de lo posible, y con seguridad incluiría a Europa occidental y a las incomparables reservas de energía del Oriente Medio, las cuales ya estaban pasando a menos

norteamericanas. Los documentos sobre esta planificación de alto nivel también se excluyen de la historia «higienizada». Los conceptos rectores de la geopolítica explican mucho de lo que ha estado pasando en el mundo; pero si no son debidamente comprendidos, todo lo que sucede aparece como una serie de equivocaciones accidentales, confusiones e inconsistencias que podrían ser atribuidas a los deslices del liderazgo político. En realidad, ese liderazgo ha logrado un éxito brillante en sus cometidos, pese a los fracasos ocasionales, inevitables, en un mundo complicado.

En un análisis universitario importante de la política de seguridad estadounidense, basado en documentos recientemente publicados, Melvyn Leffler observa que, al terminar la Segunda Guerra Mundial, «el concepto norteamericano de la seguridad nacional… incluyó: una esfera de influencia estratégica dentro del Hemisferio Occidental (de la cual otros poderes, especialmente los europeos, iban a ser excluidos y donde la "influencia estratégica" incluía el control económico); la dominación de los Océanos Atlántico y Pacífico; un sistema extenso de bases remotas para agrandar la frontera estratégica y proyectar el poder norteamericano; un sistema aún más extenso de derechos de tránsito para facilitar la conversión de aeropuertos comerciales en aeropuertos militares; el acceso a los recursos y los mercados de la mayor parte de Eurasia; la negación de estos recursos a un presunto enemigo y el mantenimiento de la superioridad nuclear». Esta concepción estratégica, comenta Leffler, ayuda a explicar «la dinámica de la guerra fría después de 1948». Era una visión expansiva, consecuente con el poder pavoroso de Estados Unidos en aquel entonces.

Me gustaría tratar ahora el significado de todo esto para el mundo después de la Segunda Guerra Mundial. Consideraremos varios elementos del sistema mundial que emergió.

Empecemos con el Tercer Mundo, el cual iba a ser incorporado en la Gran Área para que todas sus regiones pudiesen «cumplir sus funciones». Volveré a algunos de los muchos problemas que surgieron para llevar a cabo esta tarea. Una indicación aproximativa a dichos problemas se encuentra en un estudio hecho por Ruth Sivard en 1983, sobre los principales conflictos militares después de la Segunda Guerra Mundial. Este trabajo fue hecho bajo los auspicios del Instituto para el Orden Mundial, la Fundación Rockefeller y otras instituciones igualmente responsables. El estudio calcula que hubo aproximadamente 125 conflictos de gran envergadura, el 95% de ellos en el Tercer Mundo. En la mayoría de los casos estuvieron comprometidas fuerzas extranjeras. Los poderes occidentales contabilizaron el 79% de las intervenciones, mientras que los comunistas solo el 6%. El número de víctimas ha sido enorme. Solamente en Vietnam, puede haber habido aproximadamente cuatro millones de muertos, durante las guerras de agresión francesa y norteamericana, amén de que dejaron tres países en la ruina. En Afganistán, el cálculo de los muertos causados por la agresión soviética varía de medio a un millón, y ha habido una

destrucción enorme. En Indonesia, entre medio millón y un millón de personas fueron asesinadas en cuatro meses, la mayoría campesinos sin tierra. Esto tuvo lugar tras un golpe militar apoyado (y posiblemente inspirado) por Estados Unidos en 1965, una operación muy alabada por la opinión occidental (incluyendo a los liberales). Dicha operación se presentó como una justificación de la guerra norteamericana en Indochina, la cual había suministrado un «escudo» detrás del cual los generales indonesios fueron alentados para llevar a cabo esta tarea tan necesaria de purgar su sociedad de elementos peligrosos y abrirla al robo occidental, destruyendo al Partido Comunista con base en las masas. Desde 1975, unas 200 000 personas han sido asesinadas en Timor Oriental en el curso de una invasión indonesia, llevada a cabo en el decisivo apoyo militar y diplomático de Estados Unidos y sus aliados: una masacre que probablemente bate el límite máximo de matanza en la postguerra con respecto a la población. En Centroamérica, cerca de 200 000 personas han sido asesinadas desde 1978, muchas de ellas con torturas y mutilaciones espantosas, por gobiernos clientes de Estados Unidos y con el apoyo crucial de este y de sus aliados. Estos no son más que unos pocos ejemplos. Semejantes conflictos en el Tercer Mundo han llevado repetidas veces a las superpotencias a la confrontación, principalmente en el Oriente Medio. La amenaza es muy real y persiste, un asunto que quiero considerar en la cuarta conferencia.

Volveré luego sobre algunos casos de intervención y a sus consecuencias en el Tercer Mundo. Dirijamos ahora nuestra atención a Europa y a los programas que surgieron inmediatamente después de la guerra, destinados a consolidar la Gran Área.

En Europa, la Unión Soviética estableció su control sobre los países satélites después de la Segunda Guerra Mundial, en tanto que Estados Unidos incorporó a Europa occidental y a Europa del sur dentro de la Gran Área. Europa planteaba problemas sobre los planificadores estadounidenses, aunque la posibilidad de una agresión soviética se consideraba como una remota eventualidad, en contra de lo que decía la mayor parte de la propaganda de entonces y de después. A finales de los años cuarenta, la inteligencia estadounidense no tomó en serio tal posibilidad. Calcularon que a la Unión Soviética le costaría quince años reponerse de las pérdidas de la guerra, tanto en mano de obra como en la industria, y que no alcanzaría los niveles estadounidenses de antes de la guerra, ni con «esfuerzos hercúleos», en quince o veinte años. El estudio actual más detallado sobre el ejército soviético de postguerra, hecho por el investigador norteamericano Michael Evangelista, indica que, aun en términos numéricos, las fuerzas occidentales en Europa igualaban a las de la Unión Soviética, dejando a un lado su cohesión y moral, su nivel técnico y base económica, que eran mucho más adelantados, y el hecho de que las fuerzas soviéticas estaban ocupadas en la reconstrucción de grandes áreas devastadas por el ataque nazi, el cual había concentrado su furia en el frente oriental.

Los planificadores occidentales estaban preocupados con «la pérdida de Europa», pero no como resultado de una conquista militar soviética. Mejor dicho, como

advirtió la CIA en 1947, «el peligro más grandes para la seguridad de Estados Unidos es la posibilidad de un derrumbe económico de Europa occidental y la consecuente llegada al poder de elementos comunistas». De igual manera, Dean Acheson, mientras intentaba con éxito movilizar el apoyo del Congreso para conseguir intervenir en Grecia bajo la doctrina Truman, advirtió que «como manzanas en un barril infectado por una podrida, la corrupción de Grecia infectaría a Irán y a todo el territorio oriental» y esparciría la infección en el Asia Menor, Egipto y África y también en Italia y Francia, que estaban «amenazadas» por grandes partidos comunistas. Volveremos a esta interesante y peculiar imagen y a su significado, pero de nuevo vemos que la amenaza en Europa provenía de la política democrática, un asunto particularmente serio debido al prestigio de la resistencia antinazi, inspirada en gran parte de una visión de democracia radical, la cual incluía significativos elementos socialistas y comunistas.

La preocupación principal fue formulada por el primer ministro surafricano, Jan Christian Smuts, uno de los consejeros de más confianza de Winston Churchill. En 1943, este advirtió a Churchill, con respecto a Europa del sur, que «cuando se desatara la política entre esa gente, podríamos tener una ola de desórdenes y comunismo al por mayor en todas esas partes de Europa». Ni el llamado «comunismo», ni el socialismo, ni la democracia radical ni un capitalismo nacional que podrían haber tomado un rumbo independiente podían ser tolerados. Esas eran las amenazas con las cuales había que enfrentarse y no con la agresión soviética.

En la próxima conferencia discutiré cómo fueron manejadas dichas amenazas, y volveré a otros aspectos del orden global, surgidos después de la Segunda Guerra Mundial.

2

El trasfondo general (2)

La última vez recorrimos una parte de la documentación sobre la planificación de alto nivel. De esos documentos sacamos en conclusión que, en realidad, existe un espectro de opinión muy pequeño. Los desacuerdos tienen que ver principalmente con problemas tácticos, como, por ejemplo, la mejor manera de lograr objetivos que ya están aceptados con pocas preguntas y poca necesidad de discusión, ya que estos son compartidos muy ampliamente entre los grupos elitistas activos en el sistema político. Estos grupos elitistas son los que forman los equipos de la rama ejecutiva del gobierno y los que suministran el marco extragubernamental que establece las condiciones dentro de las cuales la política del Estado se formula y ejecuta. La preocupación central, con respecto al Tercer Mundo, es defender el derecho de robar y explotar, de proteger «nuestras» materias primas. De un modo más amplio, la preocupación principal consiste en mantener la Gran Área subordinada a las necesidades de las élites estadounidenses y asegurarse de que los otros poderes se limiten a sus «intereses regionales», dentro del «marco global del orden» mantenido y controlado por Estados Unidos. En palabras de George Kennan, el líder de «las palomas» entre los primeros planificadores de la postguerra, debemos dejar a un lado «los objetivos vagos e irreales, tales como los derechos humanos, el aumento de los niveles de vida y la democratización» y estar preparados para usar la violencia si fuere necesario para lograr nuestros objetivos, sin «el estorbo de las consignas idealistas».

El enemigo principal es la población nativa que intenta robar «nuestros» recursos, los cuales, por casualidad, se encuentran en sus países. La población nativa se preocupa por objetivos vagos e idealistas tales como los derechos humanos, el aumento de los niveles de vida y la democratización, y, debido a su retraso e insensatez, tiene dificultad en comprender que su «función» es «complementar las economías industrializadas del occidente» (incluyendo Japón) y servir a las necesidades de los grupos privilegiados que dominan esas sociedades. El principal peligro que plantea el enemigo nativo es que, si no se lo para a tiempo, puede diseminar el virus de la independencia, la libertad y la preocupación por el bienestar humano, infectando a otras regiones vecinas. Se debe evitar que transforme su sociedad en una manzana podrida, la cual puede infectar el barril y amenazar la estabilidad de la Gran Área. Como ya han manifestado otros planificadores, Estados Unidos debe «evitar que la podredumbre se extienda». Debe impedir lo que a veces —basado en otras suposiciones sobre lo que es correcto y justo— se llama «la amenaza de un buen ejemplo». La amenaza de la podredumbre y la infección es muy

seria y requiere medidas serias, incluyendo la violencia, si fuere necesario, siempre presentada como defensa de los valores más altos, a la manera clásica.

Las líneas principales de dicho pensamiento están expresadas claramente en los documentos *top secret* y en los estudios de planificación —a veces incluso en declaraciones públicas—, pero faltan en los análisis políticos, en los periódicos y en la mayor parte de los estudios universitarios, de acuerdo con el segundo principio de mayor importancia política: el sistema ideológico también debe cumplir su «función», es decir, asegurar el nivel necesario de ignorancia y apatía en la población en general y entre las élites políticamente activas.

En la conferencia anterior empecé a discutir el sistema mundial que surgió después de la segunda guerra, concentrándose en el papel de Estados Unidos, tal como lo seguiré haciendo en todas estas conferencias. Terminé la última conferencia haciendo algunos comentarios sobre el Tercer Mundo y sobre la Europa de postguerra y el problema que planteó para la planificación de la Gran Área: no el peligro de la agresión soviética, sino la amenaza del derrumbe económico y la política democrática, los cuales podrían conducir a formas de desarrollo social y económico fuera del marco del orden mundial dominado por Estados Unidos.

Para superar dichas amenazas, Estados Unidos lanzó el plan Marshall y otros programas similares, los cuales, como señalé antes, también subsidiaron de forma muy importante a los exportadores estadounidenses de materias primas y bienes manufacturados. Mientras tanto, la amenaza de la política democrática fue encarada de una manera natural, por medio de un programa de alcance mundial, con el fin de destruir la resistencia antifascista y las organizaciones populares asociadas a ella, favoreciendo con frecuencia a los fascistas o a sus colaboradores. Este es, en realidad, uno de los principales temas de la historia inmediatamente posterior a la guerra.

El modelo fue establecido en la primera área liberada, África del norte, donde el presidente Roosevelt instaló en el poder al almirante Jean Darlan, un destacado colaborador de los nazis y autor de las leyes antisemitas del régimen de Vichy. Mientras las fuerzas estadounidenses avanzaban en el interior de Italia, reestablecían la estructura esencial del régimen fascista, rompiendo la resistencia que había luchado con tanta valentía contra seis divisiones nazis. En Grecia, las tropas británicas entraron después de que los nazis se replegaron e impusieron un régimen duro y corrupto, el cual despertó una nueva resistencia, la cual Inglaterra fue incapaz de controlar en su declive de postguerra. Luego entró Estados Unidos, reemplazando a los ingleses, disfrazados con la retórica de la doctrina Truman de defender a los «pueblos libres que resistieran los esfuerzos de las minorías y de las presiones externas para sojuzgarlos». Por su parte, el consejero presidencial, Clark Clifford, comentó alegremente en privado que la doctrina serviría como «el cañonazo inicial de una campaña para convencer a la gente de que la guerra no ha terminado, ni mucho menos». En realidad, ayudó a iniciar una nueva era de militarismo doméstico y de intervención en el exterior en el contexto del enfrentamiento de la guerra fría, en

la cual Grecia sirvió como primer blanco. Allí, Estados Unidos lanzó una guerra sangrienta de contrainsurgencia, repleta de torturas, exilio político para decenas de miles de personas, campamentos de reeducación, destrucción de sindicatos y de cualquier política independiente y la panoplia completa de las medidas que iban a ser utilizadas más tarde en operaciones parecidas en todo el mundo. Colocó a la sociedad firmemente en manos de los inversionistas estadounidenses y de la élite local, mientras que una gran parte de la población tuvo que emigrar para sobrevivir. Entre los beneficiarios, otra vez, estaban los colaboradores de los nazis, mientras las víctimas principales seguían siendo los trabajadores y campesinos de la resistencia antinazi, la cual fue hegemonizada por los comunistas.

La exitosa operación contrainsurgente en Grecia sirvió como modelo para la escalada de la guerra estadounidense contra Vietnam del Sur a principios de los años sesenta, tal como anunció Adlai Stevenson en las Naciones Unidas en 1964, al explicar que Estados Unidos estaba defendiendo a dicho país de la «agresión interna». O sea, Estados Unidos estaba asumiendo la defensa de Vietnam del Sur de la «agresión interna» de su propia población: la misma retórica de la doctrina Truman. El modelo griego también fue invocado por Roger Fontaine, el consejero de Reagan para Centroamérica, cuando su gobierno hacía los preparativos para escalar la «defensa» contra la «agresión interna» que Carter había puesto en El Salvador.

Cabe mencionar que la reputación de Stevenson como vocero destacado de altos valores y como eminente líder del liberalismo moderno no ha sido manchada por este tipo de retórica. La doctrina que justifica el compromiso de Estados Unidos con la defensa, en uno u otro país, de la «agresión interna» es aceptada sin mayores reparos por las clases educadas estadounidenses y europeas en general. Este hecho ofrece cierta medida en la comprensión del nivel moral e intelectual de lo que se entiende como discurso civilizado.

Volveré sobre la doctrina Truman en un momento, pero antes debo subrayar que el modelo que acabo de describir tuvo un alcance global. En Corea, las fuerzas estadounidenses disgregaron al gobierno popular e instauraron una represión brutal, utilizando policías japoneses y colaboradores. Unas 100 000 personas fueron asesinadas antes de lo que en Occidente se llamó «la guerra de Corea», incluyendo el asesinato de entre 30 000 y 40 000 campesinos durante la supresión de una insurgencia en la isla de Cheju. Asimismo, en las Filipinas la resistencia campesina contra los japoneses fue aplastada por una larga y sangrienta guerra de contrainsurgencia, mientras eran restaurados en el poder los colaboradores de los japoneses.

En Tailandia, Estados Unidos apoyó vigorosamente una serie de golpes militares que por fin instalaron a Phibun Songkhram, «el primer dictador profascista que recuperó el poder después de la guerra», según palabras de Frank Darling, exespecialista de la CIA, en su estudio sobre Estados Unidos y Tailandia. El líder del movimiento Tai Libre, quien había cooperado con Estados Unidos durante la guerra y

era la figura liberal demócrata más eminente del país, fue depuesto en un golpe respaldado por Washington y terminó en la China comunista. En 1954, en la planificación secreta para sabotear los acuerdos de Ginebra que establecieron un marco para la paz en Indochina, el Consejo Nacional de Seguridad propuso que Tailandia se mantuviera como el «foco de las operaciones encubiertas y psicológicas de Estados Unidos en el sureste asiático». Se logró dicho objetivo. Más tarde Tailandia se convirtió en la base de los ataques estadounidenses a Indochina y en un bastión del mundo libre, repleto de esclavitud de niños, corrupción masiva, hambre, miseria y jugosas ganancias para los inversionistas occidentales y sus clientes tai. Mientras la guerra en Indochina llegaba a su fin, Estados Unidos siguió contra los elementos democratizantes, tal como lo hizo en las Filipinas en la misma época.

En Indochina, Estados Unidos apoyó a Francia en sus esfuerzos por «defender» a su excolonia de la «agresión internacional» del movimiento nacionalista en Vietnam, el cual había cooperado también con aquel durante la guerra.

Volviendo a América Latina, un golpe fascista en Colombia, inspirado por la España de Franco, no causó más preocupación que la de otro golpe militar ocurrido en Venezuela o la restauración de un admirador del fascismo en Panamá; pero el primer gobierno demócrata en la historia de Guatemala, sacado del contexto del «New Deal» de Roosevelt, despertó un amargo antagonismo en Estados Unidos y un golpe de la CIA convirtió a Guatemala en un virtual infierno sobre la tierra, el cual se ha mantenido así desde entonces, con intervenciones periódicas y con el apoyo de Estados Unidos, particularmente durante los gobiernos de Kennedy y Johnson. El infierno se mantuvo aún durante los años de Carter cuando, contrario a lo que se decía, la ayuda militar oficial estadounidense a una serie de Himmler guatemaltecos no cesó nunca; apenas disminuyó mientras se despachaba más ayuda militar por otros canales, incluyendo los de los regímenes clientes de Estados Unidos. Con Reagan, el apoyo al cuasi genocidio ha llegado a niveles de enajenamiento.

El modelo de marginación de postguerra, o incluso de destrucción de la resistencia antifascista, a menudo a favor de simpatizantes y colaboradores de los fascistas, fue bastante general y penetrador. Pero, como bien pudo haber sido vaticinado, la historia «higienizada» no incluye un solo capítulo dedicado a esta campaña mundial. Apenas pueden encontrarse detalles en estudios especializados sobre uno u otro país. La política implementada generalmente está descrita como una equivocación, como resultado de la ignorancia o de la ingenuidad bien intencionada del liderazgo estadounidense, o como consecuencia de las confusiones de la época de postguerra.

Un aspecto de ese proyecto de postguerra fue el reclutamiento de criminales de guerra nazis como Reinhard Gehlen, quien fue jefe de la inteligencia militar nazi en el frente oriental y quien siguió desempeñando las mismas tareas en el nuevo Estado de Alemania Occidental, bajo la supervisión estrecha de la CIA. Klaus Barbie, el responsable de muchos crímenes en Francia, también fue reclutado por la inteligencia

norteamericana para ocuparse de la red de espionaje contra los franceses. Las razones fueron convincentemente explicadas por el superior de Barbie, el coronel Eugene Kolb, quien señaló que «sus talentos eran muy necesarios». Por cuanto sabemos, sus actividades estuvieron dirigidas contra el Partido Comunista francés clandestino y la resistencia, «tal como nosotros, en la época de postguerra, nos ocupábamos del Partido Comunista Alemán y de las actividades hostiles a las políticas norteamericanas en Alemania». El comentario de Kolb es correcto. Estados Unidos estaba retomando los hilos que los nazis habían dejado sueltos, y, por tanto, era totalmente natural que diera trabajo a especialistas, en la actividad de antirresistencia.

Más tarde, cuando se hizo imposible protegerlos de la retribución en Europa, una gran cantidad de esta gente útil fue llevada clandestinamente a Estados Unidos o a América Latina con la ayuda del Vaticano y de curas fascistas. Desde entonces, muchos de ellos han estado comprometidos en actividades terroristas, golpes de Estado, tráfico de drogas y armas, en el entrenamiento de equipos de los estados de seguridad nacional, fomentados por Estados Unidos, y en métodos de tortura inventados por la Gestapo, etc. Algunos de sus alumnos han llegado a Centroamérica, estableciendo un vínculo directo entre los campamentos europeos de la muerte y los escuadrones de la muerte; este vínculo se estableció por la alianza de postguerra entre la SS y Estados Unidos.

Como ya he mencionado, el razonamiento detrás de dichas actividades era esencialmente el dibujado por Dean Acheson, quien más tarde llegó a ser Secretario de Estado, en su defensa de la doctrina Truman ante el Congreso. Su contribución y los conceptos generales implícitos en ella merecen un cuidadoso escrutinio, ya que son centrales en la planificación mundial de la política estadounidense. Por lo demás, representan un corolario del principio esencial de la defensa de la quinta libertad. El contexto, tal como Acheson lo describe en sus *memorias*, fue la dificultad que el gobierno encontró para vencer la renuencia del Congreso —el cual reflejaba el sentimiento popular— de no meterse en nuevas aventuras militares en 1947. Acheson describe su éxito sobre esa resistencia con palabras que merecen ser citadas *in toto*:

> Durante los últimos dieciocho meses, dije, la presión soviética sobre los estrechos, sobre Irán y sobre el norte de Grecia, ha llevado a los Balcanes a un punto en que era muy posible que la brecha soviética abriera tres continentes donde podían penetrar. Como manzanas en un barril infectado por una manzana podrida, la corrupción de Grecia infectaría a Irán y a todo el territorio oriental. Asimismo llevaría la infección al África a través de Asia Menor y Egipto y a Europa a través de Italia y Francia, que ya estaban amenazadas por los partidos comunistas locales más fuertes de Europa occidental.

Aparte de su preocupación por la «amenaza» de la política democrática en

Europa, dos puntos de este comentario merecen atención especial: la invocación de la amenaza rusa y la teoría de la manzana podrida. Consideraremos cada uno de ellos.

Acheson cita tres ejemplos de una «muy posible brecha soviética»: el Estrecho de los Dardanelos, Irán y Grecia. Seguramente sabía que los esfuerzos de la Unión Soviética por participar en el manejo de los estrechos habían resultado inútiles y que, por tanto, había estado de acuerdo en dejar el control sobre el único acceso que tenía al mar templado exclusivamente en manos occidentales. También sabía, sin duda, que desde hacía mucho tiempo la Unión Soviética había abandonado sus esfuerzos por participar, dentro de sus propias fronteras, en la explotación del petróleo iraní, dejando dichas riquezas totalmente en manos occidentales. Con respecto a Grecia, es difícil imaginar que la inteligencia del Departamento de Estado no hubiese podido averiguar que Stalin estaba tratando de frenar a la guerrilla griega, reconociendo que Grecia estaba dentro de la esfera de influencia estadounidense, que era considerada esencialmente como una parte de la región del Oriente Medio dominada por Estados Unidos. Acheson, con seguridad, también sabía que Stalin había instruido a los partidos comunistas occidentales para que participaran en la reconstrucción del capitalismo.

Sin embargo, Acheson se vanagloria de este exitoso ejercicio de engaño, un hecho que es tan digno de mención como su preocupación por el peligro de la política democrática en el Occidente. Como mencioné en la primera conferencia, preocupaciones similares impulsaron a Estados Unidos, espoleado por Kennan y otros, a desandar los primeros pasos dados hacia la democratización de Japón y a colocar el país firmemente y, esperaban irrevocablemente, bajo el control conservador de los hombres de negocios, con los sindicatos seriamente debilitados y dejando pocas oportunidades abiertas para que las masas participaran seriamente en la política.

El éxito de Acheson en este engaño enseñó a los propagandistas una lección importante, aplicada muchas veces desde entonces: cuando el liderazgo estadounidense quiere estimular el apoyo de una intervención o agresión, solo tiene que gritar que ya vienen los rusos. Cualesquiera sean los hechos, siempre logra los resultados deseados. La táctica funcionó sin tropiezos hasta que los movimientos populares en los años sesenta mejoraron un poco el nivel intelectual y moral de la sociedad estadounidense, pero, pese a esa contrariedad, ha seguido siendo muy eficaz.

El éxito de Acheson tenía otras implicaciones para los forjadores de la política: si se consideraba necesario atacar a otro país, sería muy útil poder pintarlo como un cliente soviético para reforzar el grito de que los rusos otra vez estaban avanzando. Por tanto, es conveniente arrojar el blanco de la agresión hacia los brazos de la Unión Soviética por medio de embargos, amenazas, subversión y otras medidas, incluyendo la presión sobre los aliados y las agencias internacionales para que retiren su asistencia; todo ello con el fin de suministrar la necesaria base ideológica para la

agresión planificada. Al alcanzar dicha meta, esta proporciona también una justificación retrospectiva para las acciones hostiles que fueron llevadas a cabo para lograrlo, asumiendo, por supuesto, que se puede confiar en los medios y en los intelectuales persuasivos en orden a que jueguen el papel asignado en la charada —una suposición muy bien fundada—. Si no se puede alcanzar la meta, las consecuencias deseadas pueden ser proclamadas como hechos, con la complicidad de los medios. Esta lección también ha sido aplicada con frecuencia: se hizo durante el exitoso derrocamiento de la democracia capitalista de Guatemala en 1954, en el caso de Cuba, y en Nicaragua hoy día, entre muchos otros casos.

Los críticos liberales de la política estadounidense, deliberadamente ciegos a sus actividades obvias y a la rica documentación histórica, actualmente deploran que el embargo estadounidense va a forzar a Nicaragua a depender del bloque soviético. Son incapaces de comprender que este es, justamente, su objetivo, como en muchos casos anteriores y por las razones arriba señaladas. Esta incapacidad asombrosa de percibir lo que se está llevando a cabo ante sus propios ojos se explica, en parte, porque los críticos, quienes forman parte de la corriente principal del consenso ideológico, toman en serio el alegato de que Nicaragua plantea una «amenaza a la seguridad» de Estados Unidos. Según esta suposición, el gobierno de Reagan debe estar cometiendo un error tonto e inexplicable cuando se afana por aumentar la dependencia de Nicaragua de la Unión Soviética adoptando medidas hostiles y presionando a sus aliados. Ninguna persona cuerda tendría dificultad en discernir el motivo que hay detrás de estos esfuerzos sistemáticos y familiares: los que mencioné hace un momento.

Podríamos observar, de paso, que el alegato de que Nicaragua ponga en peligro la seguridad de Estados Unidos hace que, en comparación, Hitler parezca cuerdo cuando deliraba sobre Checoslovaquia como «una daga apuntando al corazón de Alemania» y sobre la amenaza que le planteaba a Alemania la «agresividad de los polacos». Si la Unión Soviética pusiera en guardia al mundo sobre la amenaza que Luxemburgo le plantea a su seguridad y la necesidad de «contener» ese peligro terrible, hasta el punto de declarar una emergencia nacional para enfrentar un riesgo tan grave, la opinión pública occidental se enfurecería con toda razón. Pero cuando los principales medios de comunicación y los congresistas liberales, haciendo eco de su gobierno, advierten ominosamente sobre la necesidad de «contener» a Nicaragua, los mismos pensadores inclinan sus cabezas de asentimiento juicioso o sugieren tímidamente que tal vez la amenaza sea un poco exagerada. Cuando, en mayo de 1985, Ronald Reagan declaró una «emergencia nacional» (renovada en mayo de 1986) para enfrentar «la amenaza insólita y extraordinaria a la seguridad nacional y a la política exterior de Estados Unidos planteada por las políticas y las acciones del gobierno de Nicaragua», la reacción del Congreso, de los medios —y de gran parte de Europa— no fue la de ridiculizar, sino de alabar los bien pensados pasos de un gran estadista. Todo ello muestra una vez más el nivel de la cultura intelectual en el

Occidente.

Hasta aquí el primer punto. El éxito de Acheson al invocar una amenaza rusa fraudulenta, la cual se convirtió virtualmente en un reflejo de la época subsiguiente, no debe causarnos sorpresa. Consideremos ahora el segundo punto: la teoría de la manzana podrida que formuló con tanta elegancia. Esta teoría llegó a ser un clisé entre los planificadores, quienes continuamente han expresado su preocupación de que algún país errático o movimiento político o liderazgo desviado pueda convertirse en un «ejemplo contagioso» que «infecte» a los demás. Son los mismos términos de Kissinger al referirse al ejemplo del socialismo democrático de Allende, el cual, temía, «infectaría» no solo a América Latina, sino también a Europa del sur, o que «la podredumbre se extendiera» por el sureste asiático, quizá abrazando a Japón. Este fue el mismo temor expresado por los planificadores estadounidenses con respecto al movimiento nacional vietnamita hegemonizado por los comunistas.

A la teoría de la manzana podrida se le llama convencionalmente «la teoría del dominó». Dicha teoría ha tenido dos variantes. Una, invocada periódicamente para asustar a la población interna, era que Ho Chi Minh (o quien quiera que sea el pecador) se iba a embarcar en una canoa, conquistaría Indonesia, desembarcaría en San Francisco y violaría a tu abuela. Aunque es difícil creer que estas fábulas puedan ser presentadas seriamente por el liderazgo político, uno no debe estar demasiado seguro. Es muy posible que líderes del calibre de Ronald Reagan realmente crean lo que dicen. Lo mismo puede haber sucedido con figuras políticas más serias, como, por ejemplo, Lyndon Johnson. Johnson ha sido probablemente el presidente más liberal de la historia de Estados Unidos, y en muchos aspectos «un hombre del pueblo», quien sin duda habló honestamente cuando advirtió en 1948 que si Estados Unidos no mantenía una superioridad militar abrumadora, llegaría a ser «un gigante maniatado y estrangulado, una presa impotente y fácil para cualquier enano amarillo armado con una navaja». O cuando dijo, en un discurso pronunciado en Alaska, en 1966, durante el apogeo de la agresión estadounidense contra Vietnam, que «si vamos a tener visitas de algún agresor o enemigo, prefiero que tal agresión tenga lugar a 10 000 millas de distancia en vez de ser aquí, en Anchorage». Se refería a la «agresión interna» de los vietnamitas contra las fuerzas militares de Estados Unidos en Vietnam:

> Existen 3000 millones de personas en el mundo (prosiguió Johnson) y solamente 200 millones son nuestras. Tenemos una desventaja de 15 a 1. Si la fuerza tuviera razón, inundarían Estados Unidos y se llevarían lo que tenemos. Nosotros tenemos lo que quieren.

Aunque es difícil creerlo, tales sentimientos son ampliamente compartidos entre las personas más ricas y más privilegiadas del mundo. No necesitamos detenernos en los mecanismos psicológicos; lo importante es que esto es un hecho. Un hecho que

permite que una gran parte de la población responda fácilmente a la retórica jingoísta que apela a los miedos profundos.

Mentes más sanas descartan la versión de la teoría del dominó y, en realidad, esta es ridiculizada cuando fracasa cualquier programa de intervención o de agresión. Sin embargo, los documentos internos revelan que la teoría del dominó, en sí misma, nunca ha sido cuestionada por los planificadores; nadie ha cuestionado seriamente la teoría de la manzana podrida, la preocupación de que el «virus» pueda ser contagioso. Ciertamente, Kissinger no pensó que Allende fuera a conquistar Italia, ni los planificadores estadounidenses anticiparon que Ho Chi Minh fuera a conquistar Japón, el «superdominó». ¿Cuáles son entonces los mecanismos mediante los cuales «la podredumbre se extenderá»?

Solo hay una respuesta sensata a esta pregunta. La podredumbre que tanto aflige a los planificadores es la amenaza de un desarrollo social y económico exitoso fuera del marco del control estadounidense; un desarrollo que podría parecer significativo a los pueblos pobres y oprimidos en otras partes. El «virus» que puede diseminar el contagio es el «efecto demostrativo», el cual puede, en realidad, provocar «que se extienda la podredumbre, al tratar otros de emular los éxitos que han observado». Es «la amenaza de un buen ejemplo».

En los años cincuenta, los planificadores estaban preocupadísimos con la posibilidad de que el desarrollo social y económico tuviera éxito en Vietnam del Norte, en China y también en Vietnam bajo el FNL, si la «agresión interna» prosperaba en este último. Ello podía animar esfuerzos para emular sus logros en otras partes, de manera que el sureste asiático dejaría de «cumplir su función» como dependencia de Japón y del Occidente, y, en vez de estar al servicio de sus necesidades, atendería a las suyas propias. Temían que Japón, un poder industrial que dependía de mercados y recursos extranjeros, eventualmente «se acomodara» a un sistema nuevo que emergía en Asia y que podía llegar a ser el núcleo industrial de una región en la cual Estados Unidos no tendría acceso privilegiado. Estados Unidos había peleado por el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial para impedir que Japón creara una «esfera de prosperidad mutua» de ese tipo y no estaba dispuesto a perder tan temprano la Segunda Guerra Mundial en la postguerra. Por tanto, los formuladores de la política estadounidense se comprometieron a asegurar que la podredumbre no se extendería. En este contexto, Vietnam alcanzó un significado mucho más allá de su poca importancia en el sistema mundial.

En los años cincuenta, los planificadores estadounidenses recomendaron medidas para frenar el desarrollo económico de China y Vietnam del Norte: una propuesta extraordinaria por su crueldad. Se comprometieron con una guerra criminal para asegurar que ningún éxito en Indochina «infectara la región». Fue una guerra que logró los objetivos principales que se había propuesto, un punto al cual volveré luego.

Asimismo, a Kissinger le preocupaba que el socialismo democrático de Allende pudiese transmitir un «mensaje equivocado» a los electores de las democracias

europeas. Por tanto, era necesario impedir al «virus extender el contagio» por medios ya bien conocidos. Lo mismo pasó con los esfuerzos de Arévalo y Arbenz para establecer un capitalismo independiente y democrático, ajustado a las necesidades de la población interna de Guatemala. De igual manera, la CIS advirtió en 1964 que Cuba «está en la mira de otras naciones en el hemisferio y cualquier señal de éxito allí tendría un amplio impacto en la tendencia del control del Estado en otras partes de la región», poniendo en peligro la quinta libertad. Por tanto, después del fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos, fue necesario proseguir con la guerra terrorista lanzada por Kennedy y mantener una postura hostil para asegurar que Cuba siguiera dependiendo de la Unión Soviética y no consiguiera ni siquiera el éxito más aparente.

Lo mismo ha sucedido en muchos otros casos, incluyendo el de Nicaragua hoy en día. Los tempranos éxitos de los sandinistas causaron, con toda razón, un miedo histérico entre las élites estadounidenses, tal como nos lo demuestra el que el gobierno haya podido declarar una «emergencia nacional» frente a esa amenaza grave a la existencia de Estados Unidos sin ni siquiera ser ridiculizado. Incluso contó con un apoyo manifiesto de la opinión respetable. Si los campesinos muertos de hambre en Honduras detectan, a través de la frontera, clínicas de salud, reforma agraria, programas de alfabetización, mejoras en la agricultura de subsistencia, etc., en un país sin más recursos que los suyos propios, la podredumbre podría extenderse. Y podría extenderse aún más allá, tal vez hasta el mismo Estados Unidos, donde un gran número de personas sufren de desnutrición o viven en la calle porque les falta techo —eso en el país más rico del mundo— y podrán empezar a preguntarse ¿por qué? Es necesario eliminar la manzana podrida antes que la podredumbre se extienda por todo el barril. Evocaron los mismos temores. El crecimiento de las organizaciones populares en El Salvador durante los años setenta, que amenazaban con desembocar en una democracia significativa, en la cual los recursos estarían dirigidos hacia las necesidades internas, era un ataque intolerable a la quinta libertad. Hay muchos más casos.

Evidentemente, los planificadores saben lo que están haciendo, no solamente por la invocación consistente de la teoría de la manzana podrida y el habitual recurso a la violencia y a otras medidas, para asegurar que la podredumbre no se extienda, sino también por la manera engañosa como se presenta la propaganda del Estado. El esfuerzo más reciente del Departamento de Estado para comprobar la agresividad nicaragüense se titula *La revolución más allá de nuestras fronteras*. Fue publicado en septiembre de 1985, obviamente como respuesta a los procedimientos del Tribunal Internacional de La Haya, y después de que Estados Unidos rehusó aceptar medidas legales para subsanar los conflictos centroamericanos que él mismo había creado. El título, según se afirma, está tomado de un discurso de Tomás Borge y la portada destaca una traducción distorsionada de un pasaje de un discurso suyo de 1981. En su discurso original, Borge dijo: «esta revolución trasciende las fronteras nacionales», aclarando que se refería a la trascendencia ideológica y añadiendo, «eso no quiere

decir que exportamos nuestra revolución. Basta —y no podríamos dejar de hacerlo— con exportar nuestro ejemplo…, sabemos que son los mismos pueblos en esos países los que tienen que hacer sus revoluciones». Esta es la declaración que fue deformada y después explotada por el sistema de desinformación estadounidense como prueba de que Nicaragua, de hecho, se jactaba de sus «agresiones» planificadas.

Este es un claro ejemplo de la relación entre las dos variantes de la teoría del dominó: la preocupación verdadera de las élites privilegiadas por el efecto demostrativo de un desarrollo exitoso se transforma, ante el público, en una preocupación fingida porque Estados Unidos se va a encontrar una vez más a merced de enanos amarillos con navajas, quienes en su camino conquistarán todo lo que encuentren a su paso, robando finalmente lo que tenemos; mientras tanto, el «gigante maniatado y estrangulado» sería incapaz de prevenir tal agresión. El engaño, tan transparente y arbitrario, seguramente es un ejemplo de la manipulación consciente de los propagandistas inescrupulosos, protegidos por los canales comunes de manera que nunca quedan al descubierto. Es un hecho del cual podemos sacar otras consecuencias.

Debo añadir que engaños de esta clase son muy comunes, incluso en la llamada investigación universitaria. En otra parte he documentado que durante la época de Vietnam, el gobierno y respetados comentaristas norteamericanos tergiversaron crasamente el contenido de «documentos rescatados» exactamente de la misma manera. Siguieron haciéndolo aún después de que la mentira quedó puesta de manifiesto, confiando en que el desenmascaramiento sería esencialmente irrelevante en las clases educadas a quienes se dirigía. En este último caso, me refiero al historiador Guenter Lewy, de la Universidad de Massachusetts, quien en su obra «de investigación» sumamente respetada, justifica la «defensa» estadounidense de Vietnam del Sur.

En el caso de Nicaragua, los funcionarios estadounidenses dicen abiertamente que si bien dudan de que la contrarrevolución sea capaz de deponer al gobierno actual, «están contentos de que la “contra” debilite a los sandinistas, forzándolos a desviar sus escasos recursos hacia la guerra en vez de utilizarlos en programas sociales» (Julia Preston, corresponsal del *Boston Globe*, citando a «funcionarios gubernamentales»). Los sufrimientos y el caos económico, resultado de los ataques de los ejércitos sustitutos de Estados Unidos, son explotados a su vez de manera típica para justificar la agresión en términos de «los fracasos de la revolución». Los medios de comunicación han hecho eco, como siempre, de la propaganda gubernamental. La culminación de la cobardía moral es la aseveración de que los sandinistas están realmente contentos con los ataques de «la contra» pues les ofrecen una excusa para esconder sus fracasos y su represión. Esta es una afirmación común entre los críticos liberales del gobierno de Reagan.

Es interesante observar que las declaraciones cínicas y horripilantes de los funcionarios gubernamentales citadas por Julia Preston, y otras parecidas, son

reseñadas con suavidad, sin suscitar comentario alguno y se las olvida con rapidez. En los círculos cultivados de Occidente se considera que es prerrogativa de Estados Unidos utilizar la violencia para prevenir medidas reformistas que podrían beneficiar a pueblos pobres y desvalidos, de manera que declarar tal intención no despierta ningún interés ni preocupación. Así como Estados Unidos no permite ningún programa constructivo en sus propios dominios, debe asegurarse de la destrucción de cualquier otro en cualquier otra parte, para no permitir «la amenaza de un buen ejemplo».

La frase anterior es el título de un folleto sobre Nicaragua de Oxfam, una agencia caritativa de desarrollo, en el cual se dice que, «de la experiencia de trabajo de Oxfam en 76 países en desarrollo, Nicaragua es excepcional por la fuerza del compromiso del gobierno por mejorar las condiciones del pueblo y alentar su participación activa en el proceso de desarrollo», y ofrece numerosos ejemplos de ello. El título del folleto está bien elegido. Son precisamente esos rasgos de la revolución sandinista los que causan escalofríos a los planificadores estadounidenses y a las élites privilegiadas de otras partes. Su preocupación fingida sobre la represión en Nicaragua y sobre los crímenes reales o imputados a los sandinistas, no puede ser tomada en serio por ninguna persona cuerda. Aunque se aceptaran las acusaciones más duras con un mínimo grado de credibilidad, el liderazgo sandinista es santo comparado con los rufianes que Estados Unidos ha apoyado en toda Centroamérica y más allá, para no hablar del mismo Washington. El crimen real de los sandinistas está identificado en el informe de Oxfam y ha sido confirmado por muchos otros, incluyendo las instituciones financieras internacionales. El crimen es haber planteado la amenaza de un buen ejemplo, el cual podría «infectar» la región e incluso llegar más allá.

La teoría de la manzana podrida explica un rasgo curioso de la política exterior estadounidense: la honda preocupación que han despertado algunos sucesos ocurridos en los países más pequeños y marginados, tales como Laos o Granada. En los años sesenta, el norte de Laos fue sometido al bombardeo más pesado de la historia (muy pronto sería sobrepasado en Camboya). A esta operación se la llamó «bombardeo secreto», un término técnico que se refiere a un bombardeo bien conocido por los medios de comunicación de masas, pero del cual no se habló para hacerle un servicio al Estado. Más tarde fue utilizado como evidencia de engaño gubernamental, cuando se hizo necesario deponer a un líder político que había cometido el imperdonable error de atacar a los poderosos enemigos domésticos, gente muy capaz de defenderse por sí misma (la frase de Watergate). Tal como el gobierno estadounidense admitió en audiencias ante el Congreso, el bombardeo no estaba relacionado con la guerra en Vietnam. Estaba dirigido más bien contra la guerrilla del Pathet Lao, la cual intentaba llevar a cabo modestas reformas sociales e introducir un sentido de identidad nacional en los pueblos esparcidos en el norte de Laos, donde poca gente sabía que eso estaba en Laos. Tomemos Granada, una motita minúscula en el Caribe sin interés para Estados Unidos, donde el gobierno de Maurice Bishop suscitó desde el comienzo de

la hostilidad y la rabia estadounidense. Estas se tradujeron en duras medidas económicas, maniobras militares y, finalmente, una vez que el régimen se resquebrajó, en una invasión directa.

¿Por qué países tan pequeños y marginados pueden suscitar tanta preocupación, casi la histeria, entre los planificadores estadounidenses? Sus recursos no tienen importancia alguna. Mientras líderes militares y políticos de Estados Unidos discutían solemnemente la amenaza militar planteada por Granada, uno debía dar por sentado que tales disparates —porque eso es lo que eran— encubrían otra cosa. Una explicación superficial e irracional de dicho comportamiento es la teoría de la manzana podrida en su forma interna y no pública; pero, en este contexto, la historia se vuelve muy racional. Si un país pequeño y empobrecido, con recursos minúsculos, empieza a hacer algo en favor de su propia población, otros podrán preguntarse: y nosotros ¿por qué no? Cuanto más débil e insignificante el país, cuanto más limitados sus medios y recursos, más grande es la amenaza de un buen ejemplo. La podredumbre se puede extender, amenazando regiones de verdadero interés para los regentes del mundo.

La teoría de la manzana podrida, como señalamos, surge de un principio político básico, la defensa de la quinta libertad, la cual tiene dos variantes naturales: la variante pública diseñada para amedrentar a la población en general y la variante interna que consistentemente guía a los planificadores. Esa dualidad típica es consecuencia del segundo principio político: la necesidad de asegurar la ignorancia y conformidad pública. Obviamente, el público no puede estar informado de las motivaciones verdaderas de la política. Las clases educadas tienen la tarea, la cual cumplen diligente y exitosamente, de proteger al público en general de cualquier posible entendimiento de asuntos tan críticos. Debe señalarse que también se protegen a sí mismos de cualquier comprensión peligrosa de la realidad, tal como lo hacen los menos inteligentes dentro del liderazgo político. Tanto en la vida pública como en la privada es muy fácil engañarse a sí mismo acerca de las motivaciones de las propias acciones, interpretando favorablemente lo que fue hecho con fines muy distintos. Hitler muy bien hubiese podido creer que estaba defendiendo a Alemania de la «agresión» de los polacos y que estaba extirpando el «cáncer» de los judíos. George Shultz podría pensar que está defendiendo a Estados Unidos de la «agresión» de Granada y Nicaragua y que está extirpando el «cáncer sandinista», tal como él y otros funcionarios gubernamentales han proclamado repetidas veces. No tenemos ninguna dificultad en detectar las motivaciones reales ni los planes en el primer caso, pese a que intelectuales alemanes sofisticados fingieron ante sí mismos y ante otros que eran incapaces de hacerlo durante la época de Hitler. Y aquellos que se pueden desligar del sistema de indoctrinación occidental no deben tener grandes dificultades en detectar las motivaciones reales en el segundo caso y en muchos otros parecidos.

Podría mencionar otra vez que hay poco de nuevo en las distintas formulaciones de la teoría de la manzana podrida. A comienzos del siglo XIX, los europeos

conservadores (Metternich, el zar y sus diplomáticos), en sus declaraciones, hablaron en términos similares acerca de «las doctrinas perniciosas del republicanismo y el autogobierno popular», «doctrinas malévolas y ejemplos perniciosos» que podían extenderse desde Estados Unidos «por toda América» e incluso hasta Europa, minando la moral conservadora y el orden político que eran los cimientos de la civilización. No es sorprendente que los herederos contemporáneos del papel del zar y de Metternich piensen en términos parecidos, usen una retórica similar y tengan las mismas pretensiones moralistas, tal como hacen los intelectuales conformistas con los medios de comunicación de masas, las revistas de opinión y la investigación respetable.

Hasta ahora, he discutido varios elementos relacionados con el sistema internacional surgido de los escombros de la Segunda Guerra Mundial, concentrándome principalmente en el papel dominante de Estados Unidos: algunos de los costos de la intervención de las superpotencias, primordialmente occidentales, en el Tercer Mundo; el problema de incorporar a Europa occidental y del sur dentro de la Gran Área mientras Europa oriental quedaba subordinada al poder soviético; la campaña de postguerra para destruir la resistencia antifascista; la teoría de la manzana podrida y sus aplicaciones. Volvamos ahora a lo que se entiende usualmente como el rasgo principal del sistema global moderno: la rivalidad entre las superpotencias, la guerra fría.

A principios de la postguerra, Estados Unidos esperaba incorporar a la Unión Soviética dentro de la Gran Área; la «estrategia de dar marcha atrás» formulada en el documento CNS-68 estuvo motivada por dicho objetivo. Como muy pronto se hizo evidente que eso era imposible, las superpotencias establecieron una forma de coexistencia incómoda que llamamos la guerra fría. El significado real de la guerra fría se puede desentrañar echando un vistazo a los acontecimientos que la caracterizan: tanques soviéticos en Berlín oriental en 1953, en Budapest en 1956, en Praga en 1968, la invasión de Afganistán; la intervención estadounidense en Grecia, Irán, Guatemala, Indochina, Cuba, República Dominicana, Chile, El Salvador y Nicaragua y muchos otros ejemplos, incluyendo agresiones de estados clientes apoyados por Estados Unidos, como en Timor Oriental y el Líbano, entre otros. En cada caso, cuando una de las superpotencias recurría a la subversión o a la agresión, el acto se presentaba a la población doméstica y a los aliados como «autodefensa»: defensa contra la otra superpotencia o sus agentes. De hecho, las acciones iban dirigidas a asegurar el control sobre cierta esfera de influencia. Para Estados Unidos eso significa una gran parte del globo.

Los acontecimientos reales de la guerra fría ilustran el hecho de que esta es, en realidad, un sistema de manejo global conjunto; un sistema de cierta utilidad funcional para las superpotencias. Esta es una de las razones por las cuales perdura. La intervención y la subversión se llevan a cabo para provecho de grupos elitistas, a los cuales la teología política designa como «el interés nacional», es decir, se trata de

los intereses especiales de los grupos con poder doméstico suficiente como para moldear los asuntos del Estado. Pero el ejercicio de la violencia por parte del Estado es, con frecuencia, muy costoso para la población, tanto en términos materiales como morales. Esto último no debe ser ignorado, como a menudo se hace en un despliegue de fingida sofisticación. Este despliegue apenas es más que una expresión de desprecio farisaico de las élites hacia la gente común: un desprecio tan injustificado como inculto. Las políticas domésticas también son manejadas para provecho de las élites dominantes y con frecuencia son muy costosas para la población en general; por ejemplo, la militarización de la sociedad. Para movilizar a la población y a sus aliados recalcitrantes en apoyo de programas domésticos costosos y aventuras foráneas, es necesario apelar al miedo ante algún «gran Satanás», para usar la útil contribución del Ayatollah Jomeini a la retórica política. El enfrentamiento de la guerra fría nos proporciona un medio útil.

Por supuesto, es necesario evitar una confrontación con el gran Satanás. El gobierno de Reagan a menudo ha utilizado a Libia para ese fin, montando confrontaciones periódicas, las cuales han coincidido con crisis domésticas, como, por ejemplo, la necesidad de ganar apoyo para la «Fuerza de despliegue rápido» o para ayudar a «la contra». El sistema es arriesgado y tarde o temprano se va a derrumbar, conduciéndonos a una guerra terminal en la cual el mundo entero se encontrará comprometido: cosa que casi ha sucedido más de una vez y podría suceder de nuevo. Pero esta es la clase de consideración a largo plazo que no entra en la planificación. Haré una valoración más detallada de este punto en la cuarta conferencia.

Este brevísimo análisis del sistema global de postguerra es parcial y, por tanto, un poco engañoso; no he dicho nada acerca de la política estadounidense en el Oriente Medio, crucial para entender el mundo actual, o acerca de los conflictos crecientes entre los estados capitalistas industrializados, por ejemplo. Antes de volver, en la próxima conferencia, a Centroamérica, concluiré este análisis haciendo algunos comentarios sobre la actuación estadounidense en Indochina, acontecimiento de gran importancia en la historia moderna y del cual podemos aprender mucho acerca de la planificación política estadounidense, con implicaciones significativas para la Centroamérica de hoy día. En este caso tenemos documentos sumamente ricos y muy reveladores, aunque (o mejor dicho, por tanto) generalmente pasados por alto en las extensas discusiones políticas sobre el tema.

Ya en 1948, Estados Unidos reconoció efectivamente que el Viet Minh, dirigido por Ho Chi Minh, era efectivamente el movimiento nacionalista de Vietnam y que sería difícil lograr una solución excluyéndolo. Sin embargo, Estados Unidos se comprometió precisamente a excluirlo al apoyar a los franceses en su esfuerzo por reconquistar su anterior colonia. Ya he analizado las razones centrales de dicha decisión: surgieron de la teoría de la manzana podrida y de la preocupación de que el sureste asiático «cumpliera su función» en el orden global, dominado por Estados

Unidos.

Naturalmente, el asunto no se podía presentar en estos términos. Una vez que Estados Unidos se comprometió a apoyar el ataque francés, se convirtió en verdad necesaria que Francia estaba defendiendo a Indochina de la «agresión interna» del Viet Minh, que Ho era simplemente un títere de Moscú (o de China, cualesquiera de las dos servía). A la inteligencia estadounidense se le asignó la tarea de demostrar esta verdad necesaria e hizo esfuerzos heroicos por cumplirla. Fracasó. El servicio de inteligencia señaló que encontró evidencia de «conspiraciones dirigidas por el Kremlin… en virtualmente todos los países, salvo Vietnam». La tarea, entonces, consistió en utilizar dicho descubrimiento para establecer la conclusión necesaria, un paso bastante sencillo: «se puede dar por sentado», concluyeron los funcionarios estadounidenses, «que Moscú siente que Ho y sus subordinados han tenido el entrenamiento, la experiencia y la lealtad suficientes como para que puedan confiar en que ellos mismos determinen su propia política cotidiana sin ser supervisados». Por tanto, *la falta de contacto* entre Ho y sus amos en el Kremlin demuestra que es un esclavo leal de Moscú, tal como le era requerido.

Una de las revelaciones más sorprendentes de los documentos del Pentágono es que, en un estudio de la inteligencia estadounidense que cubría veinticinco años, los analistas del Pentágono solo descubrieron un documento que planteaba la pregunta de si Hanoi estaba persiguiendo sus propios intereses o actuando simplemente como agente de la «conspiración dirigida por el Kremlin». Aun el mismo sistema de inteligencia estadounidense, que tiene el deber de descubrir los hechos y no de delirar acerca de los planes soviéticos para conquistar el mundo, fue incapaz de liberarse del sistema de propaganda: un hecho muy revelador. Se piense lo que se piense de Ho Chi Minh y sus seguidores, el hecho de perseguir los intereses nacionales vietnamitas tal como ellos lo entendían, en vez de simplemente obedecer las órdenes soviéticas, es absolutamente transparente y nunca será puesto en duda entre gente cuerda, pero ello estaba más allá de la comprensión de la inteligencia estadounidense: una reflexión intrigante sobre el clima cultural que prevalece actualmente.

En este documento descubrimos en forma dramática uno de los rasgos centrales de la política exterior estadounidense. Un movimiento popular o un Estado no llega a ser enemigo por estar controlado por Moscú; más bien, siempre que sea un enemigo (por otras razones) y, por tanto, tenga que ser minado y destruido, debe ser porque está controlado por Moscú, prescindiendo completamente de los hechos, los cuales resultan irrelevantes para justificar el ataque estadounidense contra él. Las «otras razones» son las que ya hemos discutido. Estados Unidos realmente puede entregar a su enemigo a los brazos de los rusos por medio de sus acciones hostiles, lo cual estaría muy bien. Si fracasa, finge que así sucedió confiando en que los medios de comunicación harán eco de la propaganda, como por ejemplo sucedió en el caso de Guatemala en 1954. Naturalmente, nada de esto se puede expresar dentro del sistema ideológico y, de hecho, no ha sido formulado.

Entre 1950 y 1954, Estados Unidos trató de imponer el dominio francés en Indochina, pero fracasó. En 1954, Francia se retiró y los acuerdos de Ginebra establecieron una base para la paz. Estados Unidos inmediatamente se dedicó a minarlos exitosamente. Gracias a la subversión estadounidense y a su dominio del sistema internacional, la línea de demarcación provisional en el paralelo 17 se volvió una «frontera internacional», aunque el régimen cliente impuesto por Estados Unidos en el sur nunca la aceptó, considerándose como el gobierno de todo Vietnam. Su nombre oficial siempre fue gobierno de Vietnam. Esta pretensión fue reiterada en un artículo de la constitución, no sujeto a enmiendas, escrito bajo los auspicios de Estados Unidos.

En el sur, Estados Unidos impuso un régimen terrorista al estilo latinoamericano. Entre 1954 y 1960 este Estado cliente masacró a cerca de 75 000 personas. El terrorismo y la represión estatal despertaron una renovada resistencia, llamada naturalmente «agresión comunista», o en la terminología de Adlai Stevenson, «agresión interna». En estos momentos el régimen prácticamente se derrumbó y Estados Unidos tuvo que intervenir directamente. En 1962, Estados Unidos empezó a bombardear y defoliar Vietnam del Sur como parte de un esfuerzo para llevar a varios millones de personas a campos de concentración, donde quedaron cercadas de alambre de púas y «protegidas» de la guerrilla survietnamita (FLN, o en la terminología estadounidense, el Viet Cong), a la cual la población apoyó voluntariamente, tal como el mismo Estados Unidos tuvo que admitir. Durante los siguientes años, Estados Unidos trató desesperadamente de bloquear el arreglo político propuesto por el FLN que incluía la neutralización de Vietnam del Sur, Laos y Camboya. Incapaz de encontrar clientes satisfactorios en el sur, Estados Unidos depuso un gobierno tras otro y, finalmente, en 1964, decidió escalar el ataque contra Vietnam del Sur mediante una invasión directa por tierra, acompañada por el bombardeo de Vietnam del Norte: un programa iniciado a principios de 1965. Durante todo este período, no se detectó en Vietnam del Sur ninguna unidad regular norvietnamita pese a tener todo el derecho a estar allí después de la subversión estadounidense de los acuerdos de Ginebra y del terror lanzado sobre el sur. En abril de 1965, cuando Estados Unidos invadió completamente Vietnam del Sur, los muertos probablemente llegaron a 200 000. Aunque fue el bombardeo de Vietnam del Norte el que atrajo la atención internacional, el ataque principal estadounidense, incluyendo dicho bombardeo, siempre estuvo dirigido contra Vietnam del Sur. Una vez más, la hegemonía estadounidense en el sistema internacional se reflejó en la omisión total del ataque estadounidense contra Vietnam del Sur en la documentación histórica. Por el contrario, la historia «higienizada» recoge únicamente una «defensa» de Vietnam por parte de Estados Unidos, la cual fue imprudente, según reconocieron después «las palomas» gubernamentales. El ataque nunca fue reconocido como tal ni condenado por las Naciones Unidas.

En 1965, Estados Unidos expandió la guerra contra Vietnam del Sur por medio de

un ejército invasor que llegó a medio millón de hombres en 1968. Asimismo, aceleró el ataque contra la mitad norteña del país artificialmente dividido, inició el bombardeo asesino de Laos y extendió sus violaciones de la neutralidad camboyana, iniciando finalmente otro «bombardeo secreto» en 1969, e invadiendo Camboya directamente en 1970, después de un golpe militar que respaldó. Esto fue seguido de una guerra civil y de un bombardeo en una escala increíble, que mató a centenares de miles de personas y que virtualmente destruyó el país.

Mientras tanto, un movimiento popular contra las guerras de Indochina comenzó en Estados Unidos, alcanzando proporciones significativas en 1967. El mayor logro del movimiento pro paz era impedir que el gobierno llevase a cabo una movilización nacional en gran escala. Se le obligó a pelear una guerra de «rifles y mantequilla», endeudándose y causando daños a la economía estadounidense, colocando así las bases de la crisis de años venideros. Como resultado, el poder estadounidense disminuyó con respecto a sus verdaderos rivales, Europa y Japón. Este último ha llegado a ser un competidor serio, gracias a los costos de la guerra de Vietnam, los cuales dañaron a Estados Unidos pero beneficiaron a Japón, que se enriqueció, como Canadá y otros aliados, con su participación en la destrucción de Indochina. En enero de 1968, la ofensiva Tet causó pánico en Washington y condujo a las élites norteamericanas de hombres de negocios a concluir que la inversión debía ser liquidada. Una delegación de «hombres sabios» de las grandes corporaciones fue despachada a Washington para informar a Lyndon Johnson que estaba acabado y que el gobierno debía volver a la «vietnamización», o sea, a retirar las tropas norteamericanas y utilizar medios de guerra más tecnológicos.

La guerra prosiguió todavía por siete años, llegando a su apogeo de brutalidad en Vietnam del Sur con la «campaña de pacificación acelerada» en la época post-Tet de 1969-1970. Esta campaña fue una operación de asesinato en masa, en la cual la masacre de Mai Lai fue solamente un asterisco trivial dentro del contexto.

En enero de 1973, se obligó a Estados Unidos a firmar un tratado de paz, el cual había rechazado en noviembre del año anterior. Lo que siguió fue una repetición casi exacta de lo sucedido en 1954: un hecho que debe ser observado atentamente por aquellos que entran en negociaciones con Estados Unidos. El día que firmó el tratado de París, Washington declaró públicamente que rechazaba todos sus elementos importantes. El artículo central de los acuerdos de París declaraba la existencia de dos «partidos» paralelos y equivalentes en Vietnam del Sur (el NVG apoyado por Estados Unidos y el GRP, anteriormente el FLN); estos dos partidos iban a llegar a un acuerdo sin la intromisión de ningún poder extranjero (o sea, Estados Unidos) y luego buscarían la integración con la mitad norteña del país, de nuevo sin la ingerencia de Estados Unidos. Washington firmó, pero declaró, violando el acuerdo, que seguiría apoyando al NVG como «único gobierno legítimo en Vietnam del Sur», con «su estructura constitucional y su liderazgo intactos y sin cambios». Esta «estructura constitucional» proscribió al otro partido paralelo y equivalente en el Sur, y

explícitamente anuló los artículos del tratado que establecían las bases para la reconciliación y el arreglo pacífico. En forma parecida, Estados Unidos declaró que cada uno de los elementos principales del tratado sería violado.

Los medios de comunicación, en una acción iluminativa de su servilismo ante el Estado, adoptaron como verdadera la versión washingtoniana de los acuerdos de París, garantizando así que, mientras Estados Unidos continuaba violando el tratado, el PRG y Vietnam del Norte aparecieran como los violadores y pudiendo, entonces, ser condenados como agresores sin conciencia. Esto es precisamente lo que ocurrió, tal como lo predijo un pequeño grupo de disidentes estadounidenses entre la inteligencia activa. Más tarde este grupo fue excluido cuidadosamente de cualquier foro donde pudiera llegar a una audiencia grande. Estados Unidos-GVN actuaron inmediatamente para extender por la fuerza su control contra Vietnam del Sur, violando el pedazo de papel que habían firmado en París. Cuando se hizo sentir la reacción inevitable del PRG-Vietnam del Norte, este fue agriamente condenado como otro caso de agresión comunista no provocada. Así ha quedado registrado en la doctrina oficial. La verdadera historia ha sido totalmente eliminada de la versión «higienizada», pero se pueden encontrar los hechos en la documentación disidente y marginada, fácilmente pasada por alto. Las lecciones de 1954 y 1973 son muy claras, y es peligroso que las víctimas de la violencia estadounidense las ignoren.

Pese a que la táctica estadounidense tuvo un éxito brillante en Estados Unidos y en el Occidente en general, fracasó en Vietnam. A pesar del enorme apoyo militar de Estados Unidos, el GVN se derrumbó. En abril de 1975, sus regímenes clientes habían sido derrotados. La mayor parte de Indochina, o lo que quedó de ella, estaba bajo el control efectivo de los norvietnamitas, ya que, aparte de Camboya, los movimientos de resistencia —particularmente el FLN en Vietnam del Sur— no pudieron sobrevivir el asalto salvaje de Estados Unidos. De nuevo, tal como lo habían predicho años antes los disidentes marginados. Esta consecuencia previsible (y predicha) de la agresión estadounidense fue, naturalmente, utilizada de inmediato para justificar la agresión que creó dichas condiciones, tal como podía esperarse de una continuidad intelectual debidamente disciplinada.

Debemos observar que todo esto tuvo lugar cuando los medios de comunicación habían alcanzado el apogeo de la disidencia, vanagloriándose de su independencia del Estado después de las revelaciones de Watergate y de la potencia acerca de Vietnam.

En la reconstrucción de la historia que desde entonces ha llegado a ser doctrina aprobada, los medios de comunicación han quedado descritos como si hubieran asumido una «postura adversa» al Estado durante esta época, quizás hasta el punto de minar las instituciones democráticas. Este argumento viene no solamente de la derecha, sino también de la opinión liberal. La acusación está hecha, por ejemplo, en un estudio importante titulado *La crisis de la democracia*, publicado por la Comisión Trilateral, un grupo élite, de pensamiento generalmente liberal (el grupo que apoyó a Jimmy Carter y que ocupó prácticamente todas las posiciones ejecutivas altas durante

su gobierno). La Comisión Trilateral fue organizada por David Rockefeller en 1973 con representantes de los tres centros de la democracia capitalista industrial: Estados Unidos, Europa y Japón. La «crisis de la democracia» que deploraban surgió durante los años sesenta, cuando sectores de la población, normalmente pasivos y apáticos, empezaron a entrar en la arena política, amenazando lo que en Occidente se llama «la democracia»: el poder incuestionable de las élites privilegiadas. La supuesta «postura adversa» fue uno de los rasgos más peligrosos de esta «crisis de la democracia»: un peligro que debía ser superado. La verdadera naturaleza de esa «disidencia de los medios» la encontramos en la extraordinaria historia del tratado de París y de otras historias similares, como podemos ver en la literatura disidente y marginada. La «crisis de la democracia» existía realmente entre la población y todavía no ha sido superada totalmente, pese a los esfuerzos que se han hecho después de los años de Vietnam.

Es opinión común que Estados Unidos perdió la guerra y que Vietnam del Norte la ganó. Esto se acepta como una verdad indiscutible dentro de la opinión mayoritaria en Estados Unidos y Europa, así como dentro del movimiento pro paz estadounidense y dentro de la izquierda europea. Sin embargo, dicha conclusión es equivocada y es importante entender por qué. El gobierno estadounidense obtuvo una victoria parcial en Indochina, pese a que internamente sufrió un revés importante; los efectos domésticos de la guerra fueron muy significativos al acelerar el crecimiento de los movimientos populares que cambiaron completamente el clima elitista del sistema político, lo cual provocó «la crisis de la democracia».

Una gran parte de la población —pero muy pocas de las élites educadas— fueron víctimas de una enfermedad temible, llamada «el síndrome de Vietnam», el cual persiste aún hoy día y que espero sea incurable: me refiero a la oposición a la agresión y la matanza, y a un cierto sentido de solidaridad y simpatía por las víctimas. Volveré a este punto, pues tiene una gran importancia, en la última conferencia. Mucha de la historia política de los años setenta ha sido un contraataque elitista para superar la «crisis de la democracia» y el «síndrome de Vietnam».

Pero ¿qué pasó en Indochina misma? Estados Unidos tenía un objetivo máximo y otro mínimo. El objetivo máximo era convertir Vietnam en otro paraíso terrenal tal como Chile o Guatemala o las Filipinas. El objetivo mínimo era prevenir la extensión de la podredumbre, la cual posiblemente tendría consecuencias mayores si llegaba hasta Japón, como dije antes. Estados Unidos fracasó en conseguir su objetivo máximo: Vietnam no fue incorporado al sistema global estadounidense. A pesar de la retórica inflada de Eisenhower y de otros acerca del caucho, el estaño y el arroz de Indochina y aun después de referencias al petróleo, nunca fue importante extender la quinta libertad hasta ella. La principal preocupación era extirpar el «cáncer», para usar la frase de George Shultz, matar el «virus» y prevenir que «infectara» las regiones vecinas. Este objetivo sí lo lograron. Indochina fue prácticamente destruida y, lo más crucial de todo, el peligroso movimiento popular de Vietnam del Sur fue

virtualmente erradicado por el terror estadounidense. Indochina tendrá suerte si sobrevive. La política estadounidense de postguerra ha sido diseñada para llevar al máximo el sufrimiento y la represión en Indochina, incluyendo su negativa a pagar las reparaciones que habían prometido, los obstáculos puestos a la ayuda y al comercio, el apoyo a Pol Pot y otras medidas similares bastante conocidas aquí en Managua. La crueldad de esas medidas de postguerra revela la importancia que se ha puesto en asegurar que no habrá una recuperación de la devastación causada por el asalto estadounidense. De esto hay algunos ejemplos: el gobierno estadounidense trató de impedir que India mandara 100 búfalos (para una sociedad campesina subdesarrollada significaban fertilizantes, el equivalente a los tractores, etc.) para reconstituir los rebaños destruidos por la agresión estadounidense, e incluso trató de impedir la entrega de lápices a Camboya después de que Vietnam derribó al gobierno asesino de Kampuchea democrática, un gobierno que Estados Unidos sostiene hoy en día debido a su «continuidad» con el régimen Pol Pot, como ha explicado el Departamento de Estado. Es de importancia crucial asegurarse de que no habrá ninguna recuperación por muchísimos años y que las tierras arruinadas permanecerán dentro del bloque soviético para justificar más acciones hostiles.

Mientras tanto, Estados Unidos fortaleció lo que se llamó «la segunda línea de defensa». El ataque al «virus» era doble: se hacía necesario destruirlo en su fuente y además «inocular» la región para prevenir que la «infección» se extendiera alrededor. Estados Unidos estableció y apoyó regímenes asesinos y represivos en Indonesia en 1965, en las Filipinas en 1972 y en Tailandia en los años setenta para asegurar que no se quebrantara «la segunda línea de defensa». Como mencioné antes, el golpe militar de Suharto en 1965 con sus consecuencias sangrientas —la matanza de centenares de miles de campesinos sin tierra— fue alabado en Occidente, incluso por la opinión liberal, y presentado como una justificación para la «defensa» de Vietnam del Sur, que suministró un «escudo» detrás del cual los generales indonesios eran alentados para purgar su sociedad del masivo Partido Comunista y para abrirla al saqueo occidental, frenados solamente por la rapacidad de los generales y sus cohortes.

La «amenaza de un buen ejemplo» no existe en Indochina. Las regiones de alrededor —que son las que realmente importan— están sólidamente incorporadas a la Gran Área. Los problemas actuales tienen que ver más con las rivalidades dentro del Primer Mundo capitalista industrial que con la amenaza de «infección», la cual podría conducir a un desarrollo independiente, ajustado a las necesidades domésticas. Todo esto constituye un éxito sustantivo para la cruzada estadounidense en Indochina; un hecho del cual los sectores privados, por lo menos, están muy conscientes.

El sistema doctrinal considera la guerra como una derrota estadounidense. Para quienes tienen una ambición ilimitada, el no poder obtener los objetivos máximos es siempre una tragedia, y es una verdad importante que los grupos elitistas sufrieron una derrota doméstica con la irrupción de la «crisis de la democracia» y el

surgimiento del «síndrome de Vietnam». El que otros acepten esa conclusión, podría ser, en parte, el resultado de una hegemonía extraordinaria del sistema propagandístico de Estados Unidos y, en parte, un reflejo del comprensible deseo de registrar una «victoria» para la protesta popular, la cual a menudo fue llevada a cabo con un costo personal considerable, particularmente entre los jóvenes, quienes fueron la vanguardia del movimiento antiguerra. Pero no hay que hacerse ilusiones con respecto a lo que realmente sucedió. Los movimientos populares lograron mucho. Indochina, por lo menos, sobrevive; Estados Unidos no recurrió a las armas nucleares, como muy bien hubiera podido hacer si la población hubiera permanecido dócil y quieta, tal como ocurrió durante la época de terror impuesta en el sur, o cuando Kennedy lanzó el ataque directo contra el sur en 1962. Pero la «lección de Vietnam», la cual fue aplicada con una brutalidad y sadismo extremos, es que quienes tratan de defender su independencia del gendarme global, pagarán un costo horrendo. Muchos otros han sido sometidos a lecciones similares, incluso en Centroamérica. Hablaré de ese tema en la próxima conferencia.

COLOQUIO

Pregunta**:** *Sentimos que usted, a través de lo que dice y escribe, es nuestro amigo, pero al mismo tiempo habla del imperialismo norteamericano y del ruso en la misma vena. Le pregunto, ¿cómo puede usar los mismos argumentos que usan reaccionarios tales como Octavio Paz, Vargas Llosa, etc.?*

Respuesta**:** *He sido acusado de todo, y, por tanto, eso incluye el de ser un demagogo. Según mi experiencia personal, hay dos países en los cuales mis escritos políticos no pueden, básicamente, aparecer. Uno es Estados Unidos; en los medios de cierta importancia, aparece con muy raras excepciones. El otro es la Unión Soviética. Personalmente, no querría ser asociado con Vargas Llosa, Octavio Paz y el resto. Pienso que lo que debemos hacer es tratar de entender la verdad acerca del mundo. Y la verdad acerca del mundo es generalmente bastante fea.*

Una de estas verdades es que hay dos superpotencias: una, un enorme poder que ha plantado su bota en la nuca de ustedes; y otra, un poder más pequeño que ha plantado la bota en la nuca de otras personas. De hecho, estas dos superpotencias cooperan tácitamente para controlar gran parte del mundo.

Mi preocupación principal la constituye, esencialmente, el terror y la violencia llevados a cabo en mi propio país, por dos razones. Primero porque sucede que es el mayor componente de la violencia internacional. Pero también por otra razón mucho más importante, porque puedo hacer algo acerca de ello.

De modo que aun si Estados Unidos fuera responsable de solo el 2% de la violencia en el mundo en vez de serlo de la mayor parte, en primer lugar, yo me

sentiría responsable por ese 2%. Y este es un simple juicio ético. Es decir, el valor ético de las acciones de cada uno depende de sus consecuencias anticipadas y predecibles. Es muy fácil denunciar las atrocidades de otros. Eso tiene tanto valor ético como el denunciar las atrocidades que tuvieron lugar en el siglo XVIII.

Lo importante es que las acciones políticas útiles y significativas son aquellas que tienen consecuencias para los seres humanos. Y estas son, abrumadoramente, las acciones en las cuales uno tiene algún modo de ejercer influencia y control: para mí estas acciones son las norteamericanas. Pero también me importa el protestar contra el imperialismo soviético, y también explicar sus raíces en la sociedad soviética. Pienso que si alguien en el Tercer Mundo se hace ilusiones sobre este asunto estará incurriendo en un grave error.

Pregunta*: *(inaudible)… ¿Fue Stalin hostil a Mao?

Respuesta*: *De hecho Stalin apoyó a Chiang-Kai Shek en contra de la revolución China. La subsecuente y más bien breve alianza fue en parte el resultado de la política estadounidense. Estados Unidos tenía que escoger entre dos medidas políticas después de 1949. Una era adoptar una postura militante y agresiva hacia China y tratar de arrojarla en brazos de la Unión Soviética; esa era la política de «los halcones». La propuesta de «las palomas» era tratar de entrar en relaciones comerciales e industriales con China y poco a poco absorberla dentro de la esfera norteamericana. «Las palomas» alegaban que el poder norteamericano era tan enorme y China tan débil, que si entrábamos en relaciones pacíficas con ella podríamos dar marcha atrás a la revolución china y traerla dentro del sistema estadounidense. Cada una de estas posiciones estaba representada por una parte sustancial de comerciantes norteamericanos y, de hecho, el debate continuó en los círculos de la empresa privada hasta principios de los años cincuenta.

Observen que ambos tenían las mismas metas. La meta era asegurarse de que China quedara reincorporada a la Gran Área. Diferían en las medidas que debían emplear para lograr este fin. Bien, «los halcones» ganaron el debate y hasta 1970 Estados Unidos se comprometió con una política muy hostil hacia China y trató con ahínco de asegurar que China quedara subordinada a la Unión Soviética. En 1960 ya era totalmente obvio que China y Rusia eran muy hostiles; esta hostilidad se desarrolló durante los años sesenta hasta que finalmente estuvieron a punto de entrar en guerra. A lo largo de ese período los planificadores norteamericanos pretendieron negar la realidad; algunos sostenían que se trataba simplemente de un ardid para engañar a Estados Unidos. Lo cierto es que era necesario que China quedara subordinada a Rusia para así justificar nuestra política hostil hacia ella, y, por tanto, los hechos, perfectamente obvios, no importaron en absoluto.

Ya en 1970, los planificadores estadounidenses empezaron a darse cuenta de que esta política no funcionaba y fue entonces cuando Nixon y Kissinger cambiaron

radicalmente, es decir, trataron de incorporar a China dentro del sistema norteamericano por medio de la diplomacia, el intercambio, las relaciones comerciales, etc., para así usarla en la confrontación norteamericana con la Unión Soviética. De hecho, esa política sigue vigente hasta hoy; de modo que, por ejemplo, China apoya a Pol Pot, quien ataca a Camboya desde sus bases en Tailandia, y esta es parte de la alianza norteamericana planeada para hacer que Camboya y Vietnam sufran tanto como sea posible.

Pregunta**:** *¿Cómo es posible que las élites inteligentes de Estados Unidos no sean gente que simpatice con los movimientos de protesta, teniendo en cuenta que las masas en Estados Unidos son víctimas de la propaganda de los medios y de la desinformación en la televisión, etc.? ¿Cómo puede explicar este hecho?*

Respuesta**:** *Nosotros somos en nuestra mayoría intelectuales, y a los intelectuales les gusta considerarse como muy inteligentes y muy ilustrados. Y, por supuesto, los intelectuales escriben la historia y hacen la sociología. De modo que en el cuadro del mundo que presentan los intelectuales las estúpidas masas son ignorantes y no entienden nada, mientras que ellos son finos, inteligentes, éticos y de mucha visión. La gente que es lo suficientemente sofisticada para aplicar el análisis de clase y de llegar a las raíces de las acciones, debiera aplicar la misma clase de análisis a los intelectuales y a sus intereses. Por tanto, tenemos que preguntarnos si, de hecho, los intelectuales son en realidad ilustrados, libres, éticos, etc., mientras las masas son terriblemente ignorantes y no entienden nada.*

Creo que la historia muestra que con frecuencia esto no se da. En el siglo pasado en particular, hubo un período en el cual la **intelligentsia** *se desarrolló como una categoría más o menos identificable en las sociedades modernas; los intelectuales han tendido a verse a sí mismos como directores, ya sea directores industriales, directores del Estado o directores ideológicos. Esa ha sido la tendencia general entre la* **intelligentsia;** *ese es el interés que ella espera satisfacer. Y eso, dicho sea de paso, es válido en las sociedades capitalistas del Occidente, en las así llamadas sociedades «socialistas» (que no son socialistas, en mi opinión), y en el Tercer Mundo. Tenemos que preguntarnos qué clase de imagen del mundo han creado estos intelectuales y por qué.*

Los intelectuales han creado una imagen de una masa estúpida que debe ser conducida por ellos mismos. En realidad, lo que a menudo encontraremos es que los intelectuales, las clases educadas, son las más indoctrinadas, las más ignorantes, la parte más estúpida de la población, y hay muchas buenas razones para ello. Básicamente, dos razones ante todo: como parte letrada de la población, están sujetos al peso de la propaganda. Hay una segunda razón, una razón más importante y más sutil. Concretamente, ellos son los directores ideológicos. Por tanto, deben internalizar la propaganda y creerla. Y parte de la propaganda que han desarrollado

es que ellos son los líderes naturales de las masas. Algunas veces eso es verdad, pero a veces no lo es.

En la sociedad estadounidense hay muchas encuestas. La razón de esto es que los comerciantes quieren entender muy bien el sentir popular; así, tenemos mucha información acerca de las actitudes populares, dividida por sectores de la población, etc. Cada año la encuesta Gallup, una encuesta importante, pregunta a la gente, ¿piensa usted que la guerra de Vietnam fue un «error» o piensa que era «fundamentalmente injusta e inmoral»? Entre la población en general, más del 70% respondió que era «fundamentalmente injusta e inmoral». Entre los grupos que ellos llaman «líderes de opinión», que incluyen gente como los clérigos, solo cerca del 40% pensaba que la guerra era «fundamentalmente injusta e inmoral». Entre la élite intelectual, otros estudios muestran que la abrumadora mayoría la consideró solo como un error, aun en el punto álgido de la guerra. Eso no es poco común.

Podemos confundirnos en esto porque a menudo fueron los intelectuales quienes se opusieron abiertamente a la guerra. Hacían los discursos y escribían los artículos, pero, de hecho, eran solo unos pocos y como en el caso de casi todos los movimientos populares, los activistas eficaces a nivel popular son desconocidos para el público en general o para la historia. Pienso que esto es generalmente verdad, y es un hecho con muchas implicaciones para la política social y para muchos de sus dominios.

***Pregunta**: Hacia el final de su presentación aquí, se mencionaron las aldeas estratégicas de Vietnam, aunque usted no empleó ese término en particular. He tenido también documentación y he leído hace poco sobre el reasentamiento para la defensa en las tierras altas de Perú, que, en realidad, ha servido al mismo propósito, y el mes pasado tuve la experiencia interesante de estar en un «pueblo de desarrollo»* (a model village) *en el norte de Guatemala que sirve básicamente para el mismo propósito: el de absorber la población sin tierra para eliminar el apoyo de la guerrilla y eliminar a los posibles individuos que pueden estar metidos en el movimiento guerrillero. Me gustaría saber si usted tiene información sobre la planificación de esta clase de estrategia, ¿dónde se desarrolló, y si ha sido llevada a cabo con los mismos propósitos en otras partes del mundo?*

***Respuesta**: Este tipo de medida política, de una u otra forma, se remonta bastante atrás en la historia. Por ejemplo, los ingleses usaron algo parecido en la guerra Boer, en África del Sur, a principios de siglo. La versión moderna es más sofisticada. La desarrollaron ampliamente los británicos en Malaya, en los años cincuenta, al aplastar una insurrección campesina. Y la idea fue trasladada, de hecho, empleando a los mismos consejeros británicos, a Vietnam, en los años sesenta.*

Yo no usé el término oficial, «aldeas estratégicas», sino más bien el de «campos de concentración», porque pienso es más apropiado para Vietnam. Se hizo el intento

de llevar cerca de siete millones de personas a campos, en los cuales estarían rodeadas por alambres de espino, en los cuales las personas estarían controladas por la fuerza. Esto funcionó en Vietnam. La gente que lo planificó se quejaba de que nunca consiguieron limpiar a los guerrilleros. Los expertos en contrainsurgencia del gobierno de Kennedy —Roger Hilsman, por ejemplo— dijeron que los campesinos en los campos de concentración no podían hacer una «elección libre» porque los cuadros del Viet Cong no habían sido asesinados. Es algo muy parecido a las «elecciones libres» en El Salvador. Primero se mata a la oposición, después se tienen elecciones libres. Es la misma idea.

La idea se ha desarrollado y refinado exactamente como dice usted. Una de las principales operaciones tiene lugar en Guatemala, donde ha habido consejeros de muchos países: aparentemente, los generales nazis, de Argentina, de Israel y de otros lados. Una parte de la campaña de contrainsurgencia ha sido simplemente la masacre, la cual estaba muy extendida; la otra consistía en poner a la población en campos de concentración, llamados «aldeas modelo» o «polos de desarrollo». De hecho, podría enumerar muchos otros ejemplos donde ocurre lo mismo.

Me referiré a uno más, en otra parte del mundo. Antes mencioné la guerra de Timor. Esta fue una invasión indonesia, apoyada por Estados Unidos. La víctima fue otra potencial manzana podrida, un país chiquito que ganó su independencia cuando el imperio portugués se derrumbó y empezó a llevar a cabo moderadas reformas sociales y de desarrollo nacional. De inmediato, Timor fue sometido a un ataque indonesio muy brutal, apoyado y armado por Estados Unidos. Cerca de una cuarta parte de la población fue asesinada y la mayoría de los sobrevivientes ha sido puesta en campamentos de reasentamientos, en los cuales puede ser controlada. Esta es una medida política muy natural para un Estado agresor, y, por supuesto, están aprendiendo a hacerlo cada vez mejor. Podemos estar seguros de que es un patrón que se repetirá en el futuro.

3

«Nuestra regioncita de por aquí»

El interés primario de estas conferencias, por supuesto, es Centroamérica hoy día. He estado tratando una gama más amplia de temas antes de abordar Centroamérica. Mi propósito ha sido aclarar que lo que Estados Unidos está haciendo en Centroamérica es sencillamente una expresión típica de las características generales y antiguas de su política exterior. Dichas características son fáciles de entender en términos de la estructura del poder dentro de Estados Unidos. Están explicadas en la documentación secreta de la planificación de alto nivel e incluso en los discursos públicos si uno sabe extraer el contenido real de su disfraz retórico. Y lo que es más significativo, están manifestadas claramente en la realidad histórica, pues el liderazgo político estadounidense ha seguido el consejo de «las palomas», dejando a un lado «consignas idealistas» y «vagas» tales como «los derechos humanos, la elevación de los niveles de vida y democratización», y ha seguido empleando medidas duras siempre que ha sido necesario con tal de lograr sus «objetivos nacionales inmediatos», entre los cuales ha sido primordial el de asegurar la quinta libertad.

En mi opinión, solamente se puede lograr una comprensión adecuada de lo que sucede aquí mismo, en Centroamérica, enfocando y pensando el asunto en este contexto más general. Es importante tener claro esto y no caer en el error de suponer que los acontecimientos actuales reflejan alguna nueva salida dramática en la formulación de la política estadounidense, algún «disparate» o «desviación» que podrían ser superados eligiendo a nuevos líderes dentro del espectro político, el cual es, en realidad, muy estrecho. Al mismo tiempo, no quiero subestimar las diferencias que pudieran existir dentro de dicho espectro. Son en realidad bastante limitadas, pero en el caso de un Estado con un poder enorme y con muchos recursos violentos, los cambios pequeños podrían traducirse en diferencias muy significativas para quienes están en las miras de los fusiles.

Me ocuparé ahora de Centroamérica y del Caribe, una parte de «nuestra regioncita de por aquí que nunca ha molestado a nadie», según las palabras del Secretario de Guerra Henry Stimson en 1944, cuando explicó en privado por qué era totalmente legítimo que Estados Unidos mantuviera y extendiera su propio sistema regional, mientras desmantelaba a los dominados por sus competidores y enemigos. No me ceñiré específicamente a la historia ni a los problemas de Nicaragua, que ustedes conocen mucho mejor que yo, sino que hablaré de toda la región en general.

Esta «regioncita» ha estado bajo el control real de Estados Unidos desde hace mucho tiempo. Por tanto, su historia y su condición actual dicen mucho acerca de él. El cuadro es revelador y no es agradable contemplarlo. La región de Centroamérica y

del Caribe es una de las cámaras de terror más espantosas del mundo, con hambre rampante, con extensas áreas donde existen (prácticamente) el trabajo forzado, las torturas y las masacres realizadas por clientes de Estados Unidos. Los esfuerzos por lograr algún cambio constructivo han suscitado frecuentemente la subversión o la violencia de Norteamérica. Es un cuadro iluminador, el cual podría enseñarnos mucho a los norteamericanos acerca de nosotros mismos y de nuestras instituciones, si tuviéramos el interés en aprender. Pero naturalmente no tenemos interés ya que las lecciones son de tal índole que resulta más cómodo no entender.

Hace pocas semanas, el Consejo sobre Asuntos Hemisféricos (COHA) de Washington, publicó su informe anual sobre derechos humanos de 1985. El informe identifica a El Salvador y a Guatemala como los dos gobiernos «peores» de América Latina; eran los «únicos dos gobiernos en este hemisferio que secuestraron, asesinaron y torturaron a los opositores de forma sistemática y extensa». Este fue el sexto año consecutivo en que El Salvador y Guatemala lograron el honor de ser designados por el COHA como «los peores transgresores hemisféricos de los derechos humanos».

Durante esos seis años, dichos gobiernos han sido responsables de la muerte de cerca de 150 000 civiles, muchos con torturas y mutilaciones horribles, y de más de dos millones de refugiados. El terror ha continuado en Guatemala en 1985, después de la toma de posesión de la presidencia de Vinicio Cerezo en enero. Los crímenes de los escuadrones de la muerte han aumentado en las últimas semanas, y el nuevo presidente aclaró que no podía hacer nada, «nosotros hemos llegado a ser los administradores de la bancarrota y de la miseria». Asimismo, en El Salvador la matanza continúa, mientras la situación evoluciona y se introducen algunos cambios. Los grupos de derechos humanos informan que, desde la elección del presidente Duarte en 1984, «la ejecución extralegal de civiles no combatientes, los asesinatos individuales de los escuadrones de la muerte, las 'desapariciones', las detenciones arbitrarias y la tortura» se han «llevado a cabo sobre una base más selectiva contra personas sospechosas de oponerse al gobierno actual o de simpatizar con los opositores» (Amnistía Internacional). El mes pasado, Amnistía Internacional informó una vez más que había pruebas convincentes de que los agentes del gobierno rutinariamente torturaban prisioneros en su custodia, llevaban a cabo «desapariciones» y cometían asesinatos políticos en un intento de eliminar la oposición al gobierno… La mayoría de las víctimas eran civiles no combatientes, incluyendo mujeres y niños. Durante los últimos meses, las tropas han tenido como blancos de detención, tortura y asesinato a aquellos que trabajan con refugiados, a los sindicalistas y a los profesores y estudiantes universitarios. Mientras tanto, el número de víctimas de la guerra aérea y los sangrientos operativos terrestres sigue aumentando.

En la conservadora revista inglesa *The Spectator*, el corresponsal Ambrose Evans-Pritchard explica las razones de los cambios que han tenido lugar en el cuadro

de asesinatos y torturas en este Estado cliente. Informa de una «mejoría» en El Salvador: «los números han disminuido y los cadáveres se dejan caer discretamente durante la noche en medio del lago de Ilopango, donde raras veces flotan hasta la orilla para recordar a los bañistas que la represión sigue». Esta «mejoría» resulta del hecho de que «la guerra ya no requiere» la técnica anterior de la matanza indiscriminada: «los escuadrones de la muerte cumplieron exactamente con su cometido, desmantelaron a los sindicatos y a las organizaciones de masas que amenazaban con fomentar una insurrección urbana a principios de la década», y ahora, siguiendo las directivas de sus consejeros militares estadounidenses, el ejército —que es de hecho un ejército delegado de Estados Unidos— está siguiendo la táctica clásica llevada a cabo por estos en la destrucción exitosa de la resistencia de Vietnam del Sur: «sacar a los civiles fuera de la zona y separar a la guerrilla de su infraestructura de apoyo». Sin el 'mar'(el pueblo), escribió Mao Tse Tung, los 'peces' (la guerrilla) no puede sobrevivir. De manera que hay que drenar el 'mar'. Los campesinos huyen de los bombardeos aéreos con bombas de 500 libras y bombas de fragmentación que arrojan charneles en todas direcciones, y luego «las tropas pasan por sus pueblos, incendiando cosechas, matando animales, derrumbando casas, arrancando tuberías de agua e incluso sembrando trampas explosivas en los escombros que dejan atrás». El ejército, prosigue Evans-Pritchard, «aprendió estos trucos en las escuelas norteamericanas de contrainsurgencia en Panamá y Estados Unidos. 'Aprendimos de ustedes', le explicó un miembro de un escuadrón de la muerte a un periodista norteamericano. 'Aprendimos de ustedes los métodos sobre cómo poner un soplete en los sobacos, cómo tirar a los cojones'. Los prisioneros políticos frecuentemente insisten en que han sido torturados por extranjeros, algunos argentinos y otros tal vez norteamericanos».

El observador atento descubrirá que las peores atrocidades han sido cometidas con regularidad por batallones de élite recién llegados de su entrenamiento en Estados Unidos. Oficiales salvadoreños que admiten su participación en los asesinatos por los escuadrones de la muerte, describen su servicio bajo el control de la CIA y las sesiones de entrenamiento sobre métodos eficaces de tortura, conducidos por instructores estadounidenses. El significado de estos hechos, sin embargo, no puede ser percibido en Occidente.

En 1985 había otra organización que competía por ser la peor transgresora de los derechos humanos, «los contras», según el informe del COHA. «Los contras» atacan a Nicaragua desde sus bases en Honduras y Costa Rica. Son un «ejército sustituto» de Estados Unidos, como hasta sus más fervientes partidarios admiten en documentos internos (Bruce Cameron y Penn Kemble). Sus logros incluyen el asesinato, las mutilaciones y las torturas infligidas a centenares y hasta miles de civiles, sin ninguna otra operación militar notable. Son solamente sus medios limitados y el hecho de que la población civil tiene un ejército que la protege lo que se les ha obstaculizado el igualar a sus contrapartes de El Salvador y Guatemala. Los investigadores de

derechos humanos han compilado un rico compendio de horrores; y solo a veces, cuando alguno de esos estudios logra conocerse en Washington, se informa sobre ello a Estados Unidos, pero luego es olvidado rápidamente. Incluso figuras políticas y eminentes intelectuales occidentales las descartan como «propaganda», usando el estilo familiar de los apologistas del terror estatal. Periodistas estadounidenses de los grandes medios, por una razón u otra, parecen incapaces de descubrir dichas atrocidades, pese a no encontrar más dificultades en hacerlo que los investigadores de los grupos de derechos humanos. Un alto funcionario del Departamento de Estado admitió en privado que dicha dependencia seguía una política de «ignorancia deliberada» en este asunto, tal como lo hacen generalmente los medios de comunicación en Estados Unidos.

Las hazañas de estos tres campeones de violación de los derechos humanos no son simplemente asesinatos ordinarios. Las estadísticas por sí mismas no transmiten un cuadro verídico. La verdadera situación en El Salvador se conoce por las calaveras y los esqueletos que se encuentran en el «basurero de cadáveres» El Playón, o por las imágenes de mujeres colgadas de los pies, con los pechos amputados y la piel de la cara tirada hacia atrás, que quedan después de pasar el ejército desangrándose hasta morir. En Nicaragua, según el testimonio ocular de un sacerdote norteamericano, «los contra» violaron a una muchacha de catorce años, después la decapitaron y ensartaron su cabeza en una estaca para intimidar a otros. Este es solo un ejemplo demasiado típico. En Guatemala, vislumbramos la realidad por las declaraciones de unos pocos sobrevivientes del ataque que hizo el ejército en el departamento del Quiché, donde entraron a una aldea, reunieron a la población alrededor del juzgado local, decapitaron a los hombres, violaron a las mujeres y después mataron a los niños, golpeando sus cabezas contra las piedras de un arroyo cercano. Esta atrocidad, otra vez demasiado típica, tuvo lugar bajo el régimen del general Ríos Montt, un hombre «totalmente dedicado a la democracia», según aseguró el presidente Reagan, y que había sido falsamente acusado de complicidad con los asesinos. Reagan fue apoyado por Jeane Kirpatrick, Elliot Abrams y otros partidarios entusiastas de la matanza en masa y del terror brutal.

Estos tres ganadores en la competición por figurar entre «los peores transgresores de los derechos humanos en el hemisferio», merecen ser comparados con Pol Pot, un hecho que sorprendería a los norteamericanos, quienes han sido aislados de las realidades. Además, son estrechos aliados de Estados Unidos, pero en el caso de El Salvador y «los contras», simplemente sustitutos; en el caso de Guatemala fue necesario pedir ayuda a estos mercenarios (Argentina bajo los generales neonazis, Israel y otros) después de que el Congreso hizo difícil al gobierno estadounidense el participar en el grado que hubiera querido en ese cuasi genocidio. A este número de víctimas podemos añadir unos 50 000 asesinados por la Guardia Nacional de Somoza en su último paroxismo de furia en 1978-1979. Contrario a muchas fábulas, Somoza fue apoyado por el gobierno de Carter hasta el sangriento final, hasta que se hizo

evidente que no podía ser sostenido por más tiempo. Fue entonces que Estados Unidos trató de asegurar que la Guardia Nacional se conservara intacta y con poder efectivo; la misma estrategia que aplicaron con total éxito cuando la dictadura de Romero se derrumbó en El Salvador el mismo año. Cuando fracasó esta táctica, Estados Unidos empezó a reconstituir los restos de la Guardia Nacional como un ejército sustituto en los santuarios de Honduras y Costa Rica; una «fuerza terrorista» en los términos de un «sumario semanal de inteligencia» secreto de la Agencia de Inteligencia de Defensa (DIA) del Pentágono (16 de julio de 1982, divulgado en 1984).

El compromiso estadounidense para llevar a cabo sus operaciones terroristas en Centroamérica no es un asunto menor. Los costos, solamente en 1985, podrían haber llegado a unos 10 000 millones de dólares contabilizando todos los elementos, lo cual supera los presupuestos nacionales combinados de los cinco estados centroamericanos.

Estos hechos también enseñan a los ciudadanos norteamericanos algo sobre ellos mismos, o podrían enseñarles, si tuvieran interés en aprender.

Sin merodear más por esa cámara de horrores, volvamos a la pregunta crucial, ¿qué hay detrás de estas políticas sistemáticas? Sugerí una respuesta general en las dos primeras conferencias, pero aproximémonos a la pregunta por otros caminos, investigando la «explicación oficial».

El presidente John F. Kennedy respondió a esta pregunta cuando dijo que Estados Unidos siempre prefería «un régimen decente y democrático», pero —y esto es un «pero» enorme— si existía el peligro de un Castro, siempre apoyaría a un Trujillo. La pregunta, pues, se reduce a esto: ¿qué es «un Castro» exactamente? Veremos que «un Castro» no es necesariamente «un comunista» (sea cual fuere el significado de ese término) ni siquiera «un aliado ruso». El término designa una categoría mucho más amplia.

Veamos esto directamente, haciendo un examen más cuidadoso de este tema esencial. Lo que Kennedy quiso decir por «un Trujillo» es muy fácil de contestar. Trujillo fue el dictador brutal y asesino de la República Dominicana, instalado con el apoyo de Estados Unidos, quien durante treinta años torturó, asesinó y robó también con el apoyo de Estados Unidos, hasta que el mismo Estados Unidos se volvió contra él porque sus robos se extendieron a las compañías estadounidenses y a las élites locales asociadas a ellas, y sus hazañas empezaron a interferir con otras operaciones terroristas norteamericanas en la región. En realidad, la República Dominicana sirve como un caso iluminador que nos ayuda a contestar la pregunta, ¿qué es «un Castro»?

El primer desembarque de los *marines* en la República Dominicana tuvo lugar en 1800. Sin embargo, las intervenciones más serias de Estados Unidos tuvieron lugar en este siglo, particularmente durante la presidencia de Woodrow Wilson, el gran apóstol de la autodeterminación, quien celebró esta doctrina invadiendo La Española, una maniobra entre otras, como mencioné antes. En la República Dominicana, sus

guerreros pelearon durante casi seis años para sojuzgar a los «condenados *dagoes*» (como su predecesor Theodore Roosevelt los había llamado). Esta contrainsurgencia viciosa casi ha desaparecido de la historia norteamericana; el primer estudio erudito serio sobre ella, hecho por Bruce Calder, apareció después de sesenta años, en 1984, en un período de preocupación renovada acerca de «nuestra regioncita de por aquí», dado que la situación parecía írsele de las manos, amenazando cada vez más la quinta libertad.

Calder ve la intervención estadounidense como «una política ni sabia ni justa, una política básicamente improductiva en todos los aspectos». Las consecuencias de la misma —graves para la población nativa, beneficiosas para las corporaciones estadounidenses— eran «involuntarias». Piénsese lo que se piense de la interpretación, el autor sí informa sobre los hechos, lejanos a las leyendas clásicas de benevolencia estadounidense que se acostumbran a leer en las historias generales y en las revistas de ciencia política. Wilson invadió para bloquear al gobierno constitucional y asegurar el total control económico y militar de la nación errante. Los *marines* eran «frecuentemente brutales según las normas dominicanas», prosigue Calder. Asesinaron, destrozaron pueblos, torturaron, establecieron campamentos de concentración para proveer de una fuerza de mano de obra barata a los ingenios azucareros y, en general, reprimieron brutalmente. El resultado final fue que la cuarta parte de los terrenos agrícolas quedó en manos de las compañías azucareras, casi todas de propiedad estadounidense, mientras la población se hundía en la miseria y la privación.

Dichos ejercicios, por supuesto, se condujeron estrictamente en «defensa propia». En ese entonces no existían los bolcheviques como una amenaza a la seguridad nacional y, por tanto, Estados Unidos estaba oficialmente comprometido en la autodefensa contra «los hunos». Esta postura era consecuente con una larga tradición que podemos trazar hasta la «autodefensa» contra los «salvajes indios sin piedad», tal como están descritos en la declaración de independencia estadounidense. La historia incluye la «autodefensa» contra los españoles y los británicos a través del siglo XIX, la cual hizo necesaria e imprescindible la masacre y la expulsión de la población indígena durante la conquista del territorio nacional; contra un ataque mexicano (lanzado muy adentro de México) que condujo a la anexión de más de un tercio de ese país; contra los «bandidos» filipinos, quienes habían «atacado a nuestra soberanía», tal como el presidente McKinley proclamó con enojo; contra la «agresión interna» de los vietnamitas del sur en los años sesenta, etc.

En 1919, el presidente dominicano Henríquez, instalado bajo el mando de los *marines*, fue a la conferencia de Versalles a abogar por el derecho de autodeterminación que Wilson profesaba. No le hicieron caso. Wilson consiguió excluir de los procedimientos de Versalles la consideración de la hegemonía estadounidense en «nuestra regioncita de por aquí». Henríquez no fue el único en aprender el verdadero sentido de la retórica exaltada de Wilson. Un joven

nacionalista vietnamita trató de acercarse a él para presentarle una petición pidiendo la «representación permanente de indígenas electos en el parlamento francés para mantenerlo así informado de las aspiraciones indígenas». Pero los *marines* que custodiaban a Wilson lo echaron «como a la peste», observa un historiador —una etapa importante en la educación del hombre conocido más tarde como Ho Chi Minh.

Los invasores dejaron como herencia la Guardia Nacional dominicana y poco después la dictadura de su comandante, Rafael Trujillo, quien entró en la guardia en 1919 y tomó el poder por un golpe militar en 1930. Todo marchó muy bien por casi treinta años. Trujillo fue alabado como un líder progresista por funcionarios estadounidenses después de logros tales como la masacre de unos 20 000 haitianos, ocurrida en un mes de 1937, y un metódico trato bárbaro hacia los mismos dominicanos. Trujillo fue «responsable de la gran obra del programa dominicano», proclamó la figura distinguida que más tarde iba a ser el embajador de Kennedy en la OEA. Fue Trujillo, dijo, «quien llevó a su apogeo el comercio entre su república y las otras naciones americanas», mientras enriquecía incidentalmente a los inversionistas estadounidenses.

A fines de los años cincuenta, sin embargo, la corrupción de Trujillo empezó a infringir la quinta libertad de apoderarse de tres cuartas partes de la economía para sus propios fines. Además, se volvió un obstáculo a los esfuerzos de los gobiernos de Eisenhower y Kennedy para incorporar a los estados latinoamericanos en su cruzada anticastrista. Trujillo fue asesinado en 1961, posiblemente con la complicidad de la CIA[3]. En 1962 se celebraron elecciones democráticas por primera vez, y Juan Bosch asumió la presidencia. Bosch era básicamente un liberal al estilo Kennedy. El gobierno de Kennedy procedió inmediatamente a minarlo. Se terminó la ayuda, salvo aquella que ya estaba comprometida con la junta de empresarios privados que fue reemplazada después de las elecciones. La embajada de Estados Unidos exigió que la estructura militar del régimen de Trujillo se conservara intacta —muy parecido a lo que Carter trató de hacer después de la caída de Somoza y que logró en El Salvador unos meses más tarde: más evidencia de que poco nuevo hay bajo el sol—. Estados Unidos bloqueó la eliminación de los oficiales trujillistas y evitó la reforma militar, garantizando virtualmente así un golpe a menos que Bosch pudiera prevenirlo por medio de la movilización del apoyo popular a través de reformas sociales significativas. El gobierno de Kennedy bloqueó la reforma agraria y la organización de sindicatos con la ayuda de líderes sindicales estadounidenses, quienes tienen un pésimo historial de actividades antilaborales en muchas partes del mundo. Los militares estadounidenses mantuvieron estrechos contactos con los oficiales trujillistas. El embajador de Kennedy, John Bartlow Martin, se quejó de que estaba siendo tratado como un intruso, mientras que los gobernadores anteriores «parecían sentir que yo era uno de ellos» y seguían al pie de la letra las recetas de la embajada. Bosch luchó contra la corrupción y defendió las libertades civiles, una posición que los liberales de Kennedy consideraron particularmente ultrajante porque significaba

que se concedían los derechos civiles a los «comunistas» y a los «marxistas», para ellos era una afrenta intolerable a la «democracia». Bosch terminó con la represión policíaca y tomó medidas para educar a los obreros y campesinos para que participaran en la vida política, provocando así una «crisis de la democracia», desde el punto de vista estadounidense. También promovió el resurgimiento económico, adaptado a las necesidades y a las preocupaciones nacionales. Obviamente, «teníamos que prescindir de sus servicios (*let him go*)», fue la frase del embajador Martin.

El inevitable golpe militar tuvo lugar en 1963. Poco después el nuevo gobierno fue reconocido por Estados Unidos, el cual ofreció pleno apoyo. CONATRAL, el sindicato organizado por dirigentes sindicales estadounidenses, el cual funcionaba con fondos del gobierno estadounidense y en estrecha coordinación con el capital privado, alabó el «gesto patriótico» de las fuerzas armadas al derrocar a Bosch. Antes, CONATRAL había «llamado a las fuerzas armadas a defender el país contra lo que consideraba como la amenaza comunista», observa Jan Knippers Black en su reciente estudio sobre la República Dominicana.

Revisando esos acontecimientos, el historiador Cole Blasier observa que «Estados Unidos fracasó en su objetivo de mantener en el poder a Bosch, un presidente elegido popularmente, en una transición ordenada hacia un sistema democrático. La meta proclamada por Estados Unidos de promover la democracia… quedó subordinada a los intereses creados, tanto privados como públicos, de Estados Unidos», específicamente, «la preocupación de los inversionistas y comerciantes de Estados Unidos». Este último comentario es exacto; el anterior refleja otra vez los preceptos del sistema ideológico. El «objetivo de mantener a Bosch» era tan real como el objetivo de Woodrow Wilson de llevar la democracia y la autodeterminación a la República Dominicana cuarenta años antes.

El resultado del derrocamiento del gobierno democrático liberal de Bosch significó un descenso económico, un regreso a la corrupción y a la represión y el fin definitivo de la «crisis de la democracia» y de las amenazas a la quinta libertad. Todo marchaba bien de nuevo. No se oían objeciones del mandamás del hemisferio y había poca preocupación visible en otras partes del mundo civilizado.

En fin, Bosch era uno de aquellos «Castros» a quienes Estados Unidos debía oponerse en favor de Trujillo. No era un «comunista», sino un demócrata liberal, comprometido con una democracia capitalista y reformista, con una democracia significativa con programas diseñados para responder a las necesidades domésticas. Por tanto, para el «*hermano mayor*» resultó intolerable.

La historia continuó. En 1965, un golpe constitucionalista intentó restaurar a Bosch en el poder, el presidente constitucionalmente electo. Estados Unidos despachó 23 000 *marines* para bloquear la amenaza a la «estabilidad», con una serie de pretextos tan absurdos que no merecen comentarios. Los *marines* pelearon contra las fuerzas constitucionalistas que tenían el apoyo popular y luego permanecieron

pasivos mientras los militares dominicanos, a quienes habían rescatado, masacraban a los civiles. Intervenir a estas alturas hubiera violado la neutralidad estadounidense, explicó el gobierno.

Esta vez, las consecuencias fueron todavía más graves: escuadrones de la muerte, torturas, hambre masiva, la huida de centenares de miles de individuos a Estados Unidos y oportunidades espectaculares para los inversionistas estadounidenses, quienes compraron la mayor parte del resto del país, particularmente el conglomerado *Gulf and Western*, una gran corporación con mucha influencia en el gobierno estadounidense y con unas ventas anuales más grandes que el producto interior bruto de la República Dominicana. *Gulf and Western* se apoderó de gran parte de la economía doméstica y de las tierras agrícolas, las cuales dedicó a producir azúcar y otros productos agrícolas exportables, mientras bajaba el consumo interno de comestibles. La producción de azúcar resultó, en ese entonces, muy lucrativa debido a la destrucción de los sindicatos independientes y a la disponibilidad de haitianos hambrientos, quienes trabajaban como virtuales esclavos, alquilados para ese fin por la dictadura haitiana, o bien porque huían de la pobreza increíble de su tierra natal.

En 1970, la tasa de asesinatos políticos era más alta que durante el régimen de Trujillo. La economía creció mientras los sueldos bajaron durante toda la década del setenta, todo ello debido a la «pacificación» de los sindicatos, los cuales nunca recuperaron el estatuto que habían logrado durante la breve presidencia de Bosch. Las barreras constitucionales para que los extranjeros pudieran poseer tierras fueron eliminadas y la ayuda estadounidense financió proyectos de infraestructura en beneficio de los inversionistas, principalmente norteamericanos.

Con el país totalmente desmoralizado y firmemente bajo el control de las fuerzas de seguridad y de las compañías estadounidenses, Estados Unidos estaba dispuesto a tolerar «elecciones libres», incluso la elección de un socialdemócrata, dado que toda posibilidad de reforma social o de democracia había terminado. La catástrofe económica continuó. En 1985, la conferencia episcopal dominicana advirtió que los «cimientos de la sociedad dominicana se están desintegrando como resultado de una crisis que ha afligido al país por años», con una «pobreza inhumana e injusta» para gran parte de la población, 90% de la cual sufría de desnutrición, según fuentes oficiales del banco central. «La situación de subdesarrollo y pobreza no es el resultado de una coincidencia», observaron los obispos, sino que «es la consecuencia de estructuras económicas, sociales y políticas concretas», o sea, las inauguradas y mantenidas por las intervenciones regulares de Estados Unidos para asegurar que la «estabilidad» no fuera amenazada. A fines de los años setenta la economía artificial global generalizada. El liderazgo político de los socialdemócratas, un pálido reflejo de los años de Bosch, respondió a la crisis expandiendo la burocracia y sobornando a los militares para prevenir un golpe, reduciendo los programas que pudieran haber beneficiado a los pobres y restringiendo los ya miserables servicios sociales. Con el aumento de los precios y el deterioro creciente de los niveles de vida bajo las

condiciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI), creció el descontento popular, desembocando, en 1984, en la matanza de 100 manifestantes por las fuerzas de élite de la contrainsurgencia, entrenadas por Estados Unidos. Poco después, el gobierno de Reagan redujo la cuota de azúcar dominicano; un golpe más a un país que dependía del mercado estadounidense, ya que toda esperanza de un desarrollo independiente había sido abortada.

En el mejor de los casos, es muy poco lo que cualquier gobierno puede hacer hoy día en la República Dominicana. Jan Black resume con exactitud la situación: si algún gobierno «fuese más allá de los parámetros impuestos por el FMI, Estados Unidos, ciertos intereses privados y las fuerzas armadas, para responder a las necesidades urgentes de la mayoría miserable, correría el riesgo de ser depuesto». Esa es la lección clara de la historia de este pedazo de «nuestra regioncita».

Esta experiencia gloriosa se ve en Estados Unidos como un gran éxito, y hasta como una prueba de su benevolencia. «Ningún dominicano puede dudar que su país era un lugar muchísimo mejor para vivir en 1922 que en 1916», cuando Wilson mandó a los *marines*, asevera con confianza el respetado científico político de Harvard Samuel Huntington, en el *Political Science Quarterly*. Estados Unidos merece la mayor parte del mérito por haber «nutrido el desarrollo de las instituciones democráticas en la República Dominicana». Luego sigue una demostración brillante de cómo «el efecto total del poder norteamericano sobre otras sociedades era promover la libertad, el pluralismo y la democracia». Otras figuras distinguidas se han sumado al coro con alabanzas similares hacia esa tarea de largo alcance, que el historiador Arthur Schlesinger una vez describió como «nuestro programa general de buena voluntad internacional».

El eficacísimo sistema de indoctrinación ha conseguido hacer milagros, pues los observadores estadounidenses continuamente se espantan de las actitudes de los ignorantes nativos. En abril de 1981, cuando la marina norteamericana desembarcó en una «visita de buena voluntad» para conmemorar el desembarco de los *marines* en abril de 1965, provocó una ola de manifestaciones, atrocidades policiales y asesinatos. En una conferencia de prensa organizada por el almirante estadounidense para reiterar «la naturaleza amistosa de la visita» y para subrayar la «amenaza común» planteada por la Unión Soviética tanto a la República Dominicana como a Estados Unidos, según la corresponsal del *New York Times*, «un periodista dominicano observó que la Unión Soviética nunca había invadido la República Dominicana; en cambio, Estados Unidos lo había hechos dos veces». La periodista agregó que la vehemencia de la oposición a la visita de buena voluntad «tomó por sorpresa a los líderes dominicanos y a los oficiales norteamericanos», pero no dijo nada sobre el papel jugado por Estados Unidos en la creación de las abismales condiciones de pobreza y miseria que ella descubrió en barrios «plagados con carteles que decía *Yanquis fuera*». Una reacción inexplicable después de tantos años de preocupación y entrega por parte de Estados Unidos.

Tal vez algunos piensen que la historia de la intervención estadounidense en la República Dominicana sea una aberración, una desviación de los principios y normas del comportamiento internacional estadounidense y, por tanto, no sea un ejemplo justo de tales principios y normas. Nos podemos desengañar rápidamente si revisamos lo ocurrido en otras partes de «nuestra regioncita de por aquí que nunca ha molestado a nadie». Consideremos algunos ejemplos.

El presidente Wilson también envió a los *marines* a Haití, donde llevaron a cabo una campaña de contrainsurgencia contra los *niggers* (en la terminología que usaban entonces desde los soldados en campaña hasta los miembros del gobierno) aún más salvaje que la perpetrada en la vecina República Dominicana. Asesinaron, destruyeron y reinstituyeron una virtual esclavitud en una guerra empapada de racismo vicioso que otra vez dejó al país en manos de la Guardia Nacional después de una ocupación militar de veinte años, seguida, desde los años cincuenta, por la dictadura de Duvalier. *Papa Doc* y su heredero, *Baby Doc*, quien asumió el mando en 1971, fueron mantenidos en el poder por un ejército privado, los *Tontons Macoutes*, quienes bien pudieron haber asesinado a unas 100 000 personas —usando el mismo estilo de las fuerzas de seguridad salvadoreñas y guatemaltecas— bajo el régimen de *Baby Doc* únicamente, según el presidente exiliado del Centro Haitiano de Derechos Humanos. Todo esto, naturalmente, era bien conocido por parte del gobierno estadounidense. Hay motivos para creer que Estados Unidos entrenó dichas fuerzas, las cuales también trabajaron directamente con empresas haitianas y estadounidenses para imponer sus condiciones laborales sobre los trabajadores. La misión militar estadounidense entrenó y equipó a sus sucesores, las tropas de choque del ejército, llamadas los Leopardos, cuya tarea es imponer el «duvalierismo sin Duvalier», después de derrumbarse el régimen apoyado por Estados Unidos. Según el Banco Mundial, 3800 familias son dueñas del 80% de la riqueza nacional en ese país de aproximadamente seis millones de habitantes; el 87% de los niños sufre la desnutrición; hay un 82% de analfabetismo; y el 60% de la población tiene ingresos anuales per cápita de 60 dólares o menos. La tortura, el terrorismo de Estado, una miseria agobiante y condiciones casi esclavistas son el destino común. Haití es un desastre en términos humanos y ecológicos; es el país más pobre del hemisferio y tal vez se encuentra más allá de toda posibilidad de recuperación.

Este episodio también se considera un gran tributo a la benevolencia estadounidense. El conocido historiador de Harvard David Landes, hablando de la historia y de las condiciones terribles de Haití, dice que «el único período de tranquilidad relativa fueron los veinte años de presencia norteamericana, cuando los *marines* ayudaron a mantener el orden, mejoraron las comunicaciones y suministraron la estabilidad necesaria para que el sistema político funcionara y se facilitara el comercio con el mundo exterior». Pero tal como ha sucedido tantas veces en otras partes, la benevolencia estadounidense no fue apreciada. Landes observa que «hasta una ocupación benévola crea resistencia, no solamente entre los beneficiados,

sino también entre los miembros más esclarecidos de la sociedad dominante». Hewson Ryan, profesor de diplomacia pública en la renombrada «Escuela Fletcher de Derecho y Diplomacia» de la Universidad Tufts, va aún más lejos: «pocas naciones han sido objeto, por tan largo tiempo, de tantos consejos y apoyo bien intencionados como Haití». Podemos aprender mucho acerca del sistema ideológico estadounidense, extraordinario en su eficacia, si examinamos la prueba de esa benevolencia ofrecida por este distinguido comentarista.

Mucha de nuestra actividad diplomática durante el siglo XIX, escribe Ryan, «estaba dirigida a proteger la integridad territorial (de Haití) contra las invasiones europeas o los atentados de los políticos haitianos de comprometer a su nación por medio de ventas o concesiones de tierras». Sin duda un esfuerzo noble, llevado a cabo cuando Estados Unidos no era todavía lo suficientemente poderoso como para hacerse cargo por sí mismo de «nuestra regioncita de por aquí» y, por tanto, tuvo que conformarse con limitar las incursiones europeas. Ryan no continúa explicando lo que pasó cuando Estados Unidos desplazó efectivamente a sus rivales europeos. La respuesta está dada en la reacción del Departamento de Estado a un borrador haitiano con una propuesta de constitución, presentada durante la ocupación de los *marines* en 1916. La propuesta no era satisfactoria, observó el departamento, porque tenía rasgos «no progresistas», entre ellos cláusulas que prohibían el tras-paso de la propiedad del territorio haitiano a extranjeros, o sea, primordialmente a inversionistas estadounidenses.

En consecuencia, redactaron una nueva constitución y las fuerzas ocupantes la impusieron. En la nueva constitución no había rasgos «no progresistas». Más tarde, Franklin Delano Roosevelt se jactó de ser el autor de la constitución de Haití. He aquí el noble esfuerzo de proteger a Haití de las ventas o concesiones de tierras a extranjeros.

Ryan nos cuenta que durante la «ocupación» de los *marines* (pone la palabra entre comillas, implicando que no es apropiado describir en tales términos un esfuerzo tan benigno), «Haití fue el recipiente de toda suerte de asistencia técnica bien intencionada», como, por ejemplo, «una red moderna de carreteras». «Tampoco fue ignorado el aspecto político formal» por los filántropos dedicados abnegadamente a resolver las necesidades de Haití, observa el mismo autor. Como prueba, cita el orgullo de Roosevelt por su «hazaña» de redactar «la nueva constitución de Haití», pero pasa por alto el contenido de este documento y el trasfondo que acabamos de citar. El profesor Ryan también nos ahorra los detalles sobre la «asistencia técnica bien intencionada», como, por ejemplo, la utilización de mano de obra esclava para construir las carreteras a un costo sorprendentemente bajo. También le ahorra al lector los hechos sobre el racismo vicioso de las fuerzas ocupantes, su brutalidad, los miles de asesinados durante la supresión despiadada de las rebeliones haitianas, etc. Incluso tiene el descaro de decir, sin ironía, que «la dinastía Duvalier… podría ser vista como teniendo por los manos una parte de sus raíces en la bien intencionada

intervención de Estados Unidos».

Estos ejemplos demuestran que existen pocos límites para la capacidad de respetados intelectuales occidentales para interpretar la brutalidad, las atrocidades y los horrores racistas como muestra de los valores más altos y de las intenciones más nobles.

Haití hasta hace algunas semanas mereció poca atención en Estados Unidos y en la comunidad de naciones civilizadas. Esto no quiere decir que allí no pasara nada. Con seguridad sucedieron acontecimientos que hubieran podido despertar un ligero interés entre los humanistas occidentales, quienes están tan profundamente angustiados por los abusos reales o imaginarios de los derechos humanos en Nicaragua (después de Somoza, por supuesto). Estos abusos, mayoritariamente, son el foco principal de tales preocupaciones en «nuestra regioncita» en los medios estadounidenses, para no hablar del gobierno de Reagan, el cual dedicó a las violaciones de los derechos humanos en Nicaragua un espacio mayor que a las de los otros países del mundo en su informe sobre las prácticas de los derechos humanos en cada país en 1985, publicado por el Departamento de Estado. Dichas violaciones son en gran parte inventadas, como demuestra *Americas Watch* en su crítica a este sórdido documento.

Por ejemplo, cuando la legislatura haitiana adoptó por unanimidad una nueva ley sobre partidos políticos, requirió que cada partido reconociera en sus estatutos al presidente vitalicio Jean-Claude Duvalier como el árbitro supremo de la nación. Proscribió cualquier partido que tuviese relación con cualquier religión (o sea, el Partido Demócrata Cristiano) y le concedió al Ministro del Interior y Defensa la autoridad para suspender los derechos de cualquier partido político sin ofrecer razones. La ley fue ratificada con una aprobación del 98,98%. La nueva ley electoral provocó reacciones en Estados Unidos. El embajador estadounidense, hablando en una recepción el 4 de julio, en la celebración anual de la independencia de su país, informó a los invitados reunidos que la nueva ley era «un avance alentador» y apeló a un «diálogo» para permitir el establecimiento de nuevos partidos de conformidad con sus términos. El gobierno siguió atestiguándole al Congreso que el «desarrollo democrático» en Haití estaba haciendo progresos para que la ayuda militar y económica pudiese continuar fluyendo sin interrupción (principalmente a los bolsillos de *Baby Doc*, de su familia y de sus amigos). En octubre de 1985, el gobierno de Reagan informó una vez más que los derechos humanos habían mejorado. La ayuda a Haití se duplicó con creces durante la década de los ochenta, de acuerdo al principio básico de la política de Estados Unidos, proclamada por el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara: «mantener relaciones con el gobierno no comunista de Duvalier». El gobierno de Reagan estaba muy contento con la evolución de la democracia en Haití, particularmente porque había podido llegar a un acuerdo en el cual se permitía a los guardacostas estadounidenses detener y devolver, por medio de la fuerza si fuese necesario, a la gente que huía en barcos, buscando refugio en

Estados Unidos. Más de 3000 personas habían sido devueltas bajo este arreglo hasta fines de 1984. La preocupación respecto a este acuerdo variaba entre poca y ninguna, como ocurre siempre cuando se mantiene el orden y las ganancias siguen fluyendo.

En diciembre de 1985 había señales de que las cosas no marchaban bien. Se detectaba una creciente turbulencia y manifestación y asesinatos cometidos por las fuerzas de seguridad. Se hizo evidente que la dictadura apoyada por Estados Unidos encaraba problemas. Aquí se ve cómo el *Wall Street Journal* (10 de febrero de 1986) describió los sucesos que siguieron:

> Un funcionario gubernamental dijo que la Casa Blanca sacó la conclusión a fines del año pasado, después de enormes manifestaciones en una escala tal como no habían sido vistas, que el régimen se estaba deshilvanando. Después de que Duvalier introdujera cambios rotundos en su gabinete en diciembre, los analistas estadounidenses averiguaron que las élites haitianas habían perdido fe en el presidente vitalicio de treinta y cuatro años de edad. En consecuencia, los funcionarios estadounidenses, incluyendo al Secretario de Estado George Shultz, empezaron a reclamar abiertamente un «proceso democrático» en Haití.

Antes todo había marchado satisfactoriamente.

El cinismo es extraordinario, pero en una sociedad altamente indoctrinada pasa desapercibido. Después el gobierno fue aplaudido respetuosamente por deshacerse de Duvalier, ya que su autoridad no pudo mantenerse por más tiempo, tal como hizo cuando se volvió contra Marcos unas semanas más tarde en circunstancias similares, después de hacerse evidente que este ya no podía cumplir con las tareas que se le habían asignado. Todo esto nos enseña algo acerca de la profunda preocupación por el «proceso democrático» que de vez en cuando llega a ser una prioridad para Shultz y otros, en circunstancias interesantes.

Pareciera, entonces, que Haití es otra «aberración», junto con la República Dominicana; otro caso donde las mejores intenciones inexplicablemente se fueron por mal camino. Existen otros casos también en «nuestra regioncita de por aquí» y también en otras partes.

Veinte años antes de que Estados Unidos «promoviera la libertad, el pluralismo y la democracia» en La Española y suministrara una «tranquilidad relativa» a los ingratos «beneficiarios» de sus esfuerzos, peleó en la guerra hispano-americana «por motivos fundamentalmente humanitarios» (Frank Freidel, historiador de Harvard). El jefe de la oficina de comercio exterior del departamento de comercio estadounidense, quien escribió en 1902, adoptó un punto de vista algo diferente y más realista acerca de esos «motivos humanitarios».

> En el trasfondo del sentimiento popular, que pudo haberse disipado con el

> tiempo, que forzó a Estados Unidos a tomar las armas contra el dominio español en Cuba, estaban nuestras relaciones económicas con Las Antillas y las repúblicas sudamericanas. Tan fuerte era ese instinto comercial que aunque no hubiera existido una causa emotiva, tal como las supuestas atrocidades del régimen español o la destrucción del Maine, sin duda, con el tiempo, hubiéramos tomado medidas para suprimir con mano dura lo que parecía una molestia económica… La guerra hispano-americana fue solamente un incidente en un movimiento expansionista generalizado, el cual tenía sus raíces en el ambiente transformado por una capacidad industrial mucho más grande que nuestras capacidades económicas de consumo. Se consideró necesario no solamente encontrar compradores para nuestros bienes, sino también suministrar medios fáciles, económicos y seguros de acceso a los mercados extranjeros.

De hecho, por mucho tiempo Cuba había sido considerada como un «fruto maduro» que podría ser arrancado por Estados Unidos cuando llegase el tiempo propicio. En 1823, el Secretario de Estado John Quincy Adams pidió que Estados Unidos apoyara la soberanía española sobre Cuba hasta que cayera en manos estadounidenses por «las leyes de la gravitación política». Tomó su tiempo, pero dichas leyes operaron tal como había sido previsto, setenta y cinco años más tarde, cuando los rebeldes nacionalistas de Cuba se aproximaron a la victoria en su larga lucha contra la ocupación española. Pero Estados Unidos tenía otras ideas en mente. La intervención estadounidense eliminó el dominio español, pero bloqueó eficazmente la independencia de Cuba y a su sociedad «liberada» le extendió los beneficios de la quinta libertad, transformándola en el prototipo de una «neocolonia».

Un destacado banquero de *Wall Street* había escrito en 1898 que «Estados Unidos debe ocupar Cuba por encima de todo y mantenerla bajo un régimen militar hasta que el pueblo esté preparado para un autogobierno que le sea satisfactorio a este país (Estados Unidos)». Era el concepto normal de «democracia». Los planes de los insurgentes cubanos eran evidentemente inaceptables, pues su llamada a la independencia cubana y al sufragio universal significaba la participación de campesinos y obreros, muchos de ellos negros, quienes en Estados Unidos no podían votar y a quienes con seguridad no les sería permitido ni voz ni voto en el destino de su propio país.

Los medios estadounidenses y los líderes políticos y militares estuvieron generalmente de acuerdo. La presunción de que los cubanos estaban preparados para el autogobierno era «falsa e insustancial», declaró el *New York Tribune*, añadiendo que muchos de ellos eran «ignorantes *niggers*, mulatos y *dagoes*». Un comandante de división de la fuerza expedicionaria estadounidense, el general S.B.M. Young, describió a los insurgentes como «una pandilla de degenerados, totalmente desprovistos de honor o gratitud…, no están más preparados para el autogobierno que

los salvajes de África». El comandante de la fuerza expedicionaria, el general William Shafter, rechazó con desprecio el reclamo cubano de autogobierno, observando no sin justicia que «nosotros hemos tomado la guerra con España como cosa propia». El procónsul estadounidense, Leonard Wood, afirmó que «las clases adineradas, y todos los extranjeros de Cuba, incluyendo a los españoles» —como grupo distinto a los «degenerados»— favorecían la anexión a Estados Unidos. Estados Unidos se apoderó de la isla en alianza con esos grupos, en su mayor parte conservadores, los cuales se habían opuesto a la revolución cubana, siguiendo un patrón muy parecido al de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, como ya hemos visto. Estados Unidos procedió a establecer lo que Wood caracterizó como «un gobierno firme y estable en manos de hombres que no vacilarían en utilizar medidas severas si fuera necesario». Tales medidas bastarían, en la opinión de Wood, para mantener a los cubanos, «un pueblo tranquilo», explicó, «sin fuerza de carácter para causar problemas serios si nosotros podemos mantenerlos moderadamente ocupados». Sin embargo, resultó necesario recurrir a métodos como el azotar en público a los cubanos que se oponían a sus medidas políticas. En términos más generales, Wood explicó, «en el trato con las razas latinas no es aconsejable ceder bajo presión, a menos que uno esté preparado a ceder del todo y someterse a ser dominado». De aquí que sea necesaria la firmeza cuando las razas latinas se vuelven fastidiosas y no recuerdan cuál es su sitio.

Esta alianza de Estados Unidos con las clases adineradas y las élites españolas estableció las bases para la expropiación de las tierras y de los recursos cubanos por parte de compañías norteamericanas, las cuales convirtieron el país en una plantación estadounidense, liquidando las perspectivas de un desarrollo independiente, condiciones que Cuba todavía no ha podido eludir.

Años antes, el líder nacionalista cubano, José Martí, quien por mucho tiempo había temido la intervención norteamericana, preguntó, «cuando Estados Unidos se establezca en Cuba, ¿quién lo va a sacar?». Cuando se consumó la «liberación» de Cuba por los españoles, Máximo Gómez, quien había peleado con coraje como líder de la revuelta contra España, le dijo a un periodista norteamericano que «Cuba peleó contra la dominación de España solo para encontrarse bajo la bota de Estados Unidos», un juicio exacto.

Estados Unidos se dirigió inmediatamente a las Filipinas, destrozando la anticuada e indefensa flota española para después «defender» al país de su propia población a un costo terrible, con consecuencias que siguen siendo espeluznantes ochenta y cinco años más tarde.

Cuba no planteó muchos problemas hasta los años treinta, cuando el gobierno de Franklin Delano Roosevelt celebró la política del buen vecino derrocando al gobierno civil del Dr. Ramón Graun San Martín, al cual vio como una posible amenaza a sus intereses comerciales. En su lugar favoreció al de Fulgencio Batista.

Su dictadura gozó del apoyo firme de Estados Unidos, y Batista correspondió a

dicho apoyo dando permiso para el libre ejercicio de la quinta libertad hasta que fue derrocado en 1959 por Fidel Castro. Como siempre, las actitudes cubanas hacia Estados Unidos parecían inexplicables. El presidente Eisenhower manifestó su perplejidad ante la hostilidad mostrada por Castro hacia Estados Unidos, a quien el embajador estadounidense caracterizó como «hombre anormal»; ¿en qué otros términos se podía explicar la actitud de Castro hacia el gran benefactor? En agosto de 1959, Eisenhower dijo:

> Yo siento… aquí hay un país que uno pensaría en base a nuestra historia, que sería uno de nuestros verdaderos amigos… las concesiones comerciales que hemos hecho y las relaciones tan estrechas que han existido… lo dejan a uno perplejo al tratar de entender precisamente por qué los cubanos y el gobierno cubano se sienten tan infelices cuando, después de todo, su mercado principal está aquí mismo… Yo no sé exactamente cuál es la dificultad.

Dada la irracionalidad evidente del rencor cubano hacia su viejo benefactor, los comunistas debían estar interviniendo para envenenar las amistosas relaciones de los últimos sesenta años. Hay que anotar que la perplejidad de Estados Unidos respecto a las actitudes cubanas demuestra, una vez más, el funcionamiento eficaz del sistema estadounidense de indoctrinamiento y control del pensamiento a lo largo de muchos años, como ya hemos visto en el caso de Haití y la República Dominicana.

En diciembre de 1959, la CIA empezó a organizar un ejército de exiliados cubanos, y unos meses más tarde, su director Allen Dulles informó a Eisenhower que Castro suponía una amenaza a la «seguridad mutua» tan grande como la de Jacobo Arbenz, cuyo gobierno democrático en Guatemala había sido extirpado por un exitoso golpe de estado, organizado por la CIA seis años antes. Después vino la invasión de Bahía de Cochinos y la guerra terrorista contra Cuba, ambas lanzadas por el gobierno de Kennedy. Cuba fue la víctima principal del terrorismo internacional en los veinte años siguientes, superando probablemente a todo el resto del mundo, si no consideramos terroristas los casos mejor descritos como agresión abierta, tales como el bombardeo israelí del Líbano, perpetrado con el apoyo estadounidense desde principios de los años setenta. Después de Cuba, Nicaragua ha pasado a ocupar el primer lugar, desde el momento en que Estados Unidos lanzó su guerra terrorista para hacer abortar «la amenaza de un buen ejemplo», poco después de haber fracasado en sus esfuerzos por mantener la hegemonía de la Guardia Nacional en 1979. Estas acciones podrían designarse como agresión abierta, y se podría alegar que el terrorismo de Estado en El Salvador, llevado a cabo por el equivalente a un ejército mercenario de Estados Unidos, cuenta como terrorismo internacional, en cuyo caso ese país se lleva la palma en la década de los ochenta.

Mientras Estados Unidos le arrebataba Cuba a España, invadía también Puerto Rico, con la intención de conservar la isla como una posesión permanente. A los

luchadores de la independencia puertorriqueños se les mantuvo fuera de San Juan durante la capitulación de los españoles, tal como sucedió cuando a los insurgentes cubanos se les prohibió entrar en Santiago y firmar la rendición al terminar la guerra contra España. Asimismo, los luchadores filipinos fueron excluidos de Manila, pese a que 12 000 habían participado en la toma de la ciudad. En este caso el Departamento de la Marina explicó las razones de esta exclusión, razones igualmente válidas en los otros casos: una alianza política con los insurgentes les permitiría «mantener su causa en el futuro», lo cual sería una consecuencia inaceptable.

Puerto Rico también fue convertida en una plantación de azúcar para el beneficio de la agroindustria estadounidense, eliminando virtualmente la agricultura nativa. Más tarde, una estrategia de industrialización basada en la exención de impuestos y otros incentivos condujo a un crecimiento industrial de cara a la exportación. Comparado con el resto del Tercer Mundo, Puerto Rico tiene un alto nivel de ingresos *per capita*, una larga expectativa de vida, etc. La otra cara de la moneda es que el 40% de la población ha emigrado a tugurios urbanos en Estados Unidos (a un ritmo que alcanzó su apogeo durante los años ochenta), las tierras agrícolas están virtualmente abandonadas, el 60% de la población depende de estampillas gubernamentales para comer, mientras que los demás trabajan en fábricas cuyos dueños son extranjeros, o en oficinas gubernamentales sostenidas por el gobierno estadounidense. Dos tercios de la población adulta están sin empleo; la población sobrevive a base de «transferencias masivas y de un chorro de emigración en ambas direcciones». El economista Richard Weisskoff, en un estudio reciente, señala que la economía puertorriqueña «consume pero no produce… En fin, los contribuyentes estadounidenses subsidian al pueblo puertorriqueño, mientras que las corporaciones norteamericanas transfieren sus ganancias por medio de sucursales puertorriqueñas y, luego, de vuelta a Estados Unidos, sin pagar impuestos». Esa «gran fuerza industrial», añade, «está basada en un truco tributario, también sujeto a revisión. Una gran parte de la sobrevivencia económica de Puerto Rico procede de ventajas pecuniarias, de reglas fiscales o de contabilidad, que, en caso de ser cambiadas, traerían más dificultades» a «una economía despedazada y en bancarrota que depende principalmente de la caridad».

Puerto Rico pone claramente de relieve uno de los rasgos del imperialismo, el cual con frecuencia queda oscurecido por la verborrea engañosa acerca del «interés nacional» y de otras mistificaciones del sistema ideológico. Un análisis de los sistemas imperialistas revela costos, además de ganancias, a veces comparables en escala, según indican algunos estudios. ¿Por qué entonces las grandes potencias buscan el control de un imperio (sea este clásico o neocolonial)? En términos de la mística del «interés nacional» esta política parece insensata. Tiene mucho sentido, sin embargo, al considerar que los costos son costos sociales, mientras que las ganancias son ganancias privadas. Los costos de la marina británica, o del sistema militar estadounidense, o de las estampillas de comida para controlar la disidencia popular en

Puerto Rico, etc., son pagados por la población de la sociedad imperial. Las ganancias van a los inversionistas, a los exportadores, a los bancos, a las instituciones comerciales, a la agroindustria y similares. El imperio es solamente uno de los muchos dispositivos por medio de los cuales los pobres subvencionan a los ricos en la sociedad doméstica. Lo mismo se puede decir de la «ayuda», la cual por lo general es una forma de promover las exportaciones o el desarrollo para conseguir ganancias a la larga para las corporaciones. Hay algo de verdad en el dicho familiar de que la ayuda es un dispositivo por medio del cual los pobres de las sociedades ricas subvencionan a los ricos de las sociedades pobres: pero solo es verdad en parte, porque los sistemas imperialistas por lo general también son un dispositivo por medio del cual los pobres de las sociedades ricas enriquecen a los ricos de su propia nación. Algunas migas se «filtran por debajo» para la población general, siempre que sea posible satisfacer esta condición secundaria.

Volviendo del Caribe a Centroamérica, en El Salvador, barcos de guerra estadounidenses patrullaban la costa mientras el general Hernández Martínez llevaba a cabo «la matanza de 1932», asesinando a miles de campesinos —tal vez 30 000 o más, según algunos cálculos— en unas pocas semanas. «No hizo falta desembarcar las fuerzas estadounidenses y británicas», testificó el jefe de operaciones navales estadounidenses ante el Congreso, «dado que el gobierno salvadoreño tenía la situación bajo control», Martínez fue debidamente reconocido por el gobierno de Roosevelt en otro acto de la política del buen vecino, después de haber ganado una «elección» en la cual él fue el único candidato, una vez que la oposición política había sido eliminada. Todo marchaba a la perfección también en El Salvador —uno de los países más pobres del mundo— hasta 1960-1961, cuando Estados Unidos promovió un golpe militar derechista para bloquear otra amenaza potencial a la quinta libertad, de acuerdo a la doctrina del presidente Kennedy de que «los gobiernos de tipo cívico-militar como el de El Salvador, son los más eficaces para contener la penetración comunista en América Latina». Volveremos a las consecuencias de esto.

En Nicaragua, la primera operación militar estadounidense de envergadura tuvo lugar en 1854, cuando la marina norteamericana incendió el puerto de San Juan del Norte para vengar un supuesto insulto a los oficiales norteamericanos y al empresario millonario Cornelius Vanderbilt. Los *marines* desembarcaron en 1909 y otra vez en 1912, estableciendo una ocupación militar que duró (salvo por un solo año) hasta 1933 y que condujo al establecimiento de la dictadura de Somoza después de una sangrienta campaña de contrainsurgencia y del asesinato de Sandino a traición. El reino sangriento y corrupto de la dinastía somocista duró hasta 1979, con pleno apoyo estadounidense; por su parte, Somoza convirtió al país en una base para la proyección del poder estadounidense en la región. El fracaso para mantener el «somocismo sin Somoza» condujo a la reconstitución de la Guardia Nacional y a los esfuerzos actuales para convertir a Honduras en la mayor base militar estadounidense, para

aterrorizar la región, incluyendo la guerra de su ejército sustituto contra Nicaragua. La preocupación repentina por la «democracia» y los «derechos humanos» en Nicaragua: una transformación milagrosa que sería rechazada con la irrisión que se merece en sociedades menos ideologizadas que las occidentales.

Asimismo, en el caso de Nicaragua, las élites estadounidenses encuentran difícil entender la hostilidad expresada por quienes se han beneficiado de sus programas históricos de «buena voluntad internacional». El respetado comentarista liberal William Shannon, exembajador estadounidense en Irlanda y ahora profesor distinguido en la Universidad de Boston, ha ofrecido una explicación. El hecho de que los sandinistas «detesten a Norteamérica», escribe, «es comprensible, dada su limitada educación, pues han pasado años en el exilio, la prisión o la montaña luchando contra lo que ellos percibieron como una dictadura apoyada por Estados Unidos. Ignorando la historia real de la benevolencia estadounidense, los sandinistas utilizan el antiyanquismo para suministrar la energía de su movimiento político, tal y como el antisemitismo suministró la energía del nazismo».

Estos son solamente unos pocos ejemplos. El cuadro general es muy parecido en todos los casos. Volviendo a la elección entre las tres opciones de la política de Kennedy —«un régimen democrático decente», «un régimen castrista» o «régimen trujillista», siempre preferible si existe el peligro de «un Castro»— recordemos el primer caso que consideramos, el testimonio de la intervención estadounidense en la República Dominicana, la cual no fue ninguna aberración, tal como hemos visto en esta breve reseña. Dicha historia, y otras parecidas, nos ayudan a entender la respuesta oficial de John F. Kennedy a nuestra pregunta: ¿cuál es la fuente del comportamiento sistemático de Estados Unidos, ilustrado hoy en día en El Salvador y Nicaragua? La democracia es buena, siempre y cuando los resultados de la misma estén en conformidad con las necesidades del hermano mayor. Si estas necesidades son amenazadas por «un Castro» —por ejemplo, dando pasos hacia una democracia significativa bajo un régimen demócrata capitalista comprometido con reformas sociales e independencia—, entonces, llamamos a los escuadrones de la muerte. El patrón es sistemático, una expansión sistemática de los principios básicos de la política exterior, específicamente, la santidad de la quinta libertad.

El gobierno de Kennedy siguió este razonamiento hasta el fondo. En 1962, tomó una decisión que, dadas sus consecuencias, es una de las más significativas de la historia moderna. La misión de los militares latinoamericanos cambió de la «defensa hemisférica» a la «seguridad interna». La «defensa hemisférica» parecía una broma; no había nadie contra quien defender el hemisferio salvo Estados Unidos, y esa no era la intención. La «seguridad interna», en cambio, no era una broma. Significaba la guerra contra la propia población. El resultado fue una epidemia de estados de «seguridad nacional», en varios aspectos evocaciones del fascismo europeo. A veces emplearon los talentos de criminales de la guerra nazi, como Klaus Barbie, quienes fueron traídos a América Latina por Estados Unidos después de prestar sus servicios

en la Europa de postguerra, en la cual sembraron un vasto reino de terror, torturas de alta tecnología, «desaparecimientos» y escuadrones de la muerte. El primer golpe contundente tuvo lugar en Brasil. El gobierno estadounidense lo respaldó, lo celebró y lo calificó como «la victoria más decisiva para la libertad a mediados del siglo XX» (Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Interamericanos, Lincoln Gordon). La consecuencia del golpe en Brasil fue un «milagro económico», el cual se convirtió en un desastre para la mayoría de la población, amén de la catástrofe de los derechos humanos. Causó también un efecto dominó en toda la región. El establecimiento del Estado nacional de seguridad brasileño ayudó a lanzar una «plaga de represiones» sin paralelo en la historia del continente, según una comisión posterior de alto nivel, dirigida por Sol Linowitz, la cual, sin embargo, fracasó en su intento de rastrear todo esto hasta su fuente inicial.

En El Salvador, el gobierno de Kennedy estableció la estructura básica de los escuadrones de la muerte, los cuales han sembrado el terror a una escala sin precedentes desde el momento en que empezaron a operar algunos años más tarde. En Guatemala, donde la democracia capitalista y reformista de Arévalo y de Arbenz había sido derrocada por un golpe de la CIA en 1954, inaugurando así treinta años de sangre y terror, el gobierno de Kennedy apoyó un golpe militar para prevenir la amenaza de una elección democrática en la cual, se temía, Arévalo quizá participara. Tanto él como su sucesor Arbenz y Juan Bosch eran «Castros», quienes tenían que ser rechazados a favor de «un Trujillo». Esto condujo a una masacre enorme a fines de la década. Cerca de 10 000 personas fueron asesinadas en una campaña contrainsurgente, con la participación directa de los boinas verdes estadounidenses y, según informes, con aviones norteamericanos que salían desde bases panameñas para llevar a cabo bombardeos de napalm. Esta matanza, sin embargo, no fue nada cuando se la compara con el terrorismo de Estado organizado y apoyado por Estados Unidos en Centroamérica años más tarde, el cual alcanzó su apogeo de horror a principios de los años ochenta.

El aparato de represión y tortura establecido por el gobierno de Kennedy fue un componente integral de su «Alianza para el progreso». Dichos programas, muy alabados como muestra de la benevolencia estadounidense, eran totalmente cínicos en su concepción. Nunca estuvieron motivados por el descubrimiento repentino del sufrimiento y de la pobreza de «nuestra regioncita de por aquí», sino por miedo al «contagio» del «virus» cubano, el cual podía propagarse. Tal como sucedió en el caso del sureste asiático, situación que discutí en la última conferencia, este peligro requería un esfuerzo doble: primero, la destrucción del virus en su fuente (invasión, embargo y veinte años de guerra terrorista); y segundo, medidas para inocular a la región contra la infección. La «Alianza para el progreso» fue diseñada como una fachada del segundo esfuerzo para «ganar los corazones y las mentes». Esta segunda parte fue llevada a cabo paralelamente con las medidas destinadas para afianzar la «seguridad interna».

La misma «Alianza para el progreso» requería medidas duras. Se la diseñó para promover el desarrollo económico de un tipo muy en particular: un desarrollo económico totalmente de acuerdo con los requerimientos de la quinta libertad. El desarrollo iba a estar dirigido hacia la producción con destino a la exportación. La ayuda llegó a manos llenas, pero a los privilegiados de siempre: la agroindustria y las compañías de fertilizantes y pesticidas estadounidenses y las élites locales asociadas a ellas. Hubo resultados estadísticos impresionantes. La producción de carne de res, por ejemplo, aumentó en todos los países centroamericanos, pero, mientras tanto, el consumo local disminuyó en general, radicalmente en Costa Rica y El Salvador, y notablemente en Guatemala y Nicaragua, porque la carne era producida para la exportación. Lo mismo sucedió con el abastecimiento de alimentos, cuya disminución dejó insatisfechas las necesidades locales. Las tierras agrícolas fueron convertidas en tierras para la producción de carne y productos de exportación; valiosas tierras forestales fueron destruidas causando efectos incalculables a largo plazo. Todo ello en beneficio de las corporaciones extranjeras, de su clientela interna y de la minoría rica que podía permitirse el lujo de comprar comestibles importados y artículos suntuarios. Tal como sucedió con el «milagro económico» en la República Dominicana y en Brasil, la «Alianza para el progreso» produjo un crecimiento económico en Centroamérica, junto con el hambre que también crecía y mucha miseria para la mayoría de la población. Este modelo de desarrollo llevaba consigo un corolario obligatorio: necesitaba un aparato represivo para controlar la disidencia y la resistencia inevitable, mientras la población sojuzgada aguantaba la miseria y sus consecuencias. Los escuadrones de la muerte no suponen una contrapartida fortuita de la «Alianza para el progreso», sino que son su componente esencial. No debemos sorprendernos, por tanto, de que el aparato represivo fuera establecido para estar listo al inaugurar la «Alianza para el progreso».

Entendemos mejor la respuesta de Kennedy a nuestra pregunta cuando le echamos un vistazo a la historia reciente de El Salvador. Hubo elecciones en 1972. Al hacerse evidente que los ganadores serían José Napoleón Duarte y Guillermo Ungo, los militares se entrometieron para tomar el poder haciendo un fraude descarado, apoyado por la intervención de Guatemala y Somoza. Este último jugó el mismo papel que le había tocado jugar cuando suministró una base para la abolición de la democracia en Guatemala a manos de la CIA en 1954; también ayudó, más tarde, a impedir la reconstrucción del gobierno democráticamente elegido en la República Dominicana en 1965. Duarte fue encarcelado y torturado. Después de su liberación fue a Washington, donde ni la prensa ni los congresistas (salvo dos excepciones) se tomaron la molestia de hablar con él.

Este episodio revela con toda claridad cómo las élites estadounidenses detestan la democracia mientras todo está bajo control; y también revela el cinismo de su fingido interés de hoy por las «elecciones» como cobertura endeble para el terrorismo de Estado.

Resultados similares tuvo otra farsa electoral en 1977. Mientras tanto, las torturas, los asesinatos, la represión y la corrupción siguieron de una manera normal, despertando en Estados Unidos apenas un limitado interés y ninguna reacción seria.

Dos problemas, sin embargo, empezaron a causar una grave preocupación. El primero era el derrocamiento inminente del régimen de Somoza, quien por muchos años había servido como base para proyectar el poder estadounidense en la región. Existía el temor de que al dictador salvadoreño, Romero, le iba a pasar lo mismo. Estados Unidos fracasó en sus esfuerzos por imponer un «somocismo sin Somoza» en Nicaragua: la técnica empleada cuando algún cliente deja de ser útil o no tiene salvación. Estados Unidos estaba decidido a no incurrir en el mismo error en El Salvador.

El segundo problema era aún peor. Los años setenta fueron testigos del impresionante crecimiento de las organizaciones populares en El Salvador: grupos de ayuda mutua de base cristiana, asociaciones de campesinos, sindicatos de maestros, etc. Ello es siempre una señal de grave peligro. Significa que se están estableciendo las bases para una democracia efectiva en la cual toda la población podría participar en la formulación de la política nacional. Esto equivaldría a una «crisis de la democracia» y sería una amenaza para el sistema de decisión de las élites y para la ratificación pública que se llama «democracia» en la nueva semántica occidental. Es obvio que los individuos aislados son incapaces de enfrentarse al poder en la arena política o en otras partes. Pueden entrar en el juego político solamente si tienen métodos para juntar sus limitados recursos, descubrir hechos relevantes, intercambiar información, desarrollar ideas y programas y poder actuar para realizarlos. Cuando faltan dichos métodos y formas de organización, la democracia se reduce a un juego entre grupos elitistas los cuales cuentan con los recursos que les permiten participar activamente en el sistema político. Por tanto, el crecimiento de las organizaciones populares en El Salvador no era un asunto trivial, sino un acontecimiento con consecuencias potencialmente serias para «nuestra regioncita de por aquí» si la podredumbre lograba establecerse y extenderse.

En febrero de 1980, el arzobispo Romero escribió una carta al presidente Carter implorándole que no mandara ayuda militar a la junta, que «solo sabe cómo reprimir al pueblo y defender los intereses de la oligarquía salvadoreña». La ayuda, le dijo a Carter, «serviría con toda seguridad para incrementar injusticias aquí y agudizaría la represión que ha sido lanzada contra las organizaciones del pueblo que luchan por defender los derechos humanos más fundamentales».

La esencia misma de la política estadounidense, sin embargo, era destruir a las organizaciones populares que luchaban por defender los derechos humanos más fundamentales. El presidente Carter, por tanto, envió la ayuda y también envió un mensaje al Congreso, diciendo que su intención era «fortalecer el papel clave del ejército para llevar a cabo las reformas», una frase que habría consternado a Orwell.

Las consecuencias fueron exactamente las que había vaticinado el arzobispo. En

marzo, cuando los escuadrones de la muerte empezaron a funcionar, Mons. Romero fue asesinado. En mayo se impuso el estado de sitio, renovándose mensualmente desde entonces. La guerra total contra los campesinos fue lanzada bajo el disfraz de la reforma agraria. Los campesinos fueron las víctimas principales de la guerra de Carter-Duarte en 1980, lo cual no era sorprendente, dado que, según concedió Duarte más tarde, «las masas apoyaban a la guerrilla» cuando comenzó esta operación.

La primera gran atrocidad fue la masacre del río Sumpul, en la cual 600 campesinos que huían fueron asesinados en una operación conjunta de los ejércitos salvadoreño y hondureño. Testigos oculares describieron cómo los recién nacidos eran lanzados al aire para servir de blanco, cómo decapitaron niños y torturaron y ahogaron a las mujeres. José Napoleón Duarte, quien se integró a la junta de gobierno en marzo para darle cierta legitimidad durante la matanza que ya empezaba a funcionar, justificó la masacre del río Sumpul como legítima, ya que todas las víctimas eran «comunistas», incluyendo, supuestamente, a los niños despedazados con machetes. Los medios estadounidenses omitieron el episodio por más de un año; luego solamente lo mencionaron de paso y aún no lo han dado a conocer adecuadamente, aunque de inmediato tuvieron pruebas muy creíbles a su disposición y el hecho había sido dado a conocer en la prensa internacional y en la prensa religiosa de Estados Unidos.

En junio fue atacada la Universidad, dejando muchos muertos; fueron destruidos los laboratorios y las bibliotecas y de este modo otra nueva amenaza al orden fue eliminada. En noviembre, la oposición política fue asesinada por las fuerzas de seguridad. Asimismo, suprimieron los medios de comunicación independientes. A la radioemisora de la Iglesia la destruyeron con bombas. Al editor de un periódico lo encontraron despedazado y otro huyó después de repetidos atentados para asesinarlo. Quedaron echadas las bases para «elecciones libres», debidamente conducidas por Reagan en una atmósfera de «terror y desesperación, rumores macabros y una realidad horripilante», por citar las palabras de Lord Chitnis, quien encabezó a los observadores del grupo de derechos humanos del parlamento británico.

De manera predecible, los medios estadounidenses alabaron este triunfo de la democracia, y, más tarde, cuando las tareas de «descabezar» y destruir a las organizaciones populares empezaron a tener un éxito notable, los comentaristas estadounidenses, a través de toda la corriente principal del espectro político, manifestaron su felicidad y aprobación por esta tarea de «la construcción de la democracia». No fueron los únicos en mantener tal actitud. De manera parecida, una comisión del gobierno holandés que observó las elecciones, pese a que concedió que «los partidos de izquierda habían sido excluidos hasta cierto punto del proceso electoral», llegó a la conclusión de que había «una suficiente gama de selección para los votantes». La frase «excluidos hasta cierto punto» se refiere al programa de matanza en masa, a las torturas y a las desapariciones. El concepto de «una suficiente gama de selección» expresa bien la idea de «democracia» ampliamente sostenida

entre las élites occidentales. La comisión holandesa añade que, como Nicaragua, El Salvador está «en medio de una guerra civil, en la cual la intervención extranjera juega un papel fundamental», pues la guerrilla estaba «recibiendo el apoyo activo de agencias extranjeras». Esta analogía no merece comentarios entre gente cuerda, pero da, otra vez, cierta idea del nivel moral e intelectual de las élites occidentales.

El 26 de octubre de 1980, el sucesor del arzobispo martirizado, Mons. Rivera y Damas, condenó «la guerra de exterminio y genocidio contra una población civil indefensa». Unas semanas más tarde, Duarte alabó a las fuerzas armadas por su «servicio valiente al lado del pueblo contra la subversión» durante su toma de posesión como presidente de la junta de gobierno, en un esfuerzo para mantener el flujo de la ayuda militar a los homicidas después del asesinato de cuatro religiosas norteamericanas, un acto juzgado como criminal en Estados Unidos. Este ha sido el papel de Duarte todo el tiempo. Ningún individuo de la historia de América Latina ha presidido una matanza similar. Los números llegan aproximadamente a 40 000, siendo este un cálculo conservador. Estos asesinatos ocurrieron durante la época en que prestó sus servicios para legitimar esas atrocidades y para asegurar la contribución estadounidense para que dichas atrocidades continuaran. No es sorprendente que sea el mimado de los medios estadounidenses y de los comentaristas, quienes lo estiman como un gran demócrata y como un dechado de virtudes.

Reagan asumió el poder a principios de 1981. Las masacres experimentaron una escalada en tamaño y en sadismo, con participación directa de Estados Unidos. La fuerza aérea estadounidense hizo vuelos de reconocimiento y coordinó los bombardeos, aumentando así la matanza de campesinos que huían y de civiles indefensos. Estos horrores, que todavía continúan, fueron recibidos con crecientes aplausos en Estados Unidos, a medida que el terror parecía lograr cierto éxito. El número de muertos excede los 60 000 y hay un millón de refugiados.

La ayuda masiva de Estados Unidos sirve para dos propósitos esenciales: llevar a cabo la matanza y pagar a los grupos élites que se benefician de ella. Unos dos tercios de la ayuda van directamente al extranjero, a las cuentas bancarias de quienes se están beneficiando con el programa de contrainsurgencia. Naturalmente, estos prefieren que los contribuyentes norteamericanos financien la operación, enriqueciéndolos a ellos al mismo tiempo. En efecto, el contribuyente estadounidense está sobornando a los ricos para que se queden en su sitio mientras la matanza continúa. Entre tanto, el país se está hundiendo económicamente, debido más a la huida de capitales que a la guerra.

En este respecto, la historia es típica. La famosa deuda latinoamericana, hoy en día un tema de gran preocupación internacional, se compara aproximadamente en números redondos a las reservas de capital en el extranjero de los super-ricos de América Latina. De nuevo tenemos aquí una de las realidades de la ayuda extranjera: un medio por el cual los pobres en las sociedades ricas pagan a los ricos en las

sociedades pobres.

La historia reciente de la intervención en El Salvador es otro de los episodios más sórdidos de la historia de Estados Unidos. También fue un éxito sustantivo. Las organizaciones populares quedaron considerablemente destrozadas. La amenaza a la democracia fue detenida. La respuesta entusiasta de las élites occidentales ante este ejercicio para «promover la democracia», es, por tanto, fácil de entender.

Volviendo otra vez a la respuesta de Kennedy a nuestra pregunta, Estados Unidos también favorecería a un Trujillo, o lo que es peor, lo haría si hubiese el peligro de que las organizaciones populares con raíces cristianas, las asociaciones de campesinos, etc., amenazaran con construir las bases de una democracia significativa. Está claro, una vez más, que el concepto de «un Castro» es muy amplio.

Los acontecimientos recientes en Nicaragua nos permiten tener una idea más clara de la respuesta oficial a nuestra pregunta. La dinastía de los Somoza era una amistad valiosa, aunque, como en los casos de Trujillo, Marcos, Duvalier y de otros *gangsters* apoyados por Estados Unidos, surgieron problemas cuando sus fechorías se extendieron demasiado y afectaron no solo a las víctimas normales y apropiadas, sino también a los hombres de negocios; entonces, la oposición popular empezó a escapárseles de las manos debido a la corrupción y violencia de sus regímenes respectivos. Mientras pareció que Somoza podía mantenerse, Estados Unidos lo apoyó, en parte directamente, y en parte por medio de estados mercenarios a los cuales recurre regularmente para tales propósitos cuando su rol debe permanecer oculto al público. Al hacerse evidente en 1979 que Somoza no podía ser sostenido por más tiempo, el gobierno de Carter, normal y predeciblemente, cambió su política y abogó por el «somocismo sin Somoza», tal como se ha hecho en casos similares. Las preocupaciones principales eran las dos usuales: que la Guardia Nacional, entrenada durante muchos años por Estados Unidos y que tenía estrechos contactos con los militares estadounidenses, fuera mantenida para asegurar la «estabilidad» y el «orden», y que las élites de la empresa privada estuvieran en una posición de dominar y controlar el proceso político, es decir, que la «democracia», según el sentido de la nueva semántica, fuera instituida.

Para conseguir estas metas, Estados Unidos siguió una doble política. Una línea ha sido, desde 1979, la reconstitución de la Guardia Nacional con los exiliados nicaragüenses y los oficiales salvadoreños, quienes participaron en el proyecto con la ayuda y el entrenamiento de agentes de los generales neonazis de Argentina. Estos actuaron «sustituyendo a Estados Unidos en Centroamérica» (según el especialista en terrorismo Brian Jenkins, de la Corporación Rand) desde 1980, y bajo su control directo desde 1981. La segunda línea política la constituyó una temprana oferta de ayuda al nuevo gobierno, diseñada para fortalecer al sector privado. La ayuda estadounidense también fue apoyada por los bancos internacionales, los cuales temían que Nicaragua no pudiera pagar los servicios de la enorme deuda que había contraído. Esa deuda era el resultado de la colaboración de los bancos con Somoza;

los bancos temían perder el dinero porque Somoza había huido con una gran parte del efectivo que quedaba en el país. Como siempre, la ayuda iba a ser un mecanismo para obligar al contribuyente norteamericano a subvencionar a los ricos y poderosos en el interior y en el extranjero. Este último esfuerzo por asegurar la continuidad del régimen anterior, por impedir reformas sociales indeseables y por pagar a los bancos estadounidenses se describe, en Estados Unidos, como una prueba de la extraordinaria magnanimidad del gobierno norteamericano y de la mala fe de los sandinistas, quienes, a pesar de todo, persistieron en sus malas costumbres.

Esas malas costumbres resultaron ser muy graves. Los crímenes sandinistas pronto se materializaron en mejorías extraordinarias en el campo de la salud, la alfabetización, los niveles de nutrición y bienestar social. En enero de 1983, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), resumiendo los acontecimientos desde 1979, llegó a la conclusión de que «Nicaragua, ha hecho un progreso notable en el sector social, el cual está estableciendo una base sólida para un desarrollo socioeconómico de largo plazo», incluyendo la salud, la alfabetización, la organización de comunidades, la producción de comestibles para la población, etc. La agencia caritativa de desarrollo *Oxfam America*, en un informe sobre Centroamérica, observó, en 1985, que entre los países de la región donde *Oxfam* funcionaba (Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua), «solamente Nicaragua ha hecho un esfuerzo importante para corregir las injusticias en la tenencia de la tierra y extender los servicios de salud, educación y agricultura a las familias de campesinos pobres», pese a que la guerra de «los contras» —cumpliendo sus propósitos— «ha retardado el ritmo de las reformas sociales y ha agravado el hambre en el norte». Como mencioné antes, la organización madre de *Oxfam* en Londres fue todavía más lejos, al considerar que entre los 76 países donde ella trabajaba, Nicaragua era «excepcional» por el compromiso del gobierno «de mejorar las condiciones del pueblo y alentar su participación activa en el proceso de desarrollo», planteando así lo que *Oxfam* describe acertadamente como «la amenaza de un buen ejemplo». El Banco Mundial describió la dedicación del gobierno para mejorar la vida de los pobres como «extraordinaria» (junio de 1983) e identificó sus proyectos en Nicaragua como entre los mejores que había apoyado, subrayando la ausencia de corrupción y la preocupación hacia los pobres. Naturalmente, Estados Unidos ha hecho todo lo posible para bloquear eficazmente otros proyectos de esta índole. Especialmente ofensivos resultaban los proyectos que suministrarían servicios a los agricultores privados, dado que no solamente beneficiarían al país económicamente, sino que también dañarían la imagen propagandística de un Estado totalitario, construida cuidadosamente por el sistema ideológico estadounidense.

Dichos crímenes son intolerables por las razones que ya he tratado. Era necesario responder de la manera usual: el terrorismo internacional, el embargo, las presiones sobre las instituciones internacionales y los aliados para retener la ayuda, una enorme campaña de propaganda y desinformación, maniobras militares amenazantes y

sobrevuelos. Todo esto forma parte de lo que el gobierno norteamericano llama «el manejo de las percepciones». En Estados Unidos hubo una virtual histeria cuando Nicaragua aceptó la propuesta de tratado de Contadora en 1984, poco después de que Ronald Reagan había informado al Congreso que el propósito de la guerra de «los contras» era obligar a Nicaragua a aceptar el tratado y que el Secretario de Estado Shultz había alabado dicha propuesta y denunciado a Nicaragua por bloquear su formalización. La histeria cundió cuando Nicaragua celebró elecciones, descritas por la Asociación Profesional de Estudiosos de América Latina en Estados Unidos (LASA) como singularmente abiertas y honestas, a pesar de los masivos esfuerzos estadounidenses para minarlas. Las medidas incluyeron presiones sobre la empresa privada opositora y una campaña de desinformación sobre la supuesta entrega de aviones MIG, cuidadosamente cronometrada, para eliminar de las noticias las elecciones. Se da por descontado, naturalmente, en todo el espectro político, que si Nicaragua obtuviera aviones para defender su territorio nacional de un ataque estadounidense, ofendería de modo intolerable y justificaría el bombardeo del país, como ya lo han advertido «las palomas» del senado. El juicio expresado por los observadores de la LASA en un informe detallado fue compartido por casi todos los observadores internacionales. Estos hechos han sido virtualmente omitidos en Estados Unidos. Según el consenso del gobierno y de los medios de prensa, las elecciones de 1984 no tuvieron lugar en Nicaragua. La reacción de las élites estadounidenses hacia las elecciones nicaragüenses revela una vez más su profundo miedo y odio a los modelos democráticos, si ellas no pueden controlar sus resultados para asegurar la dominación del sistema social, económico y político a través de la alianza entre la empresa privada y los militares con el poder estadounidense.

Tal como mencioné antes, los funcionarios gubernamentales admiten en privado que «están contentos de ver cómo “los contras” debilitan a los sandinistas, forzándolos a desviar sus escasos recursos hacia la guerra en vez de emplearlos en programas sociales», un hecho que no ha suscitado comentarios en Estados Unidos. Tampoco ha habido reacción alguna ante el testimonio del exanalista de la CIA David MacMichael, en la sesiones de la Corte Internacional de La Haya, en el cual, en base a su experiencia personal, describió el pensamiento que subyace en la planificación de alto nivel destinada a debilitar y desestabilizar al gobierno de Nicaragua:

> … las acciones principales iban a ser paramilitares, las cuales, esperaban, provocarían ataques a través de las fronteras por parte de las fuerzas nicaragüenses, que servirían para demostrar la naturaleza agresiva de Nicaragua y posiblemente activarían las medidas de la Organización de Estados Americanos. Esperaban que el gobierno nicaragüense reprimiría las libertades civiles dentro del país, encarcelando a la oposición y demostrando su supuesta naturaleza totalitaria, lo cual aumentaría el descontento interno.

La opinión élite en todos los sectores políticos de Estados Unidos insiste en que Nicaragua debe ser «contenida» y «aislada», que hay que impedirle «exportar su revolución». Si fuera posible, el «cáncer» —como George Shultz y otros lo designan — debe ser erradicado. Existen diferencias de naturaleza táctica sobre cómo llevar a cabo esta tarea necesaria. Como en los otros casos que ya tracé, la «teoría de la manzana podrida» tiene dos variantes. Para el público, el peligro es que Nicaragua, un cliente de los soviéticos y una base militar suya, pueda conquistar el hemisferio y apoderarse de todo lo que tiene Estados Unidos. La verdadera preocupación es el «efecto demostrativo» de un desarrollo exitoso en unos términos que podrían ser significativos para los pueblos que sufren en otras partes de «nuestra regioncita de por aquí», poniendo así en peligro la quinta libertad al producirse el «contagio» por el virus y al extenderse «la podredumbre». Lo totalmente absurdo de las acusaciones públicas y de la asombrosa serie de mentiras y engaños en las cuales están envueltas ambas variantes bastan para concluir que Estados Unidos está siguiendo el curso de su acción convencional también en este caso.

Las mentiras y los engaños son, de hecho, extraordinarios. Los sandinistas han sido acusados de todo, desde tráfico de drogas hasta genocidios, mientras los indiscutibles hechos acerca de sus logros sociales y económicos casi no se han mencionado en los medios más importantes ni en las revistas. Las técnicas utilizadas para borrar los hechos y demostrar los «fracasos» sandinistas son muy iluminadoras. Demuestran la profundidad del engaño y prueban que este es totalmente consciente. Por tanto, sirven para ilustrar la gravedad de las preocupaciones de trasfondo que se ocultan. Así es como la Comisión Kissinger trató de demostrar que «la mala administración» de los sandinistas era la causa del descenso económico durante una época de crecimiento, tomando como punto de partida 1977. Este engaño deliberado permitió atribuir a los sandinistas el colapso de la economía durante la recepción y masacre somocista de 1978 y 1979 y ocultar que la economía, en realidad, había crecido sustancialmente mientras el gobierno llevaba a cabo una recuperación notable de la carnicería. El mismo método ha sido utilizado también por intelectuales cínicos de Europa occidental. El respetado sociólogo Ralf Dahrendorf, en el periódico liberal alemán *Die Zeit*, considera la caída del producto interno bruto *per cápita* «entre 1977 y 1985» como una prueba de los fracasos de los sandinistas, añadiendo que «no tuvo lugar una redistribución significativa de los ingresos». Junto a este revelador engaño, nos cuenta con una confianza total lo que «cree la mayoría de los nicaragüenses», después de pasar unos pocos días en Managua con una delegación de visitantes.

Estos procedimientos de parte de dignatarios visitantes son muy normales y están considerados como totalmente apropiados, mientras el visitante mantenga la pureza doctrinal, establecida en Washington. Así es como Robert Leiken, unos de los principales apologistas de «los contras» y favorito de los medios de difusión de noticias, aseguró a su audiencia occidental, con la misma confianza, basada en sus no menos profundas encuestas, que el apoyo a los sandinistas «virtualmente ha

desaparecido» mientras «los contras» cuentan con un «amplio apoyo en el campo nicaragüense y con la simpatía callada de muchos nicaragüenses en las ciudades».

El elaborado abanico de mentiras histéricas y engaños ha llegado a proporciones lo suficientemente asombrosas como para despertar comentarios incluso en los mismos medios del *establishment*. Un engaño a tan gran escala es un fenómeno importante y revelador. El diluvio de mentiras obviamente esconde algunas verdades sencillas. La primera es que Estados Unidos se dedica con una intensidad desesperada a empujar a Nicaragua a los brazos de la Unión Soviética, para poder justificar su ataque contra ella como «autodefensa». La segunda de esas verdades sencillas es la razón real del ataque, escondida en el diluvio de mentiras, es decir, lo que ya he tratado, la amenaza de un buen ejemplo, el cual debe ser extirpado antes de que el «virus» se extienda, «infectando» a la región y a otras partes. Estas verdades se hacen evidentes en la documentación sobre el caso actual y están totalmente de acuerdo con la práctica tradicional de Estados Unidos. Una práctica completamente racional para los intereses reales que determinan la política de ese país. De acuerdo con los mismos principios y prácticas operativas, tales verdades no pueden ser expresadas dentro del sistema ideológico estadounidense, y con escasas excepciones tampoco entre sus aliados.

El caso de Nicaragua refuerza aún más la comprensión de la respuesta oficial de Kennedy a nuestra pregunta. Estados Unidos preferirá a «un Trujillo» cada vez que «la amenaza de un buen ejemplo» surja dentro de sus dominios. Aquellos que se dedican a mitigar las necesidades de la mayoría pobre, o que tratan de construir un sistema político que no esté controlado por la empresa privada ni por un sistema militar no vinculado a Estados Unidos ni controlado por él, son «Castros», que deben ser empujados a depender de la Unión Soviética mediante ataques continuos, violencia terrorista y otras presiones. Es crucial impedirles perpetrar el crimen de conseguir un desarrollo que funcione en interés de la mayoría pobre.

Estas son las verdaderas razones del ataque contra Nicaragua. Las razones oficiales ni siquiera merecen el desprecio y no voy a perder el tiempo refutándolas.

Con frecuencia hablo de estos problemas en Estados Unidos y en Europa, no en los medios de difusión importantes, por supuesto (aunque Europa en este respecto es bastante diferente y mucho más abierta), sino en el contexto de audiencias a las cuales ni el Estado ni las instituciones ideológicas privadas pueden prohibirles el acceso. Este es un asunto importante al cual volveré en la última conferencia. Generalmente, concluyo con algunas observaciones sobre nuestras responsabilidades y sobre cómo debemos continuar con ellas. Algunos de los que estamos aquí procedemos de democracias industriales occidentales o de Costa Rica, países donde el miedo a la violencia del Estado no impide necesariamente la protesta activa contra las medidas políticas que mantienen la «estabilidad» y el «orden» en «nuestra regioncita de por aquí», aunque la distribución del poder efectivo sobre los medios y el sistema social, político y económico dificulta y con frecuencia frustra estas tareas.

La mayoría de ustedes viven por aquí, y jamás me atrevería a darles consejos, salvo una breve palabra.

Es útil y educativo prestar atención al fanatismo de Reagan. Si se lo interpreta adecuadamente, contiene consejos sólidos. Escuchen a los terroristas del Estado y hagan lo opuesto. Su sueño dorado es que Nicaragua llegue a ser tal como ellos la describen: un cliente soviético, un estado totalitario y brutalmente represivo «en guerra contra Dios y el hombre», para citar sus palabras, que controla la población con el látigo y el garrote. Su mayor miedo es que Nicaragua siga «la lógica de las mayorías», esforzándose por dedicar sus escasos recursos a las necesidades de los pobres y despojados, con libertad y con una genuina participación popular. El salvajismo de Estados Unidos está planeado para llevar a cabo sus esperanzas y eliminar sus miedos. Los que se oponen a estas medidas políticas despreciables harán lo posible por frustrar la esperanza y hacer fructificar sus miedos.

4

La política de seguridad nacional

Hasta ahora he hablado de varios aspectos de la política exterior estadounidense, los planes, los principios y la ejecución de la misma. Ahora quisiera centrarme en un asunto diferente, pero relacionado con este: la política de seguridad nacional, la carrera armamentista y la amenaza de una guerra nuclear.

El primer punto que hay que subrayar, aunque debería ser obvio, es que la situación es bastante seria. Existe el peligro de una guerra nuclear terminal. Nadie puede medir con precisión el grado exacto de ese peligro, pero la probabilidad de una catástrofe es demasiado grande como para que cualquier persona cuerda la acepte con ecuanimidad.

El uso de armas nucleares se ha contemplado varias veces en el pasado, y en algunos casos los pasos que se dieron implicaron riesgos sustantivos. Un estudio del *Brookings Institution* hecho por Barry Blechman y Stephen Kaplan, basado en documentos dados a conocer recientemente por el Mando Aéreo Estratégico, registra 19 casos entre 1946 y 1973 en los cuales Estados Unidos desplegó armas nucleares estratégicas o las puso en estado de alerta, listas para ser usadas. La frecuencia de estas ocasiones indica que el liderazgo nacional siempre ha considerado el uso de las armas nucleares como una opción política viable. Hubo otros casos en los cuales se consideró el uso de tales armas (incluso se amenazó con usarlas), o momentos en los cuales tensiones internacionales llevaron a las superpotencias casi a un enfrentamiento que podría haber conducido a la utilización de las mismas. Con respecto a las armas nucleares tácticas, conviene recordar el planteamiento del general Nathan Twining, jefe del Estado Mayor Conjunto durante la presidencia de Eisenhower. A mediados de los años sesenta escribió que si esas armas «fueran usadas una o dos veces en los blancos adecuados y en el momento propicio, detendrían, en mi opinión, la agresión *actual*, la subversión *futura* y las guerras limitadas antes de que empezaran» (el subrayado es suyo). Con la «agresión actual» se refería obviamente a la «agresión interna» de los vietnamitas contra los invasores norteamericanos y sus ejércitos clientes. Citó varios ejemplos para ilustrar lo que quería decir con «subversión»: Cuba, Congo y Vietnam, tres países donde la subversión realmente había cundido, incluyendo atentados para asesinar a los dirigentes políticos (como ocurrió en Congo y Vietnam), o sea, la subversión patrocinada por Estados Unidos. La idea de que sería apropiado utilizar armas nucleares para «impedir la subversión *futura*» llama la atención y excede las pautas (por lo menos en la discusión pública), aunque el concepto del general Twining de «subversión» y «agresión» es bastante normal. Recuerden que bajo los principios

orwellianos de la lógica occidental, Estados Unidos, por definición (aunque no de hecho), no puede ser un agente de subversión ni de agresión; de ahí que, por simple lógica, los enemigos de Estados Unidos tengan que ser los culpables de la subversión y de la agresión en sus propios países si se comportan de una manera desagradable al amo y contradicen sus proyectos.

Es fácil imaginar, dicho sea de paso, la reacción de Occidente si algún general soviético, o Moammar Kaddafi o Khomeini, llegaran a emitir pronunciamientos similares acerca del uso de las armas nucleares.

Algunos de los 19 incidentes donde estuvo comprometido el uso de las fuerzas nucleares estratégicas de Estados Unidos son sorprendentes. Por lo menos, a mí me sorprendieron cuando me enteré. Uno de ellos fue, por ejemplo, una elección en Uruguay en 1947. Otro, el golpe de la CIA en Guatemala en 1954. Como parte de la planificación de trasfondo, Estados Unidos mandó bombarderos con armas nucleares a Nicaragua, «aparentemente como señal del compromiso norteamericano», observan Blechman y Kaplan. Y es que la necesidad de destruir la democracia guatemalteca fue tomada muy en serio.

Esto tuvo lugar antes de que las cosas se pusieran mal en Nicaragua. Esos fueron «los buenos tiempos de antaño», cuando el país todavía servía como base para el terrorismo, la subversión y la agresión estadounidense en «nuestra regioncita de por aquí» y, por tanto, no había ninguna necesidad de que los humanistas occidentales se angustiaran por la democracia y los derechos humanos en Nicaragua, o con llevar a cabo una guerra terrorista para devolver al país a su rumbo apropiado.

El más famoso de los 19 incidentes fue la crisis de los cohetes cubanos. Los planificadores estadounidenses calcularon que la probabilidad de una guerra estaba entre el 30 y el 50% en el momento en que rechazaron la oferta de Khrushchev de terminar la crisis mediante el retiro simultáneo de los cohetes soviéticos de Cuba y de los cohetes norteamericanos de Turquía. Estos últimos eran obsoletos (iban a ser reemplazados con cohetes submarinos Polaris) y la orden de retirarlos ya había sido emitida aunque no ejecutada. Las élites estadounidenses han visto con orgullo su decisión. El principal estudio sobre la crisis, llevado a cabo por el profesor de Harvard Graham Allison, describe el manejo de esta como «uno de los mejores ejemplos de prudencia diplomática» y posiblemente como el mejor momento de la presidencia de John F. Kennedy. Al mismo tiempo señala que «si hubiera sobrevenido la guerra, hubiese significado la muerte de 100 millones de norteamericanos, más de 100 millones de rusos y de millones de europeos». Esta reacción hacia lo que sin duda debería ser uno de los puntos más bajos de la historia humana, reacción compartida ampliamente, debería ser motivo de gran preocupación para la gente cuerda.

Hoy día Turquía sigue siendo la avanzada nuclear principal de Estados Unidos, con aviones cargados con armas nucleares apuntando hacia la Unión Soviética, en continuo estado de «alerta». Turquía también forma parte de la red de bases que

circundan las regiones petrolíferas del Oriente Medio, «una estupenda fuente de poder estratégico y uno de los premios materiales más grandes de la historia mundial», tal como el Departamento de Estado escribió en 1945. Una de las principales funciones de las fuerzas nucleares estratégicas de Estados Unidos, tanto en Turquía como en otras partes, es la de impedir lo que se llamaría «agresión soviética», o sea, una respuesta soviética si Estados Unidos envía fuerzas militares a esa región para «defenderla» contra la «agresión interna».

La región de Centroamérica y el Caribe sigue siendo un posible punto de conflicto que podría conducir a un enfrentamiento nuclear. Supongamos que el ejército sustituto de Estados Unidos que ataca a Nicaragua actualmente resultara inadecuado para las tareas que se la asignaron: aterrorizar y destruir lo suficiente como para impedir las reformas sociales, «aumentar la disidencia doméstica dentro del país» y forzar el gobierno a demostrar «la supuestamente inherente naturaleza totalitaria del mismo», eliminando las libertades cívicas, una de las metas de las operaciones norteamericanas según el testimonio de David MacMichael ante la Corte Internacional de La Haya, que cité en la última conferencia. Si los ejércitos de «la contra» no logran estos admirables objetivos, Estados Unidos podría buscar otros medios. Una posibilidad, como MacMichael ha sugerido en otra parte, sería la de bloquear el transporte marítimo a Nicaragua, quizá con los mismos barcos veloces *Piranha* utilizados por la CIA en anteriores operaciones terroristas. Ya se han formulado propuestas como esta, por ejemplo, la del senador Dave Durenberger, presidente del Comité Selecto en Inteligencia. Nicaragua no tiene la capacidad de reaccionar, pero sí Cuba y la Unión Soviética. La suposición de los planificadores estadounidenses es que, tal como ocurrió en el pasado, la Unión Soviética se retirará de un enfrentamiento que pudiera conducir a una guerra nuclear. Si lo hiciera, se habría iniciado el bloqueo, con la esperanza de que Nicaragua se encontrara pronto indefensa contra los ataques, mientras la población no pudiera o no quisiera aceptar la carencia y el sufrimiento inevitables, resultado de un bloqueo eficaz.

Si la Unión Soviética y Cuba respondieran a estos actos de violencia, provocarían una protesta histérica en Estados Unidos, orquestada por el aparato propagandístico estatal con la participación de los medios de comunicación en la manera usual y familiar. El Secretario de la Marina, John Lehman, ha vaticinado que cualquier intento estadounidense de imponer un bloqueo a Nicaragua podría desencadenar un conflicto naval entre la Unión Soviética y Estados Unidos, el cual se volvería instantáneamente una guerra global. Es poco probable que un enfrentamiento de esta naturaleza pueda ser limitado; podría muy bien significar el final de la historia de la humanidad.

Repito, nadie es capaz de hacer un cálculo realista sobre la probabilidad de que ocurran tales acontecimientos. De hecho, es probable que la Unión Soviética no estuviera dispuesta a correr los riesgos. Pero nadie puede estar seguro de ello y los enfrentamientos se pueden escapar de la mano de maneras impredecibles.

Durante los últimos veinte años, el peligro principal se ha encontrado lejos, en el Oriente Medio, un área de inmensa importancia estratégica debido a sus recursos energéticos que no tienen par y que ha sido controlada sobre todo por Estados Unidos, desde que logró desplazar a Francia y a Gran Bretaña durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos con seguridad no toleraría ninguna acción soviética que pusiera en peligro su dominio sobre las principales regiones petrolíferas. El nivel de armamentos dentro de la región es fenomenal, las superpotencias están instaladas con grandes fuerzas en la periferia y la región está convulsionada por muchos conflictos serios. Entre ellos, el más amenazador para la paz mundial es el ya duradero conflicto árabe-israelí.

Desde los principios de los años sesenta, los planificadores estadounidenses consideran Israel cada vez más como una «pieza estratégica» que sirve como barrera al «nacionalismo árabe radical» (para traducir de la nueva semántica: movimientos nacionalistas que no siguen instrucciones de Estados Unidos a diferencia de los elementos «moderados» que entienden su debido lugar). La guerra árabe-israelí en 1967 solidificó esta relación cuando Israel aplastó la amenaza «nacionalista radical» de Nasser. Los acontecimientos posteriores han extendido aún más esa relación. Por tanto, Estados Unidos ha bloqueado la posibilidad —muy verdadera, durante los últimos quince años— de un arreglo político, contando para ello con un consenso internacional muy amplio que garantiza la seguridad y la integridad territorial de todos los estados de la región, incluyendo a Israel y a un nuevo estado palestino en la faja occidental ocupada y en el estrecho de Gaza. Mientras continúe el enfrentamiento militar, Israel dependerá totalmente de Estados Unidos y, por tanto, será un Estado altamente militarizado, con tecnología avanzada, al servicio de sus intereses estratégicos, y hará de gendarme del Oriente Medio, disponible en tanto «Estado mercenario», para cumplir las misiones estadounidenses, como, por ejemplo, El Salvador en Centroamérica, durante la última década.

Este duradero enfrentamiento militar en la región, que regularmente estalla en guerra y que probablemente volverá a estallar, también lleva consigo riesgos constantes de un enfrentamiento de las superpotencias. En 1983, Robert McNamara comentaba que «casi tuvimos una guerra» en junio de 1967, cuando Estados Unidos «hizo retroceder un portaviones soviético en el Mediterráneo» durante la guerra árabe-israelí; en aquel entonces McNamara era el secretario de defensa del gobierno de Johnson. Aunque no dio más detalles, es probable que el incidente tuviera lugar durante la conquista israelí de las alturas de Golán después del alto el fuego, hecho que suscitó severas amonestaciones por parte de la Unión Soviética. Las flotas soviéticas y estadounidenses estaban en el Mediterráneo oriental. Durante la guerra hubo varias comunicaciones por el «teléfono de emergencia», las cuales aparentemente tuvieron naturaleza amenazadora. En cierto momento, según McNamara, el *premier* soviético Kosygin advirtió a Johnson por dicho teléfono que «si ustedes quieren la guerra, la tendrán». En 1973, Estados Unidos puso una alerta

nuclear estratégica en respuesta a una amenaza soviética a Israel, cuando sus fuerzas, después del alto el fuego, estaban tratando de destruir al Tercer Ejército egipcio, al cual tenían rodeado. El ejército israelí estaba en posición de cañonear Damasco. Durante la invasión israelí del Líbano en 1982, apoyada todo el tiempo por Estados Unidos, las flotas soviética y estadounidense de nuevo estuvieron cerca de un enfrentamiento directo y hubo amonestaciones soviéticas si Israel aumentaba su ataque contra Siria, un aliado soviético. Las tensiones continuaron cuando Estados Unidos desembarcó a los *marines* en el Líbano en un intento de respaldar al gobierno impuesto por Israel, después de que la resistencia libanesa forzó a este a retirarse de la mayor parte del territorio que había conquistado. Una guerra sirio-israelí no es poco probable; muchos expertos militares en Israel la consideran como virtualmente inevitable; su única duda es respecto a la fecha. Si esto no tiene lugar, otra vez habría peligro serio que podría comprometer a las superpotencias, llevándolas a un enfrentamiento directo y probablemente a la guerra nuclear.

Estos ejemplos ilustran lo que con seguridad es la mayor amenaza de guerra nuclear. Al contrario de lo que habitualmente se sostiene, existen pocas probabilidades de una guerra en torno a problemas europeos o una incursión soviética en el Golfo Pérsico, la fantasía de principios de los años ochenta. Esto nunca ha sido probable, aparte de algunos conflictos sobre el estado de Berlín en años anteriores. Aunque Europa muy bien podría verse comprometida en una guerra que estallara por tensiones en otras partes. El peligro primordial de una guerra nuclear deriva de lo que a veces se llama «la conexión mortífera», o sea, la posibilidad de un conflicto en el Tercer Mundo que llegara a intensificarse hasta hacerse incontrolable, comprometiendo así a las superpotencias. Desde mediados de los sesenta, el mayor peligro los constituye con mucho el Oriente Medio, pero la amenaza no es pequeña en otras partes, incluyendo Centroamérica. En estas y otras regiones, la política estadounidense constituye el factor principal, aunque no el único, en cuanto a estimular y mantener tensiones y conflictos que podrían conducir a una guerra nuclear.

La amenaza de una guerra nuclear es grave, pero los problemas que constituyen el foco de la mayor parte de la discusión son de poca importancia y el debate mismo está, con frecuencia, seriamente mal enfocado. Los principales problemas que se discuten actualmente tienen que ver con la cantidad de armas estratégicas desplegadas y «la Guerra de las Galaxias» de Reagan. Con respecto a lo primero, comúnmente se observa que el número de ojivas y cohetes desplegados por las superpotencias es tan enorme y su fuerza destructiva tan grande que cada una de ellas podría destruir a la otra muchas veces, y con ello a una gran parte del mundo. Aunque se redujeran los cohetes y las ojivas a una pequeña fracción de los arsenales existentes, las consecuencias de un intercambio serían intolerablemente graves, no existe ninguna relación obvia entre el tamaño de los arsenales nucleares y la posibilidad de su utilización.

La mayor parte del debate actual sobre la Guerra de las Galaxias está centrado en si el sistema funcionará; «las palomas» dicen que no y «los halcones» dicen que posiblemente. De hecho, el sistema es mucho más peligroso en la medida en que parece probable que funcione. Por supuesto, nunca defenderá a ningún país contra un primer golpe; solamente los fanáticos pueden creer semejante fantasía. Pero es concebible que pudiera limitar los daños de un golpe de represalia, minando así el poder disuasivo del adversario (aunque, incluso esto es poco probable; aun sin ser experto, uno puede tener cierto grado de confianza en que una tecnología extremadamente compleja, que, por la naturaleza del caso no puede ser totalmente puesta a prueba, no va a funcionar bien). El adversario tendrá que hacer un análisis del «caso peor», suponiendo que el sistema pudiera funcionar y deberá hacer sus planes de acuerdo con esto. En épocas de crisis, sin tiempo para deliberar, el análisis del caso peor podría motivar un primer golpe desesperado, dado que la capacidad de represalia estará desafinada. Así es exactamente como Estados Unidos respondería si la Unión Soviética tuviera la capacidad de desplegar un escudo defensivo de eficacia limitada; y no hay razón alguna para dudar que los planificadores soviéticos emplearían el mismo razonamiento. El desarrollo de tales sistemas «defensivos», por tanto, aumenta sustancialmente la probabilidad de recurrir a las armas nucleares en un momento de crisis; además, los componentes del sistema no son, en manera alguna, solo «armas defensivas».

Aparte de «la conexión mortífera», la amenaza principal de la guerra nuclear radica en los continuos avances técnicos de los armamentos: el desarrollo de armas ofensivas sumamente certeras y destructivas, quizá imposibles de detectar, además de los sistemas supuestamente defensivos, como los de la Guerra de las Galaxias. Sistemas como estos obligan al adversario a adoptar contramedidas extremadamente peligrosas, como, por ejemplo, estrategias de respuesta programadas por computadoras, delegando previamente la autoridad a oficiales de bajo nivel. Los cohetes, sumamente certeros en un corto tiempo de vuelo, minimizan la oportunidad de intervención humana y, a la vez, amenazan con destruir la fuerza de disuasión y con «descabezar» el alto mando. Por tanto, obligan a que el adversario confíe en oficiales de bajo nivel y en estrategias de «lanzamiento contra advertencia», controladas por computadoras. Aún hoy día los comandantes de los submarinos estadounidenses tienen una autoridad considerable para lanzar un golpe nuclear, asunto tratado recientemente por Desmond Ball en la revista *International Security*. Lo mismo se puede decir de la Guerra de las Galaxias de Reagan, la cual también aumenta la probabilidad de un primer golpe desesperado, por las razones ya mencionadas.

Sabemos que los sistemas de computadoras estadounidenses han fallado con frecuencia; ha habido numerosas ocasiones en las que un fallo técnico o una mala interpretación de los datos recibidos podrían haber desencadenado un golpe nuclear, abortado gracias a la intervención humana. Los sistemas soviéticos son, con

seguridad, mucho más ineficaces y fallarán con mucha mayor frecuencia. Al obligar a la Unión Soviética a aumentar su dependencia de tales sistemas, Estados Unidos está poniendo en peligro su propia seguridad y la posibilidad de la sobrevivencia humana.

Los principales sistemas de armas desplegados actualmente por Estados Unidos tienen precisamente este efecto. Los cohetes *Trident* lanzados por submarinos, los cuales son sumamente certeros, rápidos y muy destructivos, amenazan la fuerza de disuasión ubicada en la tierra, en la cual confía la Unión Soviética. Por tanto, estas armas impulsan a la Unión Soviética a adoptar contramedidas que amenazan en extremo la seguridad estadounidense, como el caso de la Guerra de las Galaxias de Reagan. Los sistemas de armas que se desarrollan y se despliegan hoy en día en Estados Unidos amenazan su propia seguridad e incrementan la probabilidad de su propia destrucción, aunque sea por inadvertencia, error o mal cálculo en momentos de crisis. Además, la Unión Soviética, tarde o temprano, copiará esta tecnología militar, forzando así a Estados Unidos a la misma loca dependencia de sistemas de respuesta programadas por computadoras que están destinadas a fallar; a la previa delegación de autoridad, con sus enormes riesgos, y a los «análisis del caso peor» que aumentarán la probabilidad de un primer golpe en tiempo de crisis.

Resumiendo, existen serias amenazas de guerra, pero estas no tienen mayor importancia en el debate actual entre «los halcones» y «las palomas». Los «halcones» advierten sobre la posibilidad de un ataque soviético contra Europa occidental o sobre una incursión en el Golfo Pérsico, eventualidades muy remotas, salvo en el contexto de un conflicto que surja a causa de otros problemas. «Las palomas» lamentan el tamaño de los arsenales nucleares y la incapacidad de la Guerra de las Galaxias para alcanzar los objetivos proclamados. La primera preocupación no trata el fondo del problema y la última está mal planteada, tal como ya dijimos. Los problemas reales están en otra parte. En un lugar destacado están las intervenciones en el Tercer Mundo porque ellas establecen la «conexión mortífera» y el constante progreso técnico en el diseño de las armas. En ambos casos, las decisiones políticas estadounidenses incrementan la amenaza de una guerra nuclear y la probabilidad de una autodestrucción, a causa del papel central que implica el mantener y agravar las tensiones en el Tercer Mundo, las cuales podrían dar lugar a enfrentamientos por parte de las superpotencias y a desarrollar armas más avanzadas. Pero estas preocupaciones causan poca inquietud en los planificadores y solo ocupan un lugar en el debate actual. Estados Unidos está decidido a intervenir en el Tercer Mundo y se dispone a conseguir avances técnicos en el armamento, a pesar de la amenaza seria que esto le plantea a su propia seguridad.

Estas consideraciones levantan el telón de un pequeño secreto sucio: la seguridad es, cuando mucho, una preocupación trivial para sus planificadores.

Un vistazo a la planificación estratégica sugiere conclusiones similares. Los analistas estratégicos observan con frecuencia que la planificación parece ser sumamente irracional. Volvamos de nuevo al caso de la Guerra de las Galaxias.

Cualesquiera que sean las escasas perspectivas que ofrezca este sistema para defender el territorio nacional, estas dependen crucialmente de la reducción general de las fuerzas ofensivas, para prevenir que el adversario sature el sistema con nuevas armas ofensivas. Pero otros programas vigentes en Estados Unidos, tales como los cohetes *Trident*, garantizan que la Unión Soviética tome el mismo camino, aumentando así su capacidad ofensiva. La actitud generalmente evasiva de Estados Unidos respecto al control de armamentos tiene las mismas consecuencias. Además, un sistema de defensa contra cohetes balísticos, como el de la Guerra de las Galaxias, requiere que el adversario coopere no desplegando armas que circunvalen el sistema, como por ejemplo los cohetes cruceros. Al mismo tiempo que el gobierno de Reagan se adelanta con la Guerra de las Galaxias, está desplegando centenares de cohetes cruceros en el mar, en vez de buscar negociaciones que prohíban tales armas. Por consiguiente, la Unión Soviética con seguridad hará lo mismo dentro de pocos años. Como varios analistas han comentado, «de no ser restringidos por el control de armamentos, estos cohetes cruceros marítimos de los soviéticos suministrarán una excelente contrapartida al sistema de defensa estadounidense contra cohetes balísticos, por efectivo que sea ese sistema». En realidad, los soviéticos tienen una marcada ventaja geográfica para desplegar los cohetes cruceros marítimos, debido a las largas costas estadounidenses y a que la mayoría de la población norteamericana está concentrada en esas regiones. No hay ninguna esperanza de que un sistema de defensa contra los cohetes balísticos ni ningún otro tipo de defensa estratégica disminuya la amenaza nuclear, a menos que se establezcan restricciones sobre la producción y el despliegue de cohetes cruceros marítimos y de cualquier otro tipo de cohetes cruceros, pese al problema de verificación que plantearían para el control de armamentos (Jeffrey Boutwell y F. A. Long).

La irracionalidad evidente de estos programas en su conjunto sugiere de nuevo que la seguridad no es una fuerza motriz, sean cuales fueren las explicaciones tortuosas que se ofrezcan.

¿Por qué todos los gobiernos estadounidenses se han empeñado en esta carrera hacia la destrucción? Existe una respuesta convencional: es necesario defenderse contra el Imperio del Mal empeñado en destruir a Estados Unidos, «la conspiración monolítica y despiadada» para conquistar el mundo, en palabras de John F. Kennedy. Pero esta respuesta convencional ofrece poca información, dado que es totalmente predecible, sean cuales fueren los hechos. Las acciones agresivas y militares de todos los estados se justifican invariablemente como medidas de «defensa». La agresión de Hitler en Europa oriental se justificó como una defensa contra «un puñal dirigido al corazón de Alemania» (Checoslovaquia), contra la violencia y la agresividad de los polacos, contra el aislamiento de parte de los poderes imperialistas que buscaban estrangular a Alemania. Su invasión a los Países Bajos y a Francia también fue «defensiva», una respuesta a los actos hostiles de Francia e Inglaterra, que estaban empeñadas en la destrucción de Alemania. Si tuviéramos los documentos,

probablemente descubriríamos que Atila, el huno, estaba actuando en defensa propia. Dado que las acciones de los estados siempre se justifican en términos de defensa, cuando ciertas acciones específicas se justifican con esos argumentos, se trata, obviamente, del vocero de algún Estado.

Para evaluar la retórica defensiva es necesario investigar las circunstancias y los documentos históricos. Al hacerlo, generalmente se encuentra poco mérito en las aseveraciones, y el caso actual no es ninguna excepción. Hoy en día, la política internacional y de seguridad amenazan gravemente la seguridad de Estados Unidos. Y esta no es la primera vez.

Consideremos la situación de 1950, cuando empezó el primer incremento grande de postguerra del sistema militar y se triplicó el presupuesto. La explicación convencional afirma que esto sucedió como reacción a la guerra de Corea, la cual fue interpretada como prueba de la intención de Moscú de conquistar el mundo. El argumento tiene poca credibilidad. Para empezar, la propuesta de llevar a cabo una enorme expansión del sistema militar como parte de una «estrategia de marcha atrás» contra la Unión Soviética fue hecha en el NSC-68, varios meses antes de la guerra de Corea, como mencioné en la primera conferencia. Por tanto, difícilmente podría haber sido una reacción a la agresión soviética en Corea. Además, no había ninguna prueba entonces, ni la hay hoy día, de que la invasión de Corea del Norte fuera una iniciativa soviética; más bien, los planificadores estadounidenses se agarraron a la invasión para justificar los planes expuestos en el NSC-68, a los cuales se habían comprometido por razones muy distintas. Como planteé anteriormente, lo que llamamos la «guerra de Corea» fue solamente una fase de un conflicto mucho mayor, el cual empezó cuando Estados Unidos, con gran brutalidad, destrozó el movimiento nacional de Corea a fines de los años cuarenta y bloqueó la unificación del país, ampliamente anhelada por los nacionalistas coreanos tanto del sur como del norte. De hecho, a fines de los años cuarenta, hubo frecuentes incidentes fronterizos, la mayoría de los cuales se iniciaron en el sur. De todas maneras, es imposible, en este caso, tomar en serio la retórica defensiva.

Además, consideremos el estado general de la seguridad estadounidense en 1950. Como he dicho en las conferencias anteriores, Estados Unidos emergió de la Segunda Guerra Mundial en una posición de poder, como pocos, si es que había algún precedente histórico, contando con aproximadamente la mitad de la riqueza mundial y totalmente protegido contra cualquier ataque. No tenía ningún enemigo en el Hemisferio Occidental y controlaba los dos océanos y grandes áreas que se extendían más allá de sus fronteras. Existía, en realidad, una amenaza potencial a la seguridad estadounidense: el desarrollo de los cohetes balísticos intercontinentales (ICBM) con ojivas (bombas de hidrógeno) sumamente destructivas. Si hubiera existido una preocupación por la seguridad, obviamente, esta habría aconsejado hacer esfuerzos para prevenir el desarrollo de tales sistemas de armas, los únicos que podrían amenazar a Estados Unidos. Los documentos no muestran ningún intento de tal

naturaleza, pese a que, probablemente, habría sido posible impedir el desarrollo y el despliegue de dichas armas. No fue sino hasta los años setenta que la Unión Soviética tuvo la capacidad de tener ICBM habiendo así un tiempo amplio para negociar el asunto. Tales negociaciones nunca tuvieron lugar, ni siquiera, hasta donde sabemos, las contemplaron seriamente los planificadores estadounidenses. La analogía con el caso actual de los cohetes crucero marítimos, los cohetes *Trident*, la Guerra de las Galaxias y otros sistemas militares que amenazan la seguridad estadounidense, es evidente. Una vez más, parece que la seguridad ha sido un asunto de mínima preocupación para los planificadores norteamericanos. La primera gran expansión del sistema militar estadounidense tuvo lugar a principios de los años cincuenta, pero no por razones de seguridad ni tampoco motivada por la protección de los aliados, tanto europeos como no europeos, según ya hemos dicho. Lo mismo que se puede decir de la siguiente expansión importante, durante el gobierno de Kennedy, la cual desencadenó la fase actual de la carrera de armamentos al desplegar 1000 cohetes *Minuteman* y otros programas, incluyendo una inversión sustantiva en la contrainsurgencia (lo cual significaba la intervención en el Tercer Mundo), tanto como el cambio crucial en la misión de los militares latinoamericanos con las consecuencias calamitosas que mencioné en la última conferencia. En este caso, la excusa oficial fue la «disparidad de cohetes». Durante la campaña presidencial de 1960, los liberales de Kennedy denunciaron a Eisenhower en términos parecidos a los que utilizaron los reaganianos contra Jimmy Carter en la campaña de 1980. Eisenhower era débil e indeciso. Estaba malgastando la riqueza nacional en lujos mientras los rusos aumentaban continuamente su fuerza, amenazando con tener una ventaja decisiva en cohetes, la cual los capacitaría para destrozar a Estados Unidos y conquistar el mundo. Eisenhower respondió que no existía la «disparidad de cohetes», y tenía razón. La «disparidad de cohetes» era tan fraudulenta como la «disparidad de bombarderos» que la precedió. De hecho, existía una «disparidad de cohetes», pero favorecía a Estados Unidos con un margen de aproximadamente 10 a 1. En aquel entonces, los rusos contaban con *cuatro* cohetes operativos, que eran vulnerables y que fácilmente habrían podido ser destruidos.

El gobierno de Kennedy descubrió rápidamente que no existía ninguna «disparidad de cohetes» en favor de la Unión Soviética; probablemente sus estrategas siempre lo supieron, pero consideraron que este hecho no tenía ninguna importancia. En un memorándum interno, el consejero de seguridad nacional, McGeorge Bundy, dijo que la frase «disparidad de cohetes» había tenido un «útil efecto taquigráfico para llamar la atención a… nuestra postura militar básica», es decir, la escalada en la carrera armamentista y la expansión de la capacidad de intervención. Por tanto, el aumento de armamentos debía continuar, a pesar de la excusa claramente engañosa. Una vez más, el problema no fue la seguridad.

Lo mismo se puede decir de la escalada militar actual, la más rápida y extrema desde la Segunda Guerra Mundial. Los planes de expansión del sistema militar y la

reducción de los programas sociales fueron diseñados por el gobierno de Carter antes de las crisis de los rehenes en Irán y de la invasión soviética de Afganistán, las cuales suministraron un pretexto para llevarlos a cabo. Posteriormente, esta política se ha expandido significativamente con Reagan —aunque su presupuesto militar sigue, en líneas generales, las proyecciones del gobierno de Carter— pretextando una «ventana de vulnerabilidad», lo cual es tan fraudulento como la «disparidad de cohetes», y ya todos lo han reconocido, incluso los voceros de su gobierno. La escalada de armamentos ha sido acompañada de una serie infinita de falsedades acerca de la supuesta superioridad militar de los soviéticos y de las amenazas a la existencia de Estados Unidos. Como en los otros casos que he tratado, el fraude esconde las razones verdaderas de la escalada militar y de la expansión general del sistema en la presidencia Reagan. El fraude es un componente central. Prescindiendo de las razones, el problema de la seguridad contra un ataque armado a Estados Unidos o a sus aliados, obviamente, no tiene ninguna importancia para ellos.

Una evidencia adicional de que la seguridad es, como mucho, un problema marginal, es suministrada por la reacción actual de Estados Unidos a las propuestas de Gorbachev para el desarme. Dichas propuestas incluyen una prohibición unilateral de pruebas de armas nucleares, puesta en práctica por la Unión Soviética durante seis meses, en agosto de 1985, y renovada en 1986; una propuesta para la abolición simultánea del pacto de Varsovia y de la alianza militar de la OTAN; y una propuesta para retirar las flotas soviéticas y estadounidenses del Mediterráneo, paso que disminuiría drásticamente la amenaza de la «conexión mortífera», surgida de los conflictos en el Oriente Medio. Estas propuestas han sido dejadas de lado o sencillamente han sido ignoradas por Estados Unidos, otra vez engañando sustancialmente. Los medios serviles han hecho eco de tales mentiras. En el caso de la prohibición de las pruebas nucleares, por ejemplo, el gobierno de Reagan reaccionó aseverando que no tenía sentido, porque la Unión Soviética acababa de terminar una serie acelerada de pruebas. Dicha aseveración, lealmente reiterada por la prensa nacional, era un engaño total. La Unión Soviética había hecho menos pruebas que en el año anterior, había hecho menos pruebas que Estados Unidos en 1985 y muchas menos pruebas en total que Estados Unidos. Sin embargo, la iniciativa de Gorbachev fue descartada, junto con otra serie de propuestas, las cuales, de haber tenido acogida, habrían podido conducir a una disminución significativa de las tensiones internacionales, y por eso mismo eran inaceptables. «Las palomas» argumentaban que la confianza en dichas armas se puede mantener con pruebas que no impliquen la explosión de dichos artefactos. Si la posición del gobierno es correcta, prohibir las pruebas sería sumamente beneficioso para la seguridad estadounidense, y de hecho sería un paso hacia la supuesta meta de la Guerra de las Galaxias: salvaguardar a Estados Unidos de un primer golpe soviético. La potencia que se atreva a lanzar el primer golpe habrá de tener una confianza enorme en su sistema de armamentos, a menos que la acción sea llevada a cabo por desesperación o

sin la intervención humana, bajo las condiciones que mencioné antes en relación con las consecuencias de la actual postura militar estadounidense. Las armas que den el primer golpe deberán funcionar casi a la perfección, o de lo contrario el enemigo responderá con un devastador golpe de represalia. De hecho, todo esto es fantasía; sin embargo, sigamos con el argumento. Si una prohibición de pruebas erosionara la confianza en las armas, la probabilidad de un primer golpe contra Estados Unidos disminuiría, y, por tanto, la seguridad estadounidense aumentaría. Pero esta erosión de confianza no afectaría a la fuerza disuasiva, la cual no requeriría de nada que se aproxime al funcionamiento impecable. Si solamente una fracción de las armas nucleares disponibles alcanzara sus blancos, el resultado sería una catástrofe abrumadora. Por tanto, si el gobierno tiene razón en lo que asevera, solo por ello debería estar a favor de la prohibición de las pruebas.

De hecho, una prohibición amplia de las pruebas de armas nucleares, combinada con una prohibición de las pruebas de cohetes erosionaría probablemente la confianza en dichas armas, hecho reconocido por todas las partes, disminuyendo así la probabilidad de un primer golpe, sin afectar la fuerza disuasiva. Sería una alternativa segura, sin costos, verificable y eficaz, a la Guerra de las Galaxias (o mejor dicho, a los supuestos propósitos de la Guerra de las Galaxias). Pero el gobierno de Reagan no tiene ningún interés en esas propuestas, como tampoco lo tiene la oposición política ni los medios de comunicación de masas, salvo algunos elementos bastante marginales. Estas son dos opciones políticas viables para el sistema político. Una vez más debemos llegar a la conclusión de que las consideraciones de seguridad apenas son operativas en el mundo de planificación de la seguridad nacional, si es que existen.

La prohibición de pruebas ilustra otro hecho crucial: la casi total irrelevancia de la opinión pública. El público apoya una prohibición de pruebas nucleares en una proporción de 3 a 1, aproximadamente. La mayoría ha expresado su apoyo a una prohibición unilateral de pruebas por parte de Estados Unidos. No conozco ninguna encuesta que pregunte si Estados Unidos debe unirse a la prohibición unilateral soviética de pruebas. De hecho, es probable que solamente una pequeña fracción del público sepa que existe, dada la eficacia de los medios en ocultar la noticia, desde agosto pasado. Una prohibición de pruebas parece factible, debido a que está apoyada por la Unión Soviética y, abrumadoramente, por la opinión mundial, como queda continuamente demostrado en las Naciones Unidas, donde Estados Unidos ha formado parte de una pequeña minoría o se ha encontrado completamente solo al oponerse a tal medida. Especialistas altamente calificados han atestiguado que no existe ningún problema serio de verificación. Por tanto, una extensa prohibición de pruebas, particularmente si estuviera combinada con la prohibición de probar cohetes, es una medida política factible, apoyada de manera arrolladora por la opinión mundial e incluso por la doméstica, y sería altamente beneficiosa a la seguridad estadounidense. Pero esta no es una opción política. En las elecciones de 1984, por

ejemplo, los demócratas no insistieron en el tema, exceptuando unos cuantos gestos retóricos, pese al apoyo del 75% de la población a favor de una prohibición: un porcentaje extremadamente alto, particularmente cuando se tiene en cuenta el apoyo tan limitado de los medios de telecomunicación a esta propuesta. Hoy en día, la perspectiva está aún más lejos del escenario político que lo estuvo en ese entonces, a pesar de los espectaculares gestos soviéticos, suprimidos en gran parte por las instituciones ideológicas de Estados Unidos.

Este breve recorrido sugiere algunas conclusiones interesantes. Parece bastante claro que las consideraciones de seguridad son de poco interés para la planificación de la seguridad nacional, y que la opinión pública es tan irrelevante como la factibilidad de las medidas que podrían aumentar la protección y la seguridad de Estados Unidos. Obviamente, preocupaciones serias, ocultas en la retórica convencional, deben estar llevando a la humanidad hacia la destrucción.

Existen en realidad preocupaciones serias y a veces incluso están expresadas en documentos públicos. En primer lugar, la retórica defensiva no es del todo fraudulenta. Simplemente deben tenerse en cuenta los métodos que hay que usar para traducir la convencional mistificación orwelliana al lenguaje común. Estados Unidos aboga por la defensa de la quinta libertad. Por tanto, debe defender los vastos dominios de su influencia y control del enemigo principal, la población nativa que a menudo codicia lo que George Kennan llamó «nuestros recursos», casualmente situados en sus tierras. Estados Unidos debe defenderse contra la «agresión interna», como explicó otra «paloma», Adlai Stevenson, en el caso de Vietnam. Debe «contenerse» a Nicaragua, como lo acordó todo el espectro político, o sea, defender «nuestra regioncita de por aquí» de la amenaza de un buen ejemplo. Sin duda a Estados Unidos le preocupa «asegurar» su acceso a los recursos, tanto humanos como materiales, en la Gran Área y asegurarse de que sus competidores entiendan que ellos tienen, cuando mucho, «responsabilidades regionales» dentro del «marco global del orden» mantenido por la potencia del norte. Existe, entonces, una preocupación real acerca de la «agresión interna» y, en años recientes, acerca de la amenaza planteada por centros de poder ascendentes, como el caso de Japón.

Con respecto al conflicto entre las superpotencias, no cabe duda de que cada una de ellas preferiría que la otra desapareciera, pero han entendido desde hace mucho tiempo que tal cosa sería imposible sin el aniquilamiento mutuo, a pesar del retorno de la retórica de reversión entre los elementos más fanáticos de hoy, algunos de los cuales se encuentran en el gobierno de Reagan. Como dije anteriormente, las superpotencias se han acomodado a un sistema de manejo global llamado «la guerra fría», en la cual cada una apela a la amenaza del enemigo global para justificar la violencia, la subversión, el terror y la agresión dentro de sus propios domicilios, que en el caso de Estados Unidos incluye a gran parte del mundo. Una acción de esta índole es una «defensa» contra el gran Satanás, una técnica normal para la movilización de las masas a lo largo de la historia. Cada superpotencia puede ayudar

a sus clientes a resistir el pillaje de la otra (aunque Estados Unidos considera que solamente él tiene dicha prerrogativa, de acuerdo con su posición más antigua en el consorcio del manejo global), y, por tanto, puede haber pequeñas rencillas en las regiones marginales. En general, el sistema es bastante estable en un plazo corto, pero está lleno de grandes peligros, incluyendo, en un plazo más largo, una catástrofe terminal, que los planificadores no toman en consideración.

La retórica defensiva es, por tanto, bastante exacta, pero tenemos que saber cómo interpretarla y entenderla. Estas realidades se reflejan de distintas maneras en el sistema militar, pero más obviamente en el despliegue de las fuerzas convencionales. Aproximadamente, el 75% del presupuesto militar de Reagan, por ejemplo, se dedica a las fuerzas convencionales, las cuales representan esencialmente la capacidad requerida para intervenir en orden a salvaguardar la Gran Área de una «agresión interna», la cual podría a veces contar con la ayuda del Imperio del Mal, de acuerdo con las frágiles y terriblemente peligrosas reglas de la guerra fría.

Pero las armas nucleares estratégicas no están destinadas a usarse en las intervenciones en el Tercer Mundo, aunque sí se podrían usar armas nucleares tácticas, según los preceptos del general Twining. Existen pruebas de que el gobierno de Nixon contempló el uso de armas nucleares durante la guerra de Vietnam y habría podido hacerlo si no hubiese sido por la creciente actividad del movimiento por la paz de entonces, punto que ha sido desarrollado particularmente por Daniel Ellsberg. ¿Por qué, entonces, Estados Unidos está tan profundamente empeñado en el continuo progreso de las armas estratégicas, cuando ello amenaza su propia sobrevivencia?

Estados Unidos tiene un compromiso profundo y continuo con la carrera de armamentos estratégicos, la cual, en mi opinión, no puede cambiar de rumbo sin hacer modificaciones institucionales importantes. Y esto, por dos razones fundamentales. La primera es que se necesita una postura de intimidación para asegurar que una intervención pueda seguir adelante impunemente bajo «el escudo nuclear». Por esta razón se requieren no solamente fuerzas convencionales, sino también un sistema de armas estratégicas. Tal como el Secretario de Defensa de Carter, Harold Brown, se lo explicó al Congreso en 1980, una vez que las capacidades estratégicas estadounidense hayan sido establecidas, «nuestras otras fuerzas llegarán a ser instrumentos significativos de poder militar y político». Esta misma observación también la hizo, en la misma época, Eugene Rostow, director de la Agencia de Control de Armas y Desarme, durante el primer período de Reagan. En 1979 escribió que el arsenal nuclear estadounidense es «el centro de una red de relaciones que definen tanto el poder político como militar de Estados Unidos». Nuestras fuerzas nucleares «proveen de una garantía nuclear a nuestros intereses en muchas partes del mundo, y nos hacen factible defender dichos intereses mediante la diplomacia o mediante el uso de nuestras fuerzas militares en el área». Suministran un «escudo» que nos permite continuar con nuestros «intereses globales» por «medios convencionales o fuerzas regionales», o sea, mediante la intervención, la

subversión, los estados clientes o mercenarios, etc.

Mucho antes, Paul Nitze, el autor del NSC-68, quien actualmente tiene mucha influencia en el gobierno de Reagan, había observado en un documento *top secret* (NSC-141, 1953) que los adelantos en las armas soviéticas podrían «imponer una mayor cautela en nuestras políticas de guerra fría», debido al temor a una guerra nuclear. Por tanto, Nitze abogó por una defensa civil, la cual superaría esta preocupación, observando también que un programa de tal naturaleza facilitaría un primer golpe. Dado que la defensa civil no es más que una fantasía, fue necesario superar aquella «mayor cautela» con el fortalecimiento del «escudo nuclear». Hay que notar que los mismos dos argumentos de Nitze, superar la cautela y facilitar un primer golpe, han sido utilizados de nuevo en las fantasías actuales sobre la Guerra de las Galaxias, pero lo más importante es que esos argumentos contribuyen al mantenimiento de una postura amenazante para que la «política de la guerra fría» de intervención y subversión pueda ser llevada a cabo sin mayores problemas.

Estas consideraciones suministran una razón sustancial para entender el compromiso estadounidense con la carrera de armamentos, pero también existe una segunda razón que apoya esto. Durante mucho tiempo, el sistema del Pentágono ha ofrecido una técnica por medio de la cual el Estado ha inducido al público a subvencionar a los sectores avanzados de la industria. El éxito de una economía coordinada por el Estado durante la Segunda Guerra Mundial enseñó a los directores de las corporaciones, quienes manejaron la economía de guerra, la lección del keynesianismo: la intervención masiva del Estado puede superar la crisis profunda del capitalismo. La lección fue particularmente sugerente al compararla con el fracaso de las mucho más limitadas medidas del «Nuevo Trato» (*New Deal*). Hay buenas razones, las cuales han sido claramente articuladas por los sectores privados, por las cuales el recurso al sistema del Pentágono —en realidad un mercado, garantizado por el Estado, para la producción de desechos de alta tecnología combinado con subvenciones públicas para la investigación y el desarrollo— es preferible a otras medidas keynesianas de subvención pública forzada para la así llamada «empresa privada». Privada en el sentido de que las ganancias son privadas, pero el público paga los costos de la investigación, el desarrollo, la protección de los mercados para la exportación y del acceso a los recursos y el nivel de producción (generalmente de armamentos). Este sistema, manejado por el Estado, proporciona a las corporaciones un amortiguador en épocas de recesión económica. A pesar del papel del Estado, las formulaciones ideológicas occidentales lo han llamado «libre empresa».

Contrariamente a muchos conceptos erróneos, las beneficiadas no son únicamente, ni siquiera primordialmente, las industrias militares. La base de una sociedad industrial moderna son las computadoras. Durante la fase costosa de la investigación y del desarrollo, la industria de las computadoras fue subvencionada por la población a través del sistema militar. Luego esa industria fue liberada para

hacer viables las ganancias, cuando ya se habían hecho suficientes progresos para crear un mercado. Esto sigue vigente hoy en día. Los costos sustanciales de la próxima generación de computadoras («la quinta generación de computadoras») están siendo sufragados por el pueblo a través del Pentágono; por la NASA (Administración Nacional Aéreo-Espacial), relacionada principalmente con lo militar, y por el Departamento de Energía, el cual maneja la producción de las armas nucleares. Cuando las computadoras más avanzadas lleguen a ser rentables, la empresa «privada» las venderá, una vez que el pueblo haya cumplido su función de subvencionar las primeras etapas costosas. Lo mismo se aplica a un amplio abanico de otras tecnologías avanzadas. Los desembolsos para la Guerra de las Galaxias, por ejemplo, corresponde en gran medida a los del sistema industrial coordinado por el Estado japonés, al cual Estados Unidos no puede imitar directamente por una serie de razones sociales e históricas.

La Guerra de las Galaxias es, de hecho, casi ideal para los propósitos actuales. Como en el caso del sistema del Pentágono, en general, podría ayudar a superar el problema del exceso de consumo y el nivel relativamente bajo de inversiones del cual padece la economía estadounidense; además, obliga al pueblo a subvencionar la industria de alta tecnología. Pero también ayuda a fomentar la carrera de armamentos y a mantener la confrontación internacional, suministrándole así beneficios a largo plazo al sistema de subvenciones públicas y de ganancias privadas a través del sistema militar.

La brillante eficacia del sistema propagandístico de Estados Unidos se manifiesta en la habilidad que este tiene para apropiarse del término «conservador» dentro del keynesianismo fanático del gobierno Reagan, el cual ha expandido el sector estatal de la economía más rápidamente que cualquier otro gobierno desde la Segunda Guerra Mundial, movilizando una enorme subvención pública para la industria de alta tecnología y sufragando los costos predecibles, particularmente un déficit enorme, el cual no preocupa a los planificadores de las corporaciones que controlan el sistema estatal. Dicho déficit es motivo, sin embargo, de una creciente preocupación entre otros sectores corporativos y financieros, los cuales no comparten la mentalidad de *aprè moi, le déluge* de los reaganianos, quienes están hipotecando el futuro del país. Al mismo tiempo, estos «conservadores» han introducido una serie de medidas para fortalecer el Estado, para protegerlo del escrutinio público y para restringir el debate libre y abierto, lo cual, junto con otras medidas, humillaría a los conservadores, si los hubiera.

El sistema de subvenciones públicas a la industria «privada» desarrollado en la época de postguerra tiene muchas consecuencias negativas para la economía. En primer lugar es muy ineficaz si se lo compara, por ejemplo, con el sistema japonés de coordinación directa estatal de la industria, enfocado hacia el mercado comercial. Transfiere algunos recursos intelectuales y materiales de la producción útil a la producción de desechos para el mercado estatal, el cual solo tiene viabilidad

comercial como producto subsidiario. La planificación racional a largo plazo se hace prácticamente imposible. Incluso dentro de los límites del dominio de la producción militar surgen problemas serios, ya que el Pentágono cada vez más tiene que fiarse de fuentes extranjeras (ocasionalmente, sucursales de corporaciones multinacionales con base en Estados Unidos) para conseguir los componentes de sus armamentos avanzados: una tendencia con significativas implicaciones a largo plazo. Existe, de hecho, un abanico de consecuencias perjudiciales, pero no es fácil dar con una alternativa que responda a la necesidad fundamental de preservar las prerrogativas de las empresas privadas, y a la de asegurar que el Estado cumpla con su función primordial: servir a los intereses del capital privado sin mejorar los públicos, los cuales podrían interferir con dicha prioridad central. Una vez establecido, el sistema desarrolla su propia dinámica, mientras las economías locales, la fuerza de trabajo y el capital privado dependen cada vez más de este para su sobrevivencia.

Volviendo a nuestro tema principal, hay muy buenas razones para explicar por qué los forjadores de la política estadounidense están tan empeñados en la carrera hacia la destrucción, y por qué las cuestiones de seguridad o de opinión pública deben ser marginadas de la planificación de la seguridad nacional. Partiendo de estas consideraciones del mundo real, también se puede entender la política estadounidense en lo que se refiere al control de armamentos. La ventaja comparativa de Estados Unidos ya no reside en la producción, sino en la innovación tecnológica, aunque hasta esta se está perdiendo, como resultado de la ineficacia del sistema del Pentágono de subvención pública a la industria «privada». Estados Unidos, por tanto, vería con buenos ojos una reducción de las armas nucleares —asunto de importancia menor, dado que una fracción minúscula de los arsenales existentes causaría una destrucción inaceptable—, siempre y cuando quedaran satisfechas dos condiciones básicas: mantener una postura de intimidación que no permita el libre ejercicio de la subversión ni de la intervención y no cuestionar el sistema del Pentágono de subvención a los sectores avanzados de la industria con fondos públicos. La Guerra de las Galaxias, combinada con una reducción del número de armas, es una postura natural para Estados Unidos, dadas las exigencias de su política, aunque las contradicciones en el programa de armas, algunas de las cuales ya hemos tratado, podrían poner obstáculos. Se pueden diseñar las doctrinas estratégicas apropiadas cuando sea necesario. Mientras tanto, los debates sobre la viabilidad de la defensa anticohetes, el tipo de cohetes, etc., seguirán sus propios rumbos irrelevantes, mientras prosigue la carrera hacia la destrucción.

No quisiera sugerir que las verdaderas razones de la carrera hacia la destrucción están completamente ocultas bajo la retórica sobre el gran Satanás. Como en el caso de la «teoría de la manzana podrida» (la «teoría del dominó»), la verdad se deja ver de vez en cuando. Los ejecutivos de las corporaciones explican a veces que se debe confiar en los «pedidos militares» porque la «defensa del hogar» es «uno de los mayores atractivos que los políticos tienen para ajustar el sistema» (Samuel Downer,

ejecutivo de LTV Aerospace). El director del Centro de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard, profesor Samuel Huntington, explica que «podría ser necesario vender (las intervenciones y otras acciones militares) de modo que se llegue a fomentar el concepto erróneo de que estamos luchando contra la Unión Soviética», tal como Estados Unidos «lo ha hecho desde los tiempos de la doctrina Truman», la cual fue invocada para abrir la sangrienta campaña contrainsurgente en Grecia, en 1947. En general, las clases cultas consiguen esconder las verdaderas razones tomando en serio el marco oficial del discurso, o por lo menos, fingiendo hacerlo.

Aunque aquí mi enfoque está dirigido hacia la política estadounidense, sería un error no mencionar que otras potencias, particularmente la Unión Soviética, hacen sus propias contribuciones materiales a la carrera hacia la destrucción. En el caso de la Unión Soviética, su armamentismo creciente, aunque se exagera en Estados Unidos por razones propagandísticas, es, no obstante, formidable, y excede con mucho cualquier necesidad concebible de defensa. Los factores domésticos que impulsan la carrera armamentista en la Unión Soviética son distintos de los de Estados Unidos. En particular, en una economía dirigida por el Estado dentro de una sociedad que tiene pocas probabilidades de expresión o participación pública, no es necesario recurrir al sistema militar para impulsar un alto nivel de inversiones. Pero existen otros factores domésticos que producen los mismos resultados, algunos de los cuales he mencionado brevemente. Las élites militar-burócratas que mandan, confían en última instancia en la fuerza para controlar el imperio interno y a su propia ciudadanía, tanto como a sus satélites, aunque en este último caso debemos agregar que la retórica defensiva tiene cierta sustancia. Ningún gobierno soviético, sea cual fuere su composición, aflojará el control sobre Europa oriental mientras una Alemania, armada de nuevo, forme parte de una alianza militar occidental hostil, por razones históricas y estratégicas obvias.

Respecto a Europa occidental, una opción neutral siempre ha sido una posibilidad, y es, con seguridad, un factor que allí impulsa al movimiento popular de desarme. Sin embargo, las élites tienen un compromiso arraigado en el sistema de confrontación y militarización de la guerra fría. A pesar de la mucha retórica afiebrada, queda claro que no toman muy en serio la amenaza de un ataque soviético. Europa occidental tiene una economía mucho más grande que la Unión Soviética y podría desplegar, si quisiera, un sistema militar comparable a los de la Unión Soviética y Estados Unidos. Europa, aparte del temor a la destrucción, también tiene intereses en el detente, debido a sus relaciones comerciales y de intercambio. Sin embargo, las ofertas ocasionales de los soviéticos de reducir o eliminar los bloques militares, que no sabemos si son serias, dado que invariablemente han sido rechazadas sin discusión por el Occidente, provocan escalofríos en las élites dominantes de Europa occidental. La preocupación básica fue expresada por Jan Christian Smuts a Winston Churchill en 1943, la cual cité en la primera conferencia:

«cuando se desate la política entre esa gente, podríamos tener una ola de desórdenes y comunismo al por mayor en todas esas partes de Europa». El sistema de pactos y la confrontación en Europa plantean una seria barrera para aflojar la política entre esas gentes, lo cual traería todo tipo de consecuencias posibles que las élites dominantes temen incluso contemplar.

Volviendo a Estados Unidos, el compromiso de la empresa privada, la cual en gran parte controla al Estado en su carrera hacia la destrucción, es profundo y está basado en necesidades muy serias: mantener un «escudo» que permita el libre ejercicio de las políticas de la guerra fría de intervención y subversión en la Gran Área y mantener la subvención pública a los sectores más avanzados de la industria. De ahí su indiferencia a la opinión pública e incluso al problema de la sobrevivencia.

A veces se alega que este tipo de planificación es lunático. Esa es la verdad, pero es irrelevante. Tanto en el gobierno como en el mundo de los negocios, la planificación es a corto plazo; el largo plazo es asunto de otros. Esto es natural en una sociedad competitiva, donde es muy probable que aquellos que no se dediquen a las ventajas del corto plazo desaparezcan a largo plazo. No nos debe sorprender que Estados Unidos no haga ningún esfuerzo para eliminar los ICBM, la única arma que puede amenazarlo, o que fomente el desarrollo de armas tales como cohetes cruceros marítimos que lo amenazan hoy, o que las «disparidades de cohetes» y las «ventanas de vulnerabilidad» se abran y se cierren independientemente de los hechos, o que la Guerra de las Galaxias de Reagan haya sido promovida sin ninguna contribución del Pentágono y sin ningún motivo estratégico (eso vino más tarde) y que continúe a pesar de amenazar la sobrevivencia, o que Estados Unidos evite medidas tales como la prohibición, muy comprensiva, de las pruebas nucleares, lo cual contribuiría a su seguridad, etc. Dichos factores no incumben a los planificadores; su preocupación es «mantener la disparidad» en un grado máximo, para prevenir que las manzanas podridas infecten a otras, para asegurar el derecho crucial a robar y explotar, y para garantizar el sistema doméstico de subvenciones públicas, ganancias privadas, etc.

El pueblo puede expresar su escepticismo con respecto a la Guerra de las Galaxias y su apoyo abrumador a una congelación nuclear y a hacer recortes en los gastos militares en vez de hacerlos en los sociales —como de hecho se hace—, pero esto también es tan irrelevante como lo es la viabilidad evidente de una prohibición comprensiva de pruebas nucleares y de otras medidas que aumentarían las posibilidades de sobrevivencia. El pueblo tiene poco que ver en estos asuntos, y, mientras permanezca quieto, su opinión importa muy poco a las élites que controlan el aparato del Estado, la seguridad, la sobrevivencia, «los derechos humanos, el aumento de los niveles de vida y la democratización». No solamente los pueblos de América Latina, sino también los del resto del mundo, incluyendo al pueblo de Estados Unidos, son «un incidente, pero no un fin», según la frase que tanto impresionó a Woodrow Wilson.

Esto no es así porque los líderes sean gente mala, y es probable que las cosas no

cambiaran mucho si fueran reemplazados por «gente mejor». Las razones son institucionales: debemos enfrentar los problemas sin ilusiones, entendiendo las realidades sociales.

COLOQUIO

Pregunta**:** *Teniendo en cuenta que la opinión pública parece ser irrelevante para los planes y para los planificadores de Estados Unidos y teniendo en cuenta también la dificultad, si no la imposibilidad de llevar el tipo de información que usted está presentando al público en general, o considerando también la probabilidad, si no la certeza, de una destrucción última del mundo, ¿qué sugiere usted?*

Respuesta**:** *Bien, mañana quiero hablar de la sociedad norteamericana, de cómo es por dentro Estados Unidos. Ese es el contexto natural en el cual hacer esta pregunta. Para ser breve, lo que yo sugeriría es lo siguiente. Mientras las actuales estructuras institucionales no cambien, lo único (esto es para la población de Estados Unidos, no está dirigido a los nicaragüenses) que se puede hacer es retardar las peores catástrofes. Eso significa intentar bloquear el próximo sistema loco de armamentos y tratar de bloquear la próxima intervención en el Tercer Mundo, a sabiendas de que todo lo que se haga no pasa de ponerle un esparadrapo a un cáncer. Uno hace eso solamente porque quiere que el mundo exista un poquito más y porque uno tiene la responsabilidad de tratar de proteger a la gente que está siendo torturada y asesinada. Esto es lo que se llama una «acción de contención». Lo que tiene que hacerse es cambiar las instituciones. Es una tarea enorme.*

Pregunta**:** *A mí me gustaría que comentara un poco acerca del presupuesto nacional de Estados Unidos de 1984 y 1985. ¿Cuánto se le otorgó a los militares, a la educación, al bienestar, a la salud? Estas cuatro cosas, porque aquí en Nicaragua una cantidad tremenda del presupuesto nacional va para el ejército, para la defensa. Me gustaría una comparación de esas dos situaciones diferentes. Estados Unidos no tiene un ejército de «contras» atacándolo, pero nosotros sí lo tenemos en Nicaragua.*

Respuesta**:** *No le puedo dar cifras exactas por dos razones. Por un lado, no me acuerdo realmente cuáles son; por otra parte, es muy difícil averiguarlas. El presupuesto militar no solo es el presupuesto del Pentágono. Hay una agencia del gobierno estadounidense llamada el Departamento de Energía, lo cual suena muy bien, muy constructivo; todo el mundo quiere energía. De hecho, es la agencia que fabrica las armas nucleares. Y hay una agencia llamada NASA, destinada teóricamente a la exploración del espacio con fines científicos. Es básicamente parte del Pentágono. Y hay muchas otras cosas que son parte del sistema militar. Es muy difícil hacer un cálculo preciso, pero se pueden hacer algunos y es posible que el*

actual presupuesto militar suponga cerca del 10% del PIB. Es mucho menos de lo que gasta Nicaragua, pero Estados Unidos es un país extraordinariamente rico, de modo que estas cifras no significan mucho.

Sobre su otro punto, de nuevo no tengo las cifras reales, pero el cuadro general es que con Reagan ha subido todo el sistema del Estado. La mayor parte de ese aumento gira en torno al sistema militar. Mientras tanto, el sistema de bienestar social se ha deteriorado muy rápidamente, y, de hecho, otras cosas también se han deteriorado: el apoyo a los derechos civiles, por ejemplo. Hay leyes que requieren que el poder ejecutivo apoye ciertos programas. Por ejemplo, debe proteger el derecho de la gente a votar en, digamos, Alabama. Bien, el gobierno simplemente dejó de hacer estas cosas y lo que ha pasado es que las organizaciones privadas de derechos civiles han tenido que asumir el papel del Estado para hacer cumplir la ley.

Hay una organización muy respetable y conservadora en Estados Unidos llamada la Unión Norteamericana de Libertades Civiles (ACLU). Esta organización ha tenido que asumir la tarea de hacer cumplir la ley en cosas tales como el derecho al voto, o los derechos de la mujer, y todo el sistema legal, que el gobierno simplemente ha rehusado hacer cumplir. De modo que las organizaciones de caridad, tales como ACLU, han tenido que hacer cumplir la ley a través de tribunales, los cuales son muy poco eficientes.

De hecho terminaré con una pequeña historia. Una de las cosas que el gobierno Reagan está tratando de hacer es vender partes de la economía nacional. Por ejemplo, en Estados Unidos hay un sistema de ferrocarriles que apenas funciona, está parcialmente subvencionado y parcialmente es propiedad del gobierno. El gobierno quiere venderlo para promover la empresa privada y así poderlo usar para obtener ganancias, enviando carga en vez de gente, lo cual es muy ineficaz. Si uno quiere enviar carga, puede llenar todo un vagón, pero a la gente no le gusta viajar así. Esto pasa con muchas cosas. Es un modo de recortar los servicios públicos. En diciembre pasado, la ACLU emitió un documento público en el cual ofrecía comprar el Departamento de Justicia. Decía que el gobierno de Reagan estaba vendiendo cosas a la empresa privada, que el Departamento de Justicia de todos modos no hacía cumplir la ley, y que, entonces, «¿por qué no dejar que lo compremos, dado que nosotros somos los que estamos tratando de hacer que se cumpla la ley?». Como ya lo he mencionado muchas veces, Estados Unidos es una sociedad muy disciplinada, así que esto, me parece, nunca llegó a la prensa.

5

El panorama interior

Me gustaría cerrar estas conferencias con unos comentarios acerca de la sociedad estadounidense, planteando cómo se formulan las medidas políticas del Estado y qué posibilidades existen de modificarlas. La cuestión básica se reduce a esto: ¿Hasta qué punto es Estados Unidos una sociedad democrática en la cual la población en general puede influir en la decisión de las medidas públicas? No es esta una pregunta fácil de contestar. Tiene muchas facetas distintas. Consideremos unas cuantas.

Una característica crucial a través de la cual se pueden evaluar las credenciales democráticas de un determinado sistema político tiene que ver con la capacidad del Estado para coaccionar a sus ciudadanos y protegerse a sí mismo del escrutinio y el control de estos, con la capacidad de impedir la libre expresión y la libre asociación de los mismos, para, de este modo, conseguir mantener secretos de Estado, y actuar sin el conocimiento ni la influencia del pueblo. Cuestiones de este tipo fueron vigorosamente debatidas en los primeros años de la república después de la guerra de independencia de Estados Unidos. Si el pueblo es el soberano, alegaban los libertarios, entonces el Estado debe estar subordinado a él y no a la inversa. Si, por ejemplo, los legisladores tienen el derecho constitucional a la libertad de expresión sin peligro de ser procesados, los ciudadanos deberían tener un derecho parecido; concretamente, deberían ser libres para condenar al gobierno y sus prácticas sin miedo a ser procesados por «libelo sedicioso», la doctrina que dice que puede considerarse como ataque al Estado el que se hace solo por medio de la palabra y los escritos, sin que medie acción alguna, y que el Estado tiene el derecho de castigar este crimen por medio de los tribunales o del parlamento. Es un hecho notorio, que vale la pena recordar, que a lo largo del siglo XVIII, prácticamente nadie cuestionó esta doctrina del derecho consuetudinario, la cual fue aceptada como legítima por notables defensores de los ideales libertarios: John Milton, John Locke, Benjamin Franklin, Thomas Jefferson y otros. Hasta fueron pocos los que llegaron a declarar que la verdad era una defensa contra el libelo; de hecho, las acusaciones que estaban bien fundadas eran tenidas por más culpables aún, puesto que desacreditaban la autoridad y amenazaban el orden civil. Está lejos de haber terminado la lucha, aun en las democracias industriales del Occidente, donde esta está más avanzada. Por supuesto, este es tan solo uno de los muchos aspectos que tocan la cuestión de dónde se sitúa la soberanía en el sistema político y de los derechos dados al pueblo y a las autoridades del Estado.

En este plano, Estados Unidos está cerca del extremo libertario en el espectro de las sociedades de hoy. Hasta cierto punto, la sociedad estadounidense es libre y

abierta. En ella el Estado tiene medios limitados de coerción contra sus propios ciudadanos. Este es un hecho muy importante. Significa que un pueblo activo puede influir en la política de muchas maneras, desde la acción política hasta la desobediencia y resistencia civiles. También se puede aprender mucho sobre el gobierno, sobre sus planes y sus prácticas. En cuanto a estos aspectos, la sociedad de Estados Unidos es probablemente más libre y más abierta que cualquier otra sociedad del mundo. Pese a algunos fallos en la práctica, la protección concedida a sus ciudadanos en la Carta de Derechos (*Bill of Rights*), y en años más recientes, los derechos proporcionados en el acta de libertad de información (que permite un amplio acceso a los documentos estatales) resultan insólitos, si no únicos, dentro de los sistemas políticos actuales. No es sorprendente que los políticos reaccionarios al estilo Reagan estén tratando de reducir estos derechos, como parte de un decidido intento para engrandecer al Estado y aumentar su poder.

En lo que concierne a estos aspectos, Estados Unidos se sitúa en el polo opuesto dentro del conjunto global con respecto a la segunda superpotencia, una sociedad cerrada, en la cual el Estado está protegido del escrutinio y tiene amplios medios para coaccionar a la población.

En este aspecto fundamental, por tanto, Estados Unidos se cuenta entre las sociedades más libres del mundo, y así permanecería a pesar de los asaltos reaganianos. Este es, de nuevo, un hecho crítico e importante. Podemos observar, sin embargo, que hay poca razón para esperar que se dé una correlación entre la libertad intensa en una determinada sociedad y la violencia y represión externas que esta ejerce. La historia no muestra tal correlación. Una sociedad relativamente libre y abierta en el interior puede ser brutal y criminal de cara al exterior.

¿Por qué podemos estar más o menos seguros de que, pese a los esfuerzos de los elementos reaccionarios de la variedad reaganiana, el Estado seguirá teniendo un poder limitado para coaccionar y controlar? La respuesta está en ciertos aspectos más amplios de la sociedad estadounidense. Estados Unidos es una democracia capitalista, pero solo en la medida en que ese concepto sea significativo. Una medida limitada, puesto que el capitalismo pone fuertes barreras a una verdadera democracia, asunto al cual volveré dentro de un momento. Por supuesto, Estados Unidos no es una verdadera sociedad capitalista; ningún sistema de este tipo podría sobrevivir por mucho tiempo, por razones que han sido bien entendidas durante un siglo, sobre todo dentro de los sectores privados. La empresa privada exige que el Estado intervenga en la economía para regular los mercados y apoyar de otras formas sus intereses. También exige que el Estado emplee medios violentos en el área internacional, tal como Woodrow Wilson lo expresó en los documentos secretos citados en la primera conferencia. Entre otros servicios, el Estado debe atender los intereses de los ricos y privilegiados. Por otro lado, el sector privado no quiere que el Estado se convierta en un poderoso competidor que interfiera con sus prerrogativas o que organice fuerzas populares que podrían actuar en el área parlamentaria o en cualquier otro lugar

oponiéndose a su dominio de la sociedad. Así, el sector privado ha tenido durante mucho tiempo una relación de amor-odio con el Estado: quiere un Estado fuerte para que sirva a sus necesidades, un Estado capaz de intervenir en los asuntos domésticos y en el sistema internacional; pero también un Estado débil que no interfiera con el privilegio privado, sino que lo incremente. Hasta cierto punto, el debate político en una democracia capitalista como la de Estados Unidos se reduce a unos cuantos esfuerzos por parte de varios sectores de la empresa privada para resolver el problema de manera conveniente a sus intereses, a veces conflictivos, dentro de un consenso compartido.

Aunque lejos del ideal, Estados Unidos está en muchos aspectos más cerca de un orden capitalista que las otras grandes democracias industriales. En un sistema capitalista, todo tiende a convertirse en mercancía, incluyendo la libertad: se puede gozar de tanta libertad como sea capaz de comprar. Los ricos y los privilegiados, por tanto, tienen interés en mantener su libertad personal y limitar la fuerza coercitiva del Estado, dado que ellos son los primeros beneficiarios. Para los adolescentes negros del *ghetto*, el sistema de libertades formales tiene poca importancia, puesto que solo tienen un limitado acceso a este, y repito, los reaccionarios de la variedad reaganiana intentan limitar todavía más este acceso, socavando la ayuda legal a los pobres, reduciendo las limitaciones legales de la fuerza policíaca, etc. Los ricos y los privilegiados defenderán la libertad personal de la usurpación del Estado, aunque en épocas de apogeo de la lucha de clases y del reto doméstico a su poder efectivo, eso puede cambiar. Dado el interés de las élites dominantes en limitar el poder del Estado, se puede confiar, hasta cierto punto, en que los derechos individuales resistirán las embestidas de los estadistas reaccionarios. Una de las consecuencias de este sistema es que las minorías disidentes también se benefician de la libertad defendida por los privilegiados, al menos en la medida en que comparten los privilegios existentes. En una sociedad rica como la de Estados Unidos, ello incluye a una parte sustancial de la población, en mayor o menor grado.

Un segundo aspecto crucial en la cual las credenciales democráticas pueden ser evaluadas es el siguiente: ¿quién toma las decisiones básicas de lo que pasa dentro de la sociedad y qué efectos tiene en el área internacional? Aquí podemos distinguir dos grandes categorías: decisiones acerca de la inversión y decisiones políticas. Las primeras tienen que ver con qué es lo que se produce, cómo se produce, qué trabajo se hace, cómo y entre quiénes se distribuyen la producción y las ganancias, cómo se manejan y controlan las condiciones de trabajo, etc. La segunda categoría tiene que ver con la política del Estado, es decir, ¿qué grupos participan verdaderamente en su formulación?

Las decisiones sobre las inversiones, tanto por derecho como de hecho, están al margen del control popular en Estados Unidos y es que Estados Unidos no aspira a la democracia en todo el sentido de la palabra, sino solo a una democracia capitalista, lo cual es muy distinto. Para los libertarios del siglo XVIII, los principales enemigos de la

libertad eran el sistema feudal, la esclavitud y dos poderosas instituciones: la Iglesia y el Estado. Concebían un orden social en el cual los individuos (más exactamente, los hombres blancos con propiedades) serían más o menos iguales y libres, una vez que esas barreras hacia la libertad hubiesen sido eliminadas. No podían prever la centralización del poder efectivo en el sistema industrial y financiero del capitalismo corporativo. Para aplicar sus ideales libertarios al mundo moderno, hay que ir más allá de la preocupación por el papel coercitivo de la Iglesia y del Estado. Los verdaderos herederos del liberalismo clásico, en mi opinión, son los socialistas libertarios y los anarquistas, quienes se oponen a las estructuras jerárquicas y a las instituciones autoritarias en un ámbito mucho más amplio.

En una democracia capitalista, la principal preocupación consiste en asegurar que los ricos se encuentren satisfechos; todo lo demás es secundario. A menos que se satisfagan los deseos de los inversionistas, no hay productos, ni trabajo, ni recursos para los programas sociales, en otras palabras, no hay posibilidad de sobrevivencia. No es una cuestión de «todo o nada», sino «más o menos». Solo en tanto que las demandas de los ricos —aquellos que controlan las decisiones sobre las inversiones — estén satisfechas, la población puede, en general, aspirar a una existencia decente en su papel de sirvientes del poder privado. Esto se alquila a los dueños de y a quienes manejan la economía privada. También este es un factor de fundamental importancia.

Otro rasgo de una democracia capitalista como la de Estados Unidos es la desigualdad existente en la distribución de los recursos, lo cual se traduce en vastas diferencias en la capacidad de participar de una manera significativa, incluso en el estrecho margen de decisiones que les queda, dentro del sistema político. Además, el sistema político, como todos los demás aspectos de la democracia capitalista, ha de estar destinado a asegurar que se satisfagan las exigencias de los ricos, o de lo contrario la sociedad declinaría y sufriría un colapso. La amenaza de dejar de invertir o de la fuga de capitales puede bastar para establecer límites muy estrechos para tomar decisiones dentro del sistema político, hecho del cual los latinoamericanos son muy conscientes.

En realidad, la política del Estado está casi totalmente determinada por los grupos que disponen de los recursos, en último término, porque son los propietarios y los que administran la economía privada, o porque son profesionales ricos. Los puestos importantes donde se toman las decisiones en la rama ejecutiva del gobierno están generalmente ocupados por representantes de las grandes corporaciones, bancos, firmas inversionistas y unas cuantas firmas de abogados, las cuales se ocupan fundamentalmente de los intereses corporativos, representando, de ese modo, los amplios intereses de los propietarios y administradores más que un interés estrechamente local. También participan en la toma de decisiones intelectuales selectos que se convierten en «expertos», como Henry Kissinger explicó sin ironía una vez, en virtud de su habilidad para articular el consenso de los poderosos y

administrarles los negocios. La rama legislativa tiene más variedad, pero procede, abrumadoramente, de los sectores privados y profesionales. En realidad, esto viene siendo así desde 1780, cuando por un breve período, antes de que la república estuviera completamente formada, los legisladores procedían de un amplio espectro social. Si un senador o un representante se va del Congreso, él (u, ocasionalmente, ella) no vuelve a ocupar la posición de trabajador industrial, de pequeño hacendado, de conductor de camiones, de empleado, etc., sino que, por lo general, encuentra trabajo en una firma comercial o de abogados. Por tanto, los legisladores en sus compromisos, en sus alianzas y en sus percepciones de la realidad social representan a las clases de profesionales acomodadas y a la empresa privada.

Además, las condiciones externas para la formulación de la política están establecidas por la misma élite minoritaria de los grupos privilegiados. Ellos son los que llevan a cabo los estudios de planificación, los que dominan los cabildeos de Washington y los que en muchas otras formas determinan las condiciones dentro de las cuales funciona el sistema político. En otras palabras, una democracia capitalista es, cuando mucho, una forma muy limitada de democracia.

Todo esto se sabe desde hace mucho. John Jay, presidente del Congreso Continental y primer presidente de la Corte Suprema de Estados Unidos, sostenía que «la gente que es dueña del país debe gobernarlo». Tanto el sistema político como el social están pensados para servir a las necesidades de las clases propietarias; otros pueden beneficiarse incidentalmente, si las condiciones lo permiten. Y así ha seguido la situación desde entonces. Estados Unidos, aunque es un país insólito dentro de las democracias industriales por la relativa falta de habilidad con que el Estado coacciona a sus ciudadanos y se protege a sí mismo de su escrutinio, es también un país insólito en lo que respecta a la limitada capacidad de elección que se da dentro del sistema político. No hay ningún partido político con base trabajadora y gente pobre que responda, en alguna medida, a las necesidades e intereses de estos o que se ocupe de conseguir reformas limitadas dentro del sistema capitalista como, por ejemplo, ocurre dentro de los partidos socialistas, laboristas o comunistas de Europa. En gran medida, Estados Unidos tiene un sistema de partido único, en el cual el partido gobernante tiene dos facciones que compiten por el control del gobierno: la historia política de Estados Unidos es, considerablemente, una historia de conflicto entre quienes están en posición de tomar decisiones sobre inversiones. Hay pocos asuntos importantes que los dividan. Existe un período de armonía política, y cuando surgen problemas, surgen conflictos políticos a partir de los mismos. Al público en general se le ofrece una oportunidad de ratificar las decisiones de la élite, pero la opción de participar en la toma de las decisiones está en alto grado limitada a las élites privilegiadas.

Gran parte de la población es consciente de su marginalización y de hasta qué punto sus preocupaciones son irrelevantes para el sistema político. Casi la mitad del electorado ni siquiera se molesta en votar, y entre los que votan, muchos lo hacen

desatendiendo la posición que sostienen los candidatos sobre asuntos cruciales. Tomemos la elección presidencial más reciente (1984), por ejemplo. Casi inevitablemente se la describe como una victoria aplastante de Ronald Reagan y su «conservadurismo», en realidad, una forma de jingoísmo reaccionario que sería un anatema para los auténticos conservadores. De hecho, no hubo tal «victoria aplastante». Reagan recibió menos del 30% del voto potencial. Entre aquellos que votaron por Reagan, cerca de los dos tercios sintió que su programa legislativo dañaría más al país, mientras que cerca del 1% del electorado votó por él porque lo consideraba como un «verdadero conservador».

Las encuestas llevadas a cabo después de la elección mostraron que la mitad de la población opinaba que el gobierno estaba manejado «por unos cuantos grandes intereses que se protegen a sí mismos». Como siempre, en la votación hubo una alta participación de los sectores privilegiados, una mayor participación entre los ciudadanos de cuello blanco que entre los trabajadores de cuello azul, y una baja participación entre los pobres y desempleados, quienes, evidentemente, no se consideraban representados en el sistema político. Estos hechos resultan particularmente notorios a la luz de los extraordinarios esfuerzos «por sacar el voto» y la incesante propaganda patriótica acerca de la magnificencia de la democracia norteamericana. Las concepciones más bien acertadas de la mitad de la población serían tildadas de «extremistas» o «marxistas» si recibieran una expresión articulada. Pero gran parte de la población entiende la exactitud del pronóstico de John Jay a pesar de los grandes esfuerzos que hizo el sistema ideológico para convencerla de lo contrario.

Aunque no conozco ningún estudio específico sobre el tema, es razonable suponer que a medida que aumenta el nivel educativo, declina el nivel de comprensión de estas realidades sociales. Prueba de ello es que temas como estos apenas pueden ser debatidos dentro de las instituciones ideológicas manejadas por las clases cultas: los medios de transmisión de noticias, las escuelas, las universidades y las revistas de opinión. En un raro momento de candor, el estudio de la comisión trilateral sobre la «crisis de la democracia» que mencioné antes describía a las escuelas y universidades como «instituciones para adoctrinar a los jóvenes». Aquellos que están más expuestos al adoctrinamiento, aquellos que continúan en la vida recibiendo el impacto de los medios de difusión de noticias, de las revistas, de los libros de divulgación y a menudo también de los académicos, están más predispuestos a estas ilusiones. Además, las clases cultas no solo son el blanco principal del sistema de adoctrinamiento, sino también de quienes lo practican. Estos, llevados por su autointerés, adoptan y crean las doctrinas del sistema, para así poder realizar su papel de educadores, de periodistas o de «intelectuales responsables» con acceso al privilegio, la influencia y el respeto. Todavía más, las víctimas del sistema de explotación desarrollan un conocimiento intuitivo de la realidad a través de sus propias vidas, y no les sorprende la banalidad, la superficialidad y, a menudo, la pura

necedad del discurso.

Para los que se interesan en la verdad de los hechos, existe evidencia suficiente como para tomar en serio el cinismo del sistema político, el cual es evidente para los sectores menos educados de la población. En 1964, por ejemplo, el tema principal de la campaña electoral fue la escalada de la guerra en Vietnam. El electorado se opuso a ella en masa y votó por un margen de 2 a 1 por el candidato que declaró que no escalaría la guerra. En realidad, en ese momento estaba metido de lleno en los planes para llevar a cabo exactamente eso, tal como se sabe ahora y tal como se procedió a hacerlo inmediatamente después de la elección. De manera parecida, cuando Ronald Reagan asumió el poder en 1980, el Congreso y el presidente, según afirma, respondiendo a un mandato «conservador», se dispusieron a desmantelar las medidas de asistencia social (limitadas, para los niveles europeos) establecidas desde «el Nuevo Trato» (*New Deal*) y bajo la presión de los crecientes movimientos populares de los años sesenta. Mientras tanto, encuesta tras encuesta, la población se oponía a estos pasos con unos márgenes muy amplios. Las encuestas revelan una y otra vez que la población está a favor de la reducción de los gastos militares en vez de la reducción de los programas sociales, e incluso está a favor de aumentar los impuestos si así lo exigen los programas de ayuda social, de protección ambiental, de normas de seguridad en las fábricas, de los derechos de la mujer, de ayuda urbana, etc. Estos programas fueron respaldados por la inmensa mayoría de la población, precisamente cuando estos desaparecían de su vista. En un reciente estudio de encuesta de opinión pública, Thomas Ferfuson y Joel Rogers llegan a la conclusión de que «virtualmente en todos los temas importantes identificados con la “revolución de Reagan” en política pública, la opinión estuvo en contra del presidente». Exactamente como en el caso de la política de seguridad que analicé antes, la opinión pública es totalmente irrelevante en tanto la población permanezca tranquila y muda. El Congreso y el presidente respondían a otras voces, no al mandato del pueblo tal como los sostiene la doctrina convencional.

Ha habido intentos para superar la marginalización de la población en general dentro del sistema político. Así, a fines del siglo XIX, el movimiento popular empezó a desarrollarse como fuerza política independiente, representando elementos ajenos a las élites. Este movimiento despertó una aguda reacción en los círculos dominantes de la empresa privada y fue rápidamente eliminado del panorama político. Su eliminación desencadenó una gran migración a Canadá, procedente de los estados con movimientos agrarios radicales; fue una contribución muy significativa al movimiento socialdemócrata canadiense, el cual no tiene una verdadera contrapartida en Estados Unidos. La organización de los sindicatos ha sido una lucha dura y amarga. Su historia en Estados Unidos es de una considerable violencia por parte del Estado y del poder privado. Viene a cuento recordar que el primero de mayo inicialmente fue una demostración internacional de solidaridad con la lucha de los trabajadores estadounidenses. Las realidades sociales en Estados Unidos quedan

ilustradas en el hecho de que, en Norteamérica, ha desaparecido todo recuerdo de esto. El primero de mayo no es una fiesta de los trabajadores, sino una ocasión para pronunciamientos jingoístas. Es el «día de la ley», el día en que Reagan anunció que Estados Unidos se negaría a aceptar el juicio de la Corte Internacional de La Haya y declaró «una emergencia nacional» y un embargo contra Nicaragua.

La enorme industria de relaciones públicas de Estados Unidos, desde sus orígenes a principios del siglo, ha dedicado sus esfuerzos a socavar el movimiento sindical y a proteger las decisiones sobre inversión y el poder corporativo del control público. El resultado es lo que el investigador australiano Alex Carey describe como «una democracia manejada por la propaganda», en la cual el llamado «sistema de libre empresa» es identificado, «en la conciencia popular, con los valores más queridos», mientras que a «los gobiernos intervencionistas y a los sindicatos fuertes (las únicas instituciones capaces de detener la dominación completa de la sociedad por parte de las corporaciones)» se los identifica con «tiranía, opresión e incluso subversión». Al mismo tiempo, por supuesto, el enorme y creciente papel del Estado en la subvención de la «libre empresa» y en el servicio de sus necesidades ha quedado suprimido. El «anticomunismo» se ha usado como un ardid muy eficaz para controlar al movimiento sindical con la cooperación de sus líderes, quienes han visto disminuir la membresía de los sindicatos a menos del 20% de la fuerza laboral de Estados Unidos. Asimismo, han hecho lo posible por socavar la unidad de los trabajadores y su independencia del control del capitalismo de Estado en otros países, incluyendo a Centroamérica. La «amenaza roja» después de la Primera Guerra Mundial y el ataque de los derechos laborales y civiles (a menudo mal llamado «macartismo») después de la Segunda Guerra Mundial, condujo a la represión por parte del Estado. Se produjo un masivo asalto propagandístico, coordinado por la empresa privada, la cual tiene un alto grado de conciencia de clase en Estados Unidos y, desde luego, hace lo posible por asegurarse de ser la única que lo tiene. La *intelligentsia* también prestó con entusiasmo sus talentos a la causa después de la Segunda Guerra Mundial, abandonando así su primera ilusión de que podría ganar una parcela del poder si cabalgaba sobre una ola de lucha popular (el sueño leninista) y reconocía esa fuerza real. Otra de sus ilusiones fue que la base de sus privilegios continuaría residiendo en la empresa privada que dominaba el sistema capitalista de Estado.

La década de los sesenta y los primeros años (de la década) de los setenta fueron testigos del crecimiento del activismo popular y de los movimientos populares que podían haber amenazado el control de la empresa privada sobre el sistema político, con el surgimiento del movimiento de derechos civiles, el movimiento antiguerra, el movimiento feminista, los movimientos étnicos, la organización de las comunidades locales, etc. Esos acontecimientos provocaron una preocupación inmediata y seria entre los grupos elitistas. Constituyeron la «crisis», que la liberal comisión trilateral calificó como una amenaza fundamental a la «democracia», tal como se entiende el término en el sistema ideológico reinante. Un participante en el estudio de la

comisión trilateral observó que «Truman hubiera sido capaz de gobernar el país con la cooperación de un número relativamente pequeño de abogados y banqueros de Wall Street», pero esos días felices, en los cuales no había «crisis de la democracia», parecían estar pasando, puesto que los grupos con base popular empezaban a entrar en el panorama político.

Para enfrentarse a esta «crisis de la democracia», las élites privilegiadas lanzaron una ofensiva de varias púas. Esta ofensiva incluía un enorme incremento de los cabildeos de los empresarios privados; un cierre de la apertura momentánea muy limitada de los medios de difusión de noticias que reflejaban el crecimiento de los movimientos populares; una proliferación de los «depósitos de cerebros» (*think tanks*) y una campaña propagandística para restringir el programa político a las necesidades de los poderosos; un asalto contra los derechos civiles y laborales por parte del gobierno de Reagan (el cual representa mayoritariamente a estas fuerzas elitistas antidemocráticas); pasos importantes para socavar las medidas estatales de asistencia social y un aumento del sistema militar; además, una política exterior «activa» de renovada intervención, subversión y abierto terrorismo internacional. La meta era superar los efectos de la «crisis de la democracia» y devolver a la población a la situación la apatía y obediencia, que es la que le corresponde, manteniendo así el sistema político como un juego de élites privilegiadas.

Los principales temas del sistema de propaganda en el período posterior a Vietnam reflejan este programa. A principios de 1970, una amplia mayoría de la población había llegado a entender que el gobierno de los Estados Unidos estaba metido de lleno en crímenes de considerable magnitud. Algún camino tenía que encontrarse para restaurar la mitología de la «benevolencia norteamericana» que había servido durante tantos años para movilizar a la población a favor de la violencia estatal. Dado que no podían negarse los actos criminales del Estado, fue necesario mostrar que los crímenes eran meros defectos de un imperfecto liderazgo político, desviado del sendero de la virtud, ocultando que obedecían a alineamientos políticos de las instituciones estadounidenses que actuaban de acuerdo con normas históricas ya tradicionales. La criminalidad chata de Nixon fue brillantemente explotada para llevar a cabo su meta. De hecho, los crímenes reales de Nixon fueron cuidadosamente excluidos del asunto Watergate. Hubo mucho más escándalo por la «lista de enemigos» de Nixon, la cual incluía a personalidades poderosas de los círculos elitistas así como otras personas cuya presencia no había suscitado ningún interés. Pero el hecho de que durante el gobierno de Nixon la policía nacional (FBI) hubiese tomado parte en el asesinato del organizador negro Fred Hampton, en Chicago, no fue mencionado en el proceso Watergate. Así que es un crimen poner verde a gente poderosa en privado (a ninguna de las personas de la «lista de enemigos» le ocurrió nada, lo sé muy bien, porque yo mismo estaba incluido en ella), pero no lo es asesinar a un activista negro. El punto central de las acusaciones del Watergate consistió en una incursión fracasada al cuartel general del Partido Demócrata, llevada a cabo por

un grupo cercano a Nixon. Al mismo tiempo, se pusieron en circulación documentos secretos que demostraban que el FBI había estado llevando a cabo prácticas similares contra el Partido de los Trabajadores Socialistas (un partido político legal) desde el gobierno de Kennedy, que había cometido acciones criminales destinadas a socavar los movimientos populares, a fomentar la violencia en los *ghettos*, etc. Pero estos asuntos, mucho más serios que las acusaciones hechas contra Nixon, fueron dejados de lado, ya que seguirles la pista habría llevado más allá de los defectos meramente personales de un hombre malo; se habría llegado a la crítica institucional, lo cual resultaba intolerable. El «bombardeo secreto» de Camboya no apareció en la acusación escrita. Solo fue mencionado en el proceso. «El crimen», sin embargo, no era el ataque asesino contra una sociedad de campesinos, con decenas de miles de muertos, sino más bien el hecho de que el Congreso no había sido oportunamente informado. Por sus crímenes, Nixon fue expulsado del cuerpo político, fue purificado y ya está listo para regresar a su vocación tradicional de «buena voluntad internacional».

El programa del Congreso de Derechos Humanos, que reflejaba la significante mejoría lograda en el clima moral e intelectual gracias a los movimientos populares de los años sesenta, también fue aprovechado por el sistema de propaganda, el cual declaró, durante el gobierno de Carter, que los derechos humanos eran «el alma de nuestra política exterior». Sin embargo, este gran compromiso no le impidió al gobierno de Carter apoyar con entusiasmo la masacre de decenas de miles de timoreses en una invasión respaldada por Estados Unidos; tampoco el criminal bombardeo del Líbano del Sur, perpetrado por un cliente de Estados Unidos; ni los regímenes de Somoza ni de Marcos, etc. No obstante todo esto, Carter fue acusado de subestimar a «nuestros enemigos». Cuando Reagan asumió el poder, se suponía que el temido «síndrome de Vietnam» había sido ya superado y que «el alma de nuestra política exterior» giraría hacia la lucha contra el «terrorismo internacional», definido precisamente para excluir de él a Estados Unidos, cuando en realidad ha colaborado de modo predominante a engendrar esta «plaga de la era moderna», falsificando y engañando con el objeto de «probar» que la plaga era parte de la conspiración, inspirada por el Kremlin, para apoderarse de todas las posesiones estadounidenses.

Los documentos demuestran una considerable iniciativa e ingeniosidad por parte del sistema de propaganda. Sin duda alguna, tuvo sus efectos, aunque menos de lo que se cree en lo que se refiere a la población en general.

Podemos detectar una analogía entre los miedos suscitados por la «crisis de la democracia» en el interior del país y en países dependientes tales como El Salvador, donde el crecimiento de las organizaciones populares en los años setenta despertó también una grave preocupación, como ya hemos visto. La respuesta de los grupos elitistas a la «crisis de la democracia» es, naturalmente, distinta en casa que en el extranjero. En El Salvador, la crisis se superó pidiendo ayuda a los escuadrones de la muerte. En Estados Unidos se requerían medios más sutiles.

Ya he mencionado el punto básico. Una verdadera democracia ha de estar basada en una estructura organizativa que permita a individuos aislados tener acceso al proceso donde se toman las decisiones, reuniendo sus limitados recursos, educándose a sí mismos y a los demás, formulando ideas y programas que puedan llegar a formar parte del programa político y que puedan hacer algo para que esta llegue a cumplirse. A falta de tales organizaciones, la democracia política es dominio de los grupos elitistas que disponen de los recursos, es decir, al fin de cuentas, de quienes controlan la economía privada. Cuando mucho, en una democracia capitalista, en la cual se excluye a la población de participar en las decisiones fundamentales relacionadas con la producción y el trabajo, el abanico de posibilidades es limitado. Pero incluso los pasos limitados hacia una democracia política eficaz son vistos por los estrechos círculos de privilegiados y poderosos como extremadamente amenazadores. En la era posterior a Vietnam, y una vez más, dedicaron considerable energía en la supresión de esta amenaza.

He mencionado dos facetas importantes para poder evaluar las credenciales democráticas de un determinado sistema sociopolítico: el poder del Estado para coaccionar a sus ciudadanos y protegerse a sí mismo del control de estos, y el lugar donde se toman las decisiones dentro del sistema social, económico y político. Un tercer aspecto fundamental concierne al sistema ideológico. ¿Hasta qué punto se puede mantener informada a la gente común y corriente, dado que esto es un prerrequisito para la participación democrática? He hecho alusión a esta pregunta repetidas veces a lo largo de estas conferencias. El derecho de expresión libre es defendido vigorosamente en Estados Unidos, ya que el control estatal es muy débil si se establecen comparaciones. Por otro lado, el sistema ideológico opera dentro de restricciones muy estrechas, y quienes no las aceptan quedan, en efecto, excluidos. Se permite, e incluso se alienta, el debate siempre y cuando se ajuste a los principios fundamentales del sistema ideológico. En el caso de la guerra de Vietnam, por ejemplo, cuando se hizo evidente que los costos por parte de Estados Unidos aumentaban enormemente, fue posible debatir el problema de la guerra en la prensa nacional, pero solo dentro de ciertos límites. Uno podía tomar la posición de «los halcones», quienes sostenían que con suficiente dedicación Estados Unidos podía ganar la guerra, o la posición de «las palomas», quienes sostenían que había pocas posibilidades de ganar, pero que «todos rezamos» para que «los halcones» estén en lo cierto y todos «saludaremos el juicio y la habilidad estatal del gobierno norteamericano» en conducir una guerra que estaba convirtiendo a Vietnam en «una tierra de ruina y despojos», si es que «los halcones» probaban que su juicio era correcto, tal como lo explicó el historiador Arthur Schlesinger, considerado como un «líder contra la guerra» en los medios oficiales. Los que sostenían que la agresión era un error, incluso en el caso de que se pudiera ganar, fueron sistemáticamente excluidos de la discusión. Hasta ahora, tal como ya he mencionado, para la historia oficial de Estados Unidos no existe el ataque estadounidense contra Vietnam del Sur,

pese a que, obviamente, fue el elemento central de la guerra de Indochina.

Lo mismo sucede en otros casos, algunos de los cuales ya hemos tratado. Tomemos el debate sobre Nicaragua hoy día. En los primeros tres meses de este año, mientras el debate sobre el inminente veto para la ayuda a «los contras» en el Congreso iba tomando cuerpo, los dos periódicos de mayor circulación (el *New York Times* y el *Washington Post*) publicaron no menos de 85 columnas de opinión sobre Nicaragua. La abrumadora mayoría era amargamente hostil hacia los sandinistas. Había unas cuantas que eran críticas, pero menos amargas. Ninguna era simpatizante, aunque algunas denunciaron la tan discutida «doble moral» y la deshonestidad de los innominados simpatizantes del régimen sandinista, a los cuales había que eliminar cuidadosamente de la discusión. De hecho, estos fueron censurados anónimamente. La ayuda a «los contras» se debatió principalmente en el terreno táctico. El debate sobre la utilidad de «los contras» al «interés nacional», es decir, al interés especial de las élites dominantes, fue tolerable, e incluso admirable. Pero la pureza de la doctrina debía mantenerse sin ninguna excepción. No podía haber ninguna voz que simpatizara con la revolución sandinista, ni una siquiera entre las 85. Como en el caso de Vietnam, los temas centrales de la guerra quedaron enteramente excluidos. Obviamente, Estados Unidos está empeñado en seguir su tradición de llevar a Nicaragua a los brazos de la Unión Soviética; lo mismo puede decirse sobre lo que motiva el ataque de Estados Unidos, «la amenaza de un buen ejemplo». Estos dos temas ni se mencionan ni se debaten porque el sistema ideológico no lo tolera. Es indudable que antes que el ataque terrorista consiguiera limitar o dar marcha atrás a estos esfuerzos, el gobierno sandinista llevó a cabo reformas muy sustanciales y efectivas. Este hecho, virtualmente, tampoco se puede mencionar. En 85 columnas solo una vez se mencionan explícitamente las reformas, en un artículo que denuncia a los sandinistas, y en otro se hace referencia a ellas de forma más matizada.

De nuevo, vemos la extraordinaria disciplina de las clases cultas y de los órganos de propaganda que manejan y a los cuales tienen acceso, en tanto observen las reglas del juego.

Desde hace mucho tiempo el conformismo de la opinión pública estadounidense más elocuente ha sido reconocido por los observadores con los ojos abiertos. Sesenta años después de la revolución norteamericana, Alexis de Tocqueville comentó sobre la «conformidad universal» que encontró en Estados Unidos: «no sé de ningún país en el cual haya tan poca verdadera independencia de cabeza y libertad de debate como en Estados Unidos». Citando estas observaciones en una revista de la era postrevolucionaria, el historiador Lawrence Friedman comentó que «no había ninguna tradición vigorosa, efectiva, ni siquiera digna de atención, de disentimiento contra el patriotismo a ultranza en la nueva nación». El culto a la personalidad construido en torno a la figura de George Washington y de los próceres fundadores llegó por lo general a extremos ridículos y así siguió. En 1858, Henry David Thoreau, uno de los raros disidentes, escribió en su diario que:

> no hay necesidad de formular una ley que frene la licencia de la prensa. De sobra se autocontrola a sí misma. En general, la comunidad se ha reunido y puesto de acuerdo sobre qué cosas hay que expresar, se ha puesto de acuerdo sobre una plataforma y en excomulgar a aquel que se aparte de ella, y ni siquiera uno entre mil se atreve a expresar ninguna otra cosa.

Sería más exacto decir que ni siquiera uno entre mil es capaz de pensar ninguna otra cosa; y es que el sistema de control del pensamiento ha desplegado su magia eficazmente. En el siglo XX, el compromiso con el control del pensamiento ha llegado a ser bastante autoconsciente. Notables científicos políticos, periodistas, representantes de la naciente industria de relaciones públicas y otros han reconocido que, en un país donde la voz del pueblo puede ser escuchada, es necesario asegurar que esa voz diga las cosas correctas.

En un estado basado en la violencia interna, basta controlar lo que la gente hace (lo que piensan es asunto de poca importancia), siempre y cuando esta pueda ser controlada por la fuerza. Pero donde la violencia estatal es más limitada, es necesario controlar también lo que la gente piensa. En síntesis, existe una conexión entre la ausencia de control en Estados Unidos y la extraordinaria eficacia del sistema de control del pensamiento. Este hecho ha sido a menudo explícitamente reconocido en círculos elitistas, los cuales han puesto de relieve la importancia de la «manufactura del consentimiento» (el distinguido periodista y comentador político Walter Lippmann) o la «ingeniería del consentimiento» (Edward Bernays, una muy respetada figura directiva de la industria de relaciones públicas) para asegurarse de que la población ratifique las decisiones de los líderes con visión, quienes deben estar libres de la influencia de las masas asquerosas.

Uno de los escasos críticos de estas concepciones, el especialista en ciencias políticas Robert Dahl, escribía que «si se da por sentado que las preferencias políticas son simplemente enchufadas dentro del sistema por los líderes (económicos u otros) para sacar lo que ellos quieran, el modelo de democracia plebiscitaria es sustancialmente equivalente al modelo de mando totalitario». Generalmente, sin embargo, la necesidad de controlar el pensamiento es aceptada por aquellos que se paran a pensar en el asunto. Algunos solo la adoptan, de manera pasiva, como norma. No es sorprendente, entonces, que la liberal comisión trilateral advirtiera acerca del peligro del discurso crítico de «las instituciones que adoctrinan a los jóvenes», las escuelas y las universidades.

Los artilugios de la «manufactura del consentimiento» son más sutiles que las medidas de propaganda adoptadas dentro de las sociedades totalitarias, donde el poder es mantenido por medio del garrote. Son también probablemente más eficaces. Una de las ideas más eficaces es la de alentar el debate, pero dentro de un sistema de presuposiciones implícitas, donde se han incorporado los principios básicos del sistema ideológico. Estos principios, por tanto, no son examinados, sino que se

convierten en el horizonte de todo pensamiento posible; tampoco son objeto de consideración racional. Cuanto más se desarrolla el debate dentro de los límites permitidos, más eficazmente se inculcan las indisputadas premisas como verdades sagradas. He dado muchos ejemplos en el curso de esta conferencia y muchos más en mis publicaciones, que probablemente asciendan ahora a miles de páginas. Otros también lo han hecho. Probablemente, nada de esto puede entenderse; en realidad, las palabras no pueden ni siquiera ser escuchadas dentro de los respetables círculos intelectuales de Estados Unidos.

No debe sorprendernos, por tanto, que pese a lo abierto de la sociedad, los elementos básicos de la planificación política y sus normas históricas permanezcan en la oscuridad y queden ocultos en los medios de difusión de noticias y en gran parte de la investigación universitaria, y que la riqueza documental sobre la planificación solo se conozca en círculos muy estrechos, donde además rara vez es comprendida. Tampoco debe sorprendernos que los representantes de los grandes medios de comunicación de masas estadounidenses sean incapaces de descubrir las atrocidades de «los contras», desenterradas rápidamente por periodistas de otros países o por investigadores de los derechos humanos; o que las reformas sociales en Nicaragua tengan que ser borradas de los documentos históricos junto con las elecciones de 1984 (que no tuvieron lugar), que se pretenda que el ataque de Estados Unidos a Vietnam del Sur nunca tuvo lugar, y así hasta el infinito. Los periodistas y los demás comentaristas, o bien entienden conscientemente el sendero hacia el éxito, o bien internalizan con tal éxito las doctrinas de la fe que llegan a no poder formular pensamientos inaceptables, si bien existen algunas raras excepciones, e incluso se las tolera marginalmente, en situaciones donde la discusión racional parece ser alguna forma de locura incomprensible, porque está muy lejos de lo que el sistema de propaganda inyecta a diario en las cabezas de todos.

El sistema de manufactura del consentimiento es sumamente eficaz, por lo menos entre las clases cultas. Los efectos en la población general son menos claros, pero el asunto carece de importancia siempre y cuando esta permanezca pasiva y muda y no cree ninguna «crisis de la democracia». Hay prueba de que existe un considerable abismo entre la opinión popular y la doctrina por la que abogan las bien disciplinadas clases cultas. He mencionado antes unos pocos ejemplos. Tomemos ahora las actitudes hacia la guerra de Vietnam. Muchísima gente cree que la crítica contra la guerra fue usada como punta de lanza por los medios de difusión y las clases cultas en general. Tal cosa es completamente falsa. La oposición a la guerra se desarrolló en un clima de extrema hostilidad por parte de los intelectuales liberales refinados y por parte de los medios de difusión. Solo cuando los círculos de la empresa privada empezaron a oponerse a la guerra por su elevado costo, la crítica se convirtió en un fenómeno notorio, y aun entonces se movió dentro de los límites ya mencionados, manteniéndose dentro de la corriente principal y de los círculos respetables en general. La ilusión se desarrolló gracias a que las voces críticas que finalmente fueron

escuchadas, como resultado de la actividad popular, procedían generalmente de la minúscula minoría de personas educadas y privilegiadas, asociada, muy naturalmente, con los movimientos populares. Pero estas no eran «sus líderes» y estaban muy lejos de ser representantes de la comunidad intelectual, contrariamente a muchas de las fantasías de hoy.

Alguna indicación de los hechos reales la brindó un estudio detallado de las actitudes de «la élite intelectual norteamericana», llevado a cabo en la primavera de 1970, durante la cúspide de la oposición a la guerra, después de la invasión de Estados Unidos a Camboya y con las universidades cerradas, luego que las protestas estudiantiles y la disidencia popular alcanzaron proporciones que causaron mucho miedo a los grupos elitistas. Los resultados mostraron que prácticamente todos se oponían a la guerra y habrían sido clasificados como «palomas». Pero cuando se miran los motivos, encontramos que la abrumadora mayoría se oponía a la guerra por «razones pragmáticas» —la guerra no podría lograr sus objetivos— mientras una minoría se opusiera a ella puesto que se hacía cada vez más sangrienta. El estudio llamó a estos argumentos «razones morales»: cierta cantidad de matanzas, mutilaciones y torturas es legítima, pero si se pasa de cierto límite, puede ofender a las almas sensibles. La oposición a la guerra por principio era tan insignificante que casi no se detectaba. Quizá el 1% de los interrogados se oponía a la guerra porque la agresión era una injusticia, aunque fuera llevada a cabo por Estados Unidos. Por otro lado, si al mismo número de intelectuales se les hubiesen preguntado sus opiniones acerca de la invasión soviética a Checoslovaquia, todos se habrían opuesto por razones de principio. Obviamente no hubieran podido oponerse por «razones pragmáticas», puesto que funcionó, ni por «razones morales», dado que las muertes fueron pocas. Pero en el caso de Estados Unidos hay que abandonar los principios totalmente, a menos que se quiera perder la condición de intelectual respetable. Un estudio del estado mayor alemán después de Stalingrado hubiera arrojado resultados similares. Observen de nuevo que al abandonar los principios no hubo engaño consciente. Más bien ocurrió que entre los intelectuales elitistas la idea de que el ataque estadounidense a Vietnam del Sur fuera una agresión, o que esa acción militar pudiera ser un error radical, o que incluso sucedió, era simplemente inconcebible.

Por el contrario, gran parte de la población se opuso a la guerra por razones de principios. Aun en los años ochenta, después de una década de grandes esfuerzos por superar el «síndrome de Vietnam», más del 70% de la población considera la guerra como «fundamentalmente injusta e inmoral», y no simplemente «un error», tal como mantienen «las palomas» gubernamentales, algunos «líderes de la opinión» (un grupo que incluye al clero, etc.) y una pequeñísima minoría de intelectuales. Resultados similares se obtienen en muchos otros casos, por ejemplo, en el de la invasión de Israel al Líbano en 1982, aprobada por la gente más culta con un margen de, más o menos, 3 a 2, y censurada por aproximadamente el mismo margen entre personas menos cultas, quienes eran capaces de entender que la invasión era, de hecho, un acto

de agresión, y que hubo una masacre, y no un acto legítimo de autodefensa en nombre de los más altos ideales de la civilización occidental.

Lo que en realidad pasó durante la protesta contra la guerra de Vietnam es aleccionador. Se desarrolló espontáneamente un movimiento popular de masas, sin organización ni liderazgo centralizado, el cual tomó muchas formas, en una atmósfera de extrema hostilidad por parte de los medios de difusión y de la opinión pública en general. Este movimiento alcanzó tal volumen que el gobierno no fue capaz de intentar una verdadera movilización general, como lo hizo durante la Segunda Guerra Mundial, sino que se vio obligado a pelear una guerra de «rifles y mantequilla». Pero la escalada del ataque fue tal que tuvo serias consecuencias para la economía de Estados Unidos, la cual empezó a declinar en relación con sus verdaderos rivales: Europa y Japón. Además, el ejército estadounidense, hay que reconocerle su mérito, empezó a desmoronarse desde adentro, reflejando la disidencia dentro de la sociedad. La ofensiva Tet en enero de 1968 convenció a grandes sectores de la empresa privada que había que liquidar la inversión; los costos simplemente no valían la pena, incluyendo la emergente «crisis de la democracia» y los perniciosos efectos económicos. Una delegación de «hombres sabios» fue despachada a Washington para solicitar una reducción gradual del compromiso de Estados Unidos, un cambio hacia una guerra más tecnológica, mediante el retiro de la mayor parte de las tropas estadounidenses, y para promover una negociación. Cerca de un año más tarde, la crítica contra la guerra se volvió legítima en los medios, aunque dentro de los límites ya señalados.

Lo mismo ocurrió en Centroamérica. El gobierno de Reagan asumió el poder con la clara intención de intervenir militarmente de forma directa en El Salvador. El «Libro blanco» de febrero de 1981, con sus fantasiosos alegatos acerca de la agresión de Nicaragua en su papel de agente de la conspiración dirigida por el Kremlin, era un claro anuncio de esos planes. El gobierno asumió que el «síndrome de Vietnam» se había superado, de modo que Estados Unidos podía volver a su modelo histórico de intervención directa, conclusión que no era irrazonable según opiniones autorizadas. El «Libro blanco» fue recibido con escepticismo y escarnio en Europa, pero en los medios estadounidenses fue aceptado como la más alta verdad. Hubo, sin embargo, una reacción popular inesperada e impresionante, con manifestaciones y protestas espontáneas. Las iglesias esta vez jugaron un papel muy serio. Temiendo que programas todavía más importantes, como el de la militarización de la sociedad norteamericana, peligraran, el gobierno bajó un poco su encendida retórica. Un tiempo después, la prensa y los demás medios de difusión empezaron a criticar el «Libro blanco», y, por un breve período, el grotesco modo como habían cubierto la guerra en El Salvador mejoró sustancialmente. El gobierno se vio obligado a recurrir a medidas más indirectas de terrorismo internacional, con las consecuencias ya comentadas.

Estos y muchos otros ejemplos ponen de relieve lo que se puede hacer en las

condiciones actuales de democracia en Estados Unidos. Los límites de la coerción estatal dejan considerable lugar para la educación, la organización y la acción fuera de las estructuras institucionales constitutivas. A los que se empeñan en tales tareas no se les enviará a campos de concentración, ni a prisiones psiquiátricas, ni tampoco serán el blanco de los escuadrones de la muerte. Se les marginará, por supuesto, se les vilipendiará o simplemente serán ignorados, con tal de que los efectos de sus acciones carezcan de importancia. Los esfuerzos a menudo pueden ser frustrantes. Aún en 1966, por ejemplo, era imposible llevar a cabo una reunión pública numerosa en Boston, quizá la ciudad más liberal de Estados Unidos, sin temor a que fuera violentamente desbaratada. Los opositores de la guerra se encontraron a menudo hablándole a un grupo de vecinos (generalmente hostiles), reunidos en la sala de alguien. Otras veces se encontraban hablando a un auditorio de una docena de personas, en su mayoría los organizadores del mismo acto, en las iglesias o universidades. Al final, los esfuerzos de este tipo surtieron efecto y el movimiento contra la guerra alcanzó proporciones muy importantes dentro de la población en general e incluyó muchas valerosas acciones de resistencia, impulsadas por principios morales, y llevadas a cabo, sobre todo, por los jóvenes. La versión que circula de lo que pasó durante esos años es en gran medida falsa, e incluso absurda, lo cual refleja el miedo que suscitó en las élites privilegiadas el activismo popular que se estaba escapando del control de sus «líderes naturales». Los efectos de la protesta y de la resistencia no fueron suficientes para prevenir la enorme masacre y destrucción que tuvieron lugar en Indochina. Pero, por lo menos, los países sobreviven de alguna manera, más de lo que se podría haber esperado si el movimiento de protesta no hubiese alcanzado ese volumen.

A falta de un cambio institucional significativo, esta es la forma que deberían tomar los esfuerzos populares para influir en la política del Estado. El sistema ideológico se ocupará de excluir cualquier cuestionamiento serio o comentario crítico acerca de los asuntos internacionales y los temas de seguridad. El activismo continuará siendo espontáneo y desorganizado en gran medida, ya que le falta continuidad y hay pocas posibilidades de que la experiencia pase de un acontecimiento a otro. Esto ocurre porque faltan una prensa de oposición, partidos políticos con clientela entre los trabajadores y pobres, y organizaciones tales como los sindicatos, que suministran una base estable y continua para la educación y la acción política y social.

Sin embargo, la ideología tiene menos consistencia que el papel y se puede llegar a gran parte de la población, si se compromete uno en el esfuerzo. La población puede actuar de muchas maneras para influir en los medios de difusión, por lo menos de forma marginal, y puede actuar y modificar las decisiones tomadas por el sistema político, del cual está en gran parte excluida. Los resultados pueden ser bastante importantes y muy significativos para las víctimas de la violencia del Estado.

Las instituciones, además, no son inmutables. La historia no ha llegado a su fin,

aunque podría llegar si no tiene lugar un cambio institucional significativo, por las razones que expuse ayer. El futuro está abierto, es impredecible, ofrece amenazas serias y muchas posibilidades esperanzadoras.

COLOQUIO

Pregunta**:** *Me gustaría hacer una pregunta simple acerca de la coacción ideológica. Durante la invasión de Granada sabemos que el gobierno de Estados Unidos impidió a los periodistas visitar el lugar durante cinco días. Esto equivale a censura de prensa. Me gustaría saber en qué circunstancias se ha ejercido la censura de prensa en Estados Unidos durante los últimos treinta años*.

Respuesta**:** *Déjeme empezar señalando primero que la prensa norteamericana protestó por eso. Recuerde que un par de veces mencioné varios principios de análisis. Uno de ellos es que si algo se discute, probablemente no tiene mucha importancia. Hay buenas razones para ello y he estado tratando de explicarlas desde el principio. De hecho, el Estado trató de imponer la censura durante la invasión de Granada, pero ese fue un hecho insignificante. Mucho más importante fue la censura que la prensa ejerció sobre sí misma*.

Cinco días antes de la invasión, el gobierno cubano se dirigió al estadounidense con una oferta de cooperación para sacar de Granada a los estudiantes norteamericanos. Cuba dijo que las fuerzas cubanas, que eran muy pequeñas, no resistirían un desembarco estadounidense y que no harían fuego a menos que las fuerzas estadounidenses dispararan primero. Al invadir, Estados Unidos atacó a las fuerzas cubanas, las cuales, entonces, devolvieron el ataque. El gobierno de Estados Unidos reconoció en privado lo sucedido, y de hecho, el primer día de la invasión Estados Unidos ofreció a Cuba una especie de disculpa, en privado. Toda esa información estaba a disposición de la prensa estadounidense desde el primer día de la invasión. La información mina completamente toda la historia oficial sobre la invasión.

¿Qué pasó con esta información? El New York Times *jamás la mencionó. El otro periódico de mayor circulación, el* Washington Post, *tenía una magnífica corresponsal para Centroamérica, en realidad una mujer latinoamericana, creo. Había escrito un artículo sobre la invasión desde Washington. Al final, donde casi siempre se encuentran las cosas interesantes, después de dar la versión propagandística norteamericana como verdadera, añadió un párrafo donde decía que, de acuerdo con la propaganda cubana, Cuba había propuesto cooperación, etc. Ella sabía, como todos los demás periodistas estadounidenses, que no era propaganda cubana. Algunos documentos que ya habían salido a la luz dejan claro esto. No conozco personalmente a esta periodista, pero supongo que colocó la*

información de esa manera para que pudiera ser publicada.

Un poco más tarde, una semana después, cuando ya todo había pasado, el Boston Globe, *el cual, dicho sea de paso, es uno de los mejores periódicos del país, publicó un artículo presentando los hechos correctamente. Este artículo fue escrito por uno de los editores, y, por cuanto sepa, esta ha sido la única vez que se ha hablado del asunto en Estados Unidos. Por lo menos, en la prensa principal; no leo todos los periódicos pequeños de la provincia.*

Esta es una supresión importante de los hechos. No fue censura del Estado. Es mucho más importante que la prohibición gubernamental de no permitir a los periodistas extranjeros desembarcar con los Rangers.

La prensa se sintió herida en su orgullo profesional cuando no le permitieron desembarcar con las tropas, pero hubiera podido dar noticias mucho más importantes en base a la información que tenía. Por ejemplo, yo, personalmente, tengo pocos recursos, pero muy poco tiempo después de la invasión tenía todos esos documentos, y no dudo ni por un minuto que también la prensa los tuvo inmediatamente. Pero ella eligió servir al Estado suprimiendo los hechos importantes y, dicho sea de paso, con la excepción ya mencionada, esto se repitió en los artículos retrospectivos, en los artículos publicados en el aniversario, etc. Esto es típico de Estados Unidos. Así es como funciona el sistema de control del pensamiento en realidad.

La pregunta se refería a un caso raro de censura estatal: un asunto que no tenía mucha importancia, y fue, por tanto, muy discutido.

Pregunta*: *Los países europeos tienen partidos con bases obreras. Los partidos socialistas en países como España y Portugal han renunciado a los intereses que debían defender. Siguen a la OTAN y permiten cosas como el aumento del desempleo, hay diferentes facciones en el mismo partido, lo mismo que en Estados Unidos.

***Respuesta*:** *Recuerde que dije que los partidos que faltan en Estados Unidos, los partidos laboristas, los partidos socialistas, los partidos comunistas, etc., son moderados partidos reformistas comprometidos con el sistema capitalista de Estado, pero arraigados, sin embargo, en la clase trabajadora y en el sector pobre de la población. A estos sectores les ofrecen ciertos medios de participación política y, hasta cierto punto, representan sus intereses. El comentario simplemente ilustra este hecho. Son reformistas moderados; no plantean problemas serios a la estructura dominante de la sociedad.*

De todas maneras son importantes. Tomemos, por ejemplo, Inglaterra, un país muy parecido en muchas cosas a Estados Unidos. Hay un partido laborista, y cuando el partido asume el poder, hace más o menos lo mismo que hace el partido conservador. Sin embargo, la existencia de dicho partido proporciona cierta continuidad a las actividades de protesta. De modo que, en Inglaterra, toda protesta,

ya sea sobre el desarme o la intervención o lo que sea, está, de alguna manera, vinculada con el partido laborista. De hecho, el partido laborista proporciona un cierto mecanismo limitado, a través del cual muchos sectores de la población, incluyendo a los trabajadores, pueden llegar a comprometerse con este tipo de actividad. Así, pues, hay que tener una forma de llegar al pueblo. Existe algún grado de continuidad y existen incluso posibilidades de aprender y de construir y de ser un poquito mejor la próxima vez. Esta es una diferencia interesante e importante entre Estados Unidos y otras democracias industriales.

Pregunta*: *El martes usted dijo que el detente es una manera de compartir la guerra que ha usado la Unión Soviética. ¿Qué clase de conexión ve usted entre esto y la idea de Estados Unidos que lo que pasa en Centroamérica es intervención soviética?

Respuesta*: *Es realmente cierto que el detente es una idea que la Unión Soviética intentó usar sistemáticamente para que ambas superpotencias manejaran el mundo en forma conjunta. En este arreglo, la Unión Soviética sería el socio menor en el manejo del mundo y cada potencia se reservaría el derecho de apoyar a aliados de otras partes. De modo que, por ejemplo, Estados Unidos espera tener el derecho a destruir los movimientos de oposición dentro de su propio dominio. Y, de hecho, la Unión Soviética no intenta ayudar, digamos, a los salvadoreños o a los guatemaltecos, quienes están siendo asesinados por las fuerzas sustitutas de Estados Unidos.

Cuando los conflictos toman una dimensión internacional, la historia cambia. Esto es, dicho sea de paso, porque, dentro de Estados Unidos, han sido Vietnam del Norte y Nicaragua los que se han convertido en los temas políticos principales, mientras que el ataque de Estados Unidos contra Vietnam del Sur y la organización del terrorismo de Estado en El Salvador no lo han sido. La Unión Soviética no levantó un dedo para tratar de salvar a la población de Vietnam del Sur, como tampoco lo hace por la de El Salvador. De hecho, es bueno que no lo haga. Si lo hiciese no podríamos estar hablando de esto porque el mundo ya habría volado. Sin embargo, cuando está comprometido el sistema interestatal, puede apoyar a un país contra un ataque norteamericano. Esto queda dentro del ámbito del concepto de detente, tal como ellos lo entienden. Por supuesto, ellos insisten en que Estados Unidos no inter-vendrá si decidieran aplastar algún movimiento de oposición en su propio dominio. Y por supuesto, Estados Unidos no intervendrá. Estados Unidos no apoyó a los trabajadores húngaros cuando los tanques soviéticos los estaban matando. Pero cuando el sistema interestatal se ve comprometido, entonces, de hecho, Estados Unidos proporciona un cierto grado de apoyo, y algunas veces da mucho apoyo.

Notas bibliográficas

Dado que el texto anterior es la edición de un ciclo de conferencias, hay en él muy pocas referencias bibliográficas. Añado aquí, por consiguiente, unas cuantas, conferencia por conferencia, siguiendo un orden aproximado. Muchas de las citas y referencias a hechos correspondientes a las cinco conferencias se pueden encontrar, con indicación de fuentes, en mi *Turning the Tide* (South End, 1985; trad. *La quinta libertad*, Barcelona, Crítica, 1988). Otras se hallan en libros anteriores míos, en particular *Toward a New Cold War* (Pantheon, 1982; trad. *La segunda Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 1984), *The Political Economy of Human Rights* (con Edward Herman, dos volúmenes, South End, 1979; trad. de un volumen, *Washington y el fascismo del Tercer Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986) y *For Reasons of State* (Pantheon, 1973; trad. *Por razones de estado*, Barcelona, Ariel, 1975).

Conferencia 1

Wm. Roger Louis, *Imperialism at Bay* (Oxford, 1978); Michael Schaller, *The American Occupation of Japan* (Oxford, 1985); R. W. Van Alstyne, *The Rising American Empire* (Oxford, 1960); Stephen Shalom, *The United States and the Philippines* (ISHI, 1981); Melyyn Leffler, «The American Conception of National Security and the Beginnings of the Cold War, 1945-8», *American Historical Review*, abril 1984; National Security Council, NSC 5432, «U. S. Policy Toward Latin America», 18 agosto 1954; *Memorandum for the Special Assistant to the President for National Security Affairs*, «Study of U. S. Policy Toward Latin American Military Forces», Secretary of Defense, 11 junio 1965; Thomas M. Franck y Edward Weisband, *World Politics* (Oxford, 1971); Ruth Sivard, *World Military and Social Expenditures 1981* (World Priorities, 1981); Paul Quinn-Judge, *Far Eastern Economic Review*, 11 octubre 1984 (sobre el cálculo de las bajas en Vietnam); Michael Evangelista, «Stalin's Postwar Army Reappraised», *International Security*, invierno 1982/3.

Conferencia 2

Richard Welch, *Response to Revolution: The United States and the Cuban Revolution, 1959-1961* (U. of North Carolina Press, 1985; cita de Eisenhower); Edward S. Herman, *The Real Terror Network* (South End, 1982); Noam Chomsky, *Pirates and Emperors: Internacional Terrorism in the Real World* (Claremont, 1986); Julia Preston, *Boston Globe*, 9 febrero 1986; Dianna Melrose, *Nicaragua: The Threat*

of a Good Example? (Oxfam, Londres, 1985); Gabriel Kolko, *Anatomy of a War* (Pantheon, 1985); George M. Kahin, *Intervention* (Knopf, 1986).

CONFERENCIA 3

Council on Hemispheric Affairs, COHA's, *1985 Human Rights Report* (Washington, 1986); «Cerezo's balancing act», *Washington Report on the Hemisphere*, COHA, 16 abril 1986; «Amnesty International's Current Concerns in El Salvador», AI Index AMR 29/09/85, Amnesty international, London, junio 1985; «El Salvador: Recent Allegations of Torture of Political Detainees», AI Index AMR 29/45/85, Amnesty International, London, octubre 1985; «Despite Government Pledge, Mass Abuses Continue in El Salvador», *Amnesty Action*, enero/febrero 1986; *Settling into Routine*, Americas Wathc, mayo 1986; Ambrose Evans-Pritchard, *Spectator*, 10, mayo 1986; Allan Nairm, «Confessions of a Death Squad Officer», *Progressive* (marzo 1986); Bruce Cameron y Penn Kemble, *From a Proxy Force to a National Liberation Movement*, ms., febrero 1986; Donald T. Fox y Michael J. Glennon, *Report* al International Human Rights Law Group y al Washington Office on Latin America, abril 1985; Michael Glennon, «Terrorism and "intentional ignorance"», *Christian Science Monitor*, 20 marzo 1986; Teófilo Cabestrero, *Blood of the Innocent* (Orbis Books, Maryknoll NY, 1985); Council on Hemispheric Affairs, «Misleading the Public», 3 abril 1986 (citing DIA «Weekly Intelligence Summary», 16 julio 1982); Joshua Cohen y Joel Rogers, *Inequity and Intervention: the Federal Budget and Central America* (South End, 1986); Bradford Burns, reseña de *Turning the Tide*, *Los Angeles Times*, 8 junio 1986, sobre los gastos militares en Centroamérica y los presupuestos nacionales; Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Fawcett Crest, 1967, 704-5), citando a Kennedy; Bruce Calder, *The Impact of Intervention* (U. of Texax, 1984); Jan Knippers Black, *The Dominican Republic* (Allen & Unwin, 1986); Pierro Gleijeses, *The Dominican Crisis* (Johns Hopkins U., 1986; Cole Blasier, *The Hovering Giant* (U. of Pittsburgh, 1976); Samuel P. Huntington, «American Ideals versus American Institutions», *Political Science Quarterly*, primavera de 1982 y correspondencia, invierno de 1982/3; CBS Document #0606 T, 18 abril 1986, «Haiti»; Serge Gilles, *Le Monde diplomatique*, febrero 1986; Lester D. Langley, *The Banana Wars* (U. of Kentucky, 1983); David S. Landes, *New Republic*, 10 marzo 1986; Hewson A. Ryan, «Haiti: two centuries of well-intentioned US involvement», *Christian Science Monitor*, 14 febrero 1986; *Critique of 1985 Department of State's Country Reports on Human Rights*, Americas Watch, mayo 1986; *Haiti: Human Rights Under Hereditary Dictatorship*, Americas Watch, octubre 1985; Council on Hemispheric Affairs, *News and Analysis*, 18 febrero 1986; *Haiti: Family Business* (Latin America Bureau, Londres, 1985); Robert S. Greenberger, *Wall St. Journal*, 10 febrero 1986; Philip S. Foner, *The Spanish-*

Cuban-American War and the Birth of American Imperialism (2 volúmenes, Monthly Review, 1972); Richard Weisskoff, *Factories and Food Stamps: the Puerto Rico Model of Development* (Johns Hopkins U., 1986); archidiócesis de São Paulo, *Torture in Brazil* (Vintage, 1986); Douglas R. Shane, *Hoofprints on the Forest: Cattle Ranching and the Destruction of Latin America's Tropical Forests* (ISHI, 1986); William H. Durham, *Scarcity and Survival in Central America* (Stanford U., 1979); Dr. Thom Kerstiens y Dr. Piet Nelissen, *Report on the Elections in Nicaragua*, 4 noviembre 1984, en nombre de los observadores del gobierno holandés; David Felix, «How to Resolve Latin America's Debt Crisis», *Challenge*, noviembre/diciembre 1985; Brian Kenkins, *New Modes of Conflicts* (Rand Corporation, junio 1983); Inter-American Development Bank Reprot No. DES-13, *Nicaragua*, enero 1983, citado en Penrose, *op. cit*.; Jim Morrell, «Nicaragua's War Economy», *International Policy Report*, noviembre 1985; Morrell, «Redlining Nicaragua», *ibid*., diciembre 1985; Jim Morell y William Goodfellox, «Contadora: Under the Gun», *International Policy Report*, mayo 1986; David MacMichael, testimonio, Tribunal Internacional de Justicia, 16 septiembre 1985, UN A/40/907, S/17 639, 19 noviembre 1985, 26; Thomas W. Walker, *Nicaragua* (Westview, 1986), 71; Ralf Dahrendorf, *Die Zeit*, 21 marzo 1986 (*World Press Review*, mayo 1986); Reynaldo Rodriguez, *Survey of the Nicaraguan Economy: 1985*, COHA, Washington, 8 abril 1986; Chomsky, «U. S. Polity and Society: the Lessons of Nicaragua», en Thomas Walker, ed., *Reagan versus the Sandinistas* (Westview, 1987).

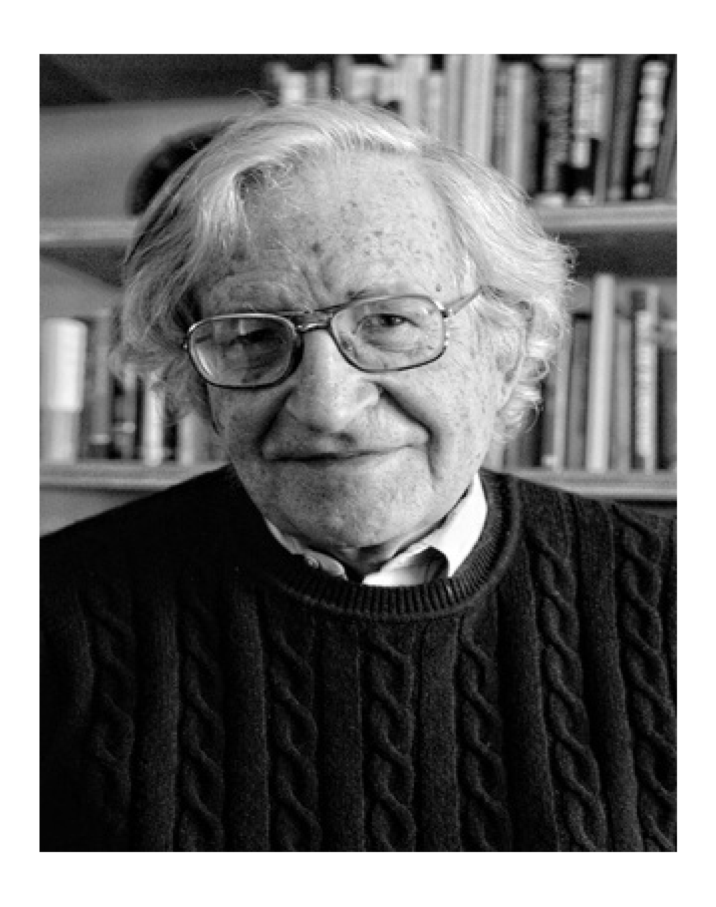
Conferencia 4

Barry M. Blechman, Stephen S. Kaplan, *et al.*, *Force without War* (Brookings Institution, Washington, 1978); Nathan Twining, *Neither Liberty nor Safety* (Holt, Rinehart & Winston, 1966, 244-5); Editorial, *Washington Post* edición semanal, 31 marzo 1986; Graham T. Allison, *Essence of Decision* (Little Brown, 1971, 1, 39); AP, «McNamara: US near war in'67», *Boston Globe*, 16 septiembre 1983; Donald Neff, *Warriors for Jerusalem* (Simon & Schuster, 1984), sobre la amenaza de guerra en 1967; Chomsky, *Fateful Triangle* (South End, 1983), sobre las amenazas de guerra en Oriente Medio, Ze'ev Schiff, «The Spectre of Civil War in Israel», *Middle East Journal*, primavera 1985, sobre la inevitabilidad de la guerra sirio-israelí; Desmond Ball, «Nuclear War at Sea», *International Security*, invierno 1985/6; Jeffrey Boutwell y F. A. Long, «The SDI and US Security», *Bulletin of the American Academy of Arts and Sciences*, febrero 1986; propuestas de Gorbachov: AP, 18, 21 abril 1986; Serge Schmemann, *New York Times*, y AP, 27 marzo 1986, sobre el rechazo de la administración Reagan; Cohen y Rogers, *op. cit*., sobre la acumulación progresiva de armamento; Harold Brown, «Report to Congress on the budget and defense programs», 29 enero 1980; Eugene V. Rostow, *Commentary*, febrero 1979; Downer

citado por Bernard Nossiter, *Washington Post*, 8 diciembre 1968; Huntington citado por Cohen y Rogers, *op. cit*.

CONFERENCIA 5

Leonard W. Levy, *Emergence of a Free Press* (Oxford, 1985); Joshua Cohen y Joel Rogers, *On Democracy* (Penguin, 1983); Thomas Ferguson, «Party Realignment and American Industrial Structure», *Research in Political Economy*, 6.1-82, 1983; Vicente Navarro, «The 1984 Election and the New Deal», *Social Policy*, primavera 1985; Thomas Ferguson y Joel Rogers, «The Myth of America's Turn to the Right», *Atlantic Monthly*, mayo 1986, y *Right Turn* (Hill and Wang, 1986); Edward Countryman, *The American Revolution* (Hill and Wang, 1985); Gabriel Kolko, *Main Currents in American History* (Pantheon, 1984); Alex Carey, «Managing Public Opinion», ms., U. of New South Wales, 1986; Lawrence J. Freedman, *Inventors of the Promised Land* (Knopf, 1975); Henry David Thoreau, *Journal*, 2 marzo 1858, citado por John Dolan en *Thoreau Quarterly*, enero/primavera 1984; Chomsky, «Visions of Righteousness», *Cultural Critique*, primavera 1986; Dahl, citado por Carey, *op. cit.;* Charles Kadushin, *The American Intellectual Elite* (Little Brown, 1974); Chomsky, *Fateful Triangle*.



NOAM CHOMSKY (Filadelfia, 1928), lingüista, filósofo, activista, autor y analista político estadounidense. Estudió en la Universidad de Pensilvania, donde se doctoró en 1955 con una tesis sobre el análisis transformacional, elaborada a partir de las teorías de Z. Harris, de quien fue discípulo. Entró entonces a formar parte como docente del Massachusetts Institute of Technology, del que es profesor desde 1961.

Es autor de una aportación fundamental a la lingüística moderna, con la formulación teórica y el desarrollo del concepto de gramática transformacional, o generativa, cuya principal novedad radica en la distinción de dos niveles diferentes en el análisis de las oraciones: por un lado, la «estructura profunda», conjunto de reglas de gran generalidad a partir de las cuales se «genera», mediante una serie de reglas de transformación, la «estructura superficial» de la frase. Este método permite dar razón de la identidad estructural profunda entre oraciones superficialmente distintas, como sucede entre el modo activo y el pasivo de una oración. En el nivel profundo, la persona posee un conocimiento tácito de las estructuras fundamentales de la gramática, que Chomsky consideró en gran medida innato; basándose en la dificultad de explicar la competencia adquirida por los hablantes nativos de una lengua a partir de la experiencia deficitaria recibida de sus padres, consideró que la única forma de entender el aprendizaje de una lengua era postular una serie de estructuras gramaticales innatas las cuales serían comunes, por tanto, a toda la humanidad.

Aparte de su actividad en el terreno lingüístico, ha intervenido a menudo en el político, provocando frecuentes polémicas con sus denuncias del imperialismo estadounidense desde el comienzo de la guerra de Vietnam y sus reiteradas críticas al

sistema político y económico de Estados Unidos.

Notas

[1] Las conferencias incluidas en este volumen son las del tema más directamente político e ideológico. El volumen *El lenguaje y los problemas del conocimiento* (también publicado en esta misma editorial) contiene las de orientación lingüística y filosófica. La distinción no es, sin embargo, nítida y, en particular, la última conferencia y los coloquios de *El lenguaje y los problemas del conocimiento* atañen directamente a las cuestiones aquí tratadas. (N. del editor.) <<

[2] En el léxico político estadounidense, «los halcones» representan la facción militarista de «mano dura», mientras que «las palomas» favorecen una política más velada, de presiones políticas, económicas y diplomáticas, para conseguir los mismos objetivos. (Nota del traductor.) <<

[3] Véase Piero Gleijeses, *The Dominican Crisis* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1978, Apéndice I), para una evaluación de los datos. <<